LIBRO dot.com

ENTRE - NOS

Causeries del Jueves

Libro II

Lucio V. Mansilla

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

En las pirámides de Egipto
Catherine Necrassoff
Bis
Raimundo
El año de 730 días
La emboscada
La mina
¡Esa cabeza toba!
La lanza de Juan Pablo López
Juan Peretti
Donde se cuenta lo que no se sabrá
Cazuela
Frente a las murallas de Montevideo
Los cuatro gatos de mi padre
La cascada de Amambay
Cómo se formaban los caudillos
Nuestros grandes conversadores
Gato por liebre
El sigú
Nota del editor [1889]
Notas

En las pirámides de Egipto

Al señor doctor don Ramón J. Cárcano

Dos cadenas de piedra caliza, eternamente peladas, que al sur casi se tocan, hasta formar una garganta de granito, especie de Niágara, por donde, rugiendo con furia, salta el Nilo en el valle, que al norte se ensanchan y desaparecen, en una llanura cenagosa, que se extiende hasta las costas del Mediterráneo, más de doscientas leguas de largo casi encerradas dentro de límites sempiternamente caldeados por un sol rojizo, límites que ora se acercan, ora se retiran, que en invierno son la imagen de la desolación y de la muerte, y en verano, un panorama riente de abundancia y de vida, encierran la histórica tierra de Egipto, cuna prístina de la humanidad para algunos, incuestionablemente, emporio de extraordinaria civilización en épocas que se pierden en la noche de los tiempos.

El Nilo, cuyos orígenes están en el cielo, porque las nubes, preñadas de aguas, recogidas en muchos mares, caminando al Ecuador africano, se deshacen allí en lluvia, durante varios meses, realiza todos los años un milagro estupendo en esa vasta región, sube poco a poco, crece gradualmente, se hincha, revienta, se desborda, y baña todas las comarcas circunvecinas, hasta el pie de las montañas, por Oriente y Occidente, la llanura vuélvese un lago en el que innumerables aldeas, construidas sobre terraplenes artificiales, flotan al parecer, como islotes, desparramados en fantástico archipiélago, y esta inundación providencial, es ahora, como en los tiempos antiguos, saludada con himnos de religiosa gratitud, en medio del regocijo de las familias que, llenas de júbilo, recorren en festivas barcas, de pintadas velas, de feria en feria, el alegre país, triste, desolado, el día anterior.

De las corridas de toros, de las regatas, de las luchas cuerpo a cuerpo y otros juegos atléticos de otras edades, casi nada ha quedado. La moderna civilización todo lo altera, transformándolo todo. Apenas subsisten los prestidigitadores tradicionales, los arpistas ciegos y los ministriles del Africa Central, aunque no con los caracteres típicos de antaño.

Pero, ahora como entonces, la entrada del invierno es el momento en que el dueño de casa lleva regalos para los chiquilines, que alegran el hogar, amuletos, o aros para las orejas, o collares de cuentas de porcelana, de plata o de oro, para las concubinas, o para la mujer. Pero, ahora como entonces, abundan en los puestos la carne de vaca y de venado, los patos, los gansos, el pescado, los dátiles, las tortas de maíz de Guinea, el puerro, los pepinos, las cebollas, los ajos, todas las especias, en fin, que les dan a los "bazares" ese olor peculiar, que no se olvida jamás, cuando una vez se ha olido, porque es un olor

sui generis. Y ¿Con qué olor inolvidable lo compararé, que no sea el del café torrado?

Pues por allá también he andado yo. He sido, como ustedes saben, uno de los argentinos más glotones en materia de viajes: he estado en cuatro de las cinco partes del mundo, he cruzado, sin el más mínimo accidente, catorce veces la línea equinoccial, y he visto entre ciudades y aldeas, más de dos mil, dándome hasta el placer de comprar, en un mercado de carne humana, una mujer, para decirle después de ser mi cosa propia, con sorpresa de todos los circunstantes, excepto mi compañero de viaje James Foster Rodgers, que pagó la mitad del precio: "Eres libre, puedes hacer de tu cuerpo lo que quieras." Y ¿ Saben ustedes lo que esa costilla nuestra hizo? Se vendió a sí misma, porque, según el truchimán nos explicó, prefería ser esclava algún tiempo, y no libre, sin tener que comer, porque para hacerlo, tendría que traficar con su cuerpo, y era, según ella lo afirmaba, si no pura, honesta.

Este punto es muy intrincado, las mujeres que son el mayor embolismo de todo lo creado, se encargarán de desenmarañarlo.

Yo prosigo.

James Foster Rodgers era un *yankee* número uno, con el que nos conocimos en Calcuta, visitando juntos el interior de la India, Benarés, Lahore, Delhí, hasta encaramarnos en los picos más accesibles del Himalaya.

Durante algún tiempo, después que nos separamos, estuvimos en correspondencia. Hace muchísimos años que nada sé de él: supongo que habrá reventado, pasando a mejor o peor vida, porque en 1850 tenía ya veinte años más que yo, mala salud, el fetichismo de los ojos negros y de los pies chicos, y yo no soy un nene. Catorce meses vivimos como hermanos, y sólo dos veces tuvimos desazones.

Primero, en Roma.

En Londres, después.

Lo contaré.

En Roma visitábamos San Pedro, esa maravilla de la audacia y del arte arquitectónicos.

Entramos, y yo, como que era lo que mi madre me había hecho, es decir, católico, me saqué el sombrero con veneración.

Foster Rodgers se lo dejó encasquetado.

Se lo observé, y su contestación fue: *It is not my religion*.

Me mordí los labios, esperando que algún sacristán viniera a intimarle a aquel impío, que, en la casa de Dios, se debe ser respetuoso, por más extraño que a su culto sea el visitante.

Pero nada, son en Roma, a este respecto, de una benevolencia inaudita con los extranjeros.

Estuvimos torcidos algunos días. Pero la amistad es un colirio admirable, colirio que todo lo cura, teníamos que componernos y nos compusimos.

Es, sin embargo, curioso observar cómo después de una gresca, aun entre los que se quieren bien, queda en el alma humana un sedimento acre, que no

tarda en fermentar. Observadlo bien, y veréis que las represalias inofensivas se imponen con irresistible tenacidad.
Continúo.
En Londres, visitando San Pablo, yo hice como Foster Rodgers en Roma.
Visto ello por mi *yankee*, como yo a él, en San Pedro, me insinuó: *Take off your hat*.
Yo contesté, dándole el vuelto:
No es mi religión.
Foster Rodgers se mordió los labios a su vez.
Pero aquí no sucedió como en Roma, porque un sacristán protestante, "muy liberal", vino a intimarme que me quitara el sombrero, intimación que no acepté, que fue repetida tres veces, hasta amenazarme con llamar al *policeman*, lo cual, perfectamente entendido por mí, me sugirió este expediente de triunfador: giré sobre los talones, me salí del templo, con mi sombrero puesto, y lo esperé a Foster Rogers en el atrio, hasta que se cansó de estar adentro con *su* San Pablo protestante, y salió.
Adelante.
No voy a describir ciudades, ni usos, ni costumbres, ni monumentos, ni a juzgar instituciones, y mucho menos a referir aventuras. Dejo esto último para mis *Memorias*, si es que algún día me resuelvo a publicarlas, lo que es probable. Si lo hago, allí se verán y se sabrán cosas raras. Entre ellas, ésta: cómo es que siendo uno joven, puede viajar algún tiempo sin saber por qué mano anónima le son saldadas sus cuentas de hotel, si en ello se entromete una inglesa millonaria, extravagante.
Ya estoy viendo la sonrisa de incredulidad del que estas letras lee, y entonces repito: que es cierto lo dicho, y que no eran sólo mis cuentas, las que se pagaban, sino las de mi compañero.
Hoy por hoy, sólo me propongo una cosa: contar algo que no creo se haya repetido, que no me parece posible que se repita, porque en esto, como en un orden de ideas más elevado, no es filosófico, como dice Edgar Poe, basar en lo que ha sido, una visión de lo que debe ser.
Pero ustedes, que me han oído hablar de que compré una mujer, han de tener curiosidad, estoy seguro de ello, de saber qué es un mercado de mujeres. Voy a describirlo, pues, en cuatro plumadas.
Imaginaos un edificio cuadrangular, con corredores interiores, rodeando un patio así como los nuestros, de estilo arábigo, nuestras antiguas casas se parecen a las de Sevilla y en el medio, una fuente. A un lado, mujeres negras desnudas, abisinias y nubianas, por lo común, completamente desnudas, el cuerpo untado con aceite de coco, frotado, hasta darle el pulimento y la brillantez del jacarandá, el motoso cabello dividido en infinidad de crenchas trenzadas, que le dan a la cabeza la forma de un erizo encrespado, sueltas todas ellas sin poderse mover más allá de su recinto.
A otro lado, mujeres blancas, entre ellas algunas georgianas y circasianas, nada limpias, también desnudas, completamente desnudas, pero, con esta

diferencia, que aquí no están todas sueltas, estando algunas aherrojadas, porque, siendo feas o contrahechas o viejas o flacas (Los musulmanes prefieren las gordas, ¡Qué gusto!) maltratan como bestias feroces a las otras, diciéndoles el instinto que difícilmente saldrán del mercado, o que, si salen, no serán seguramente ni para embellecer el harén, ni para aumentar el número de las concubinas, sino para desempeñar sucios y nauseabundos oficios, de bestias de carga, en las casas de los judíos.

Imaginaos todavía dos retretes destinados a las obscenas inspecciones esotéricas, con unas como arpías en la puerta, con unos como engendros de Mammón, en forma de mercaderes, y una multitud de postulantes, viejos generalmente, todos ellos cuchicheando, mientras en esos retretes se resuelve el problema más irritante para el pudor, imaginaos todo esto, repito, y tendréis un cuadro aproximado de esa abominación, dentro de cuyos dinteles mi compañero de viaje y yo, gastando ochenta libras esterlinas, pudimos decirle a un ser humano, cuya condición era peor que la de un perro sarnoso: "¡Eres libre!" haciendo ella después de su capa un sayo, determinación que dejo a la fantasía de cada cual apreciar, si *fue prudente, o no.*

Estamos casi al pie de las Pirámides, o mejor dicho, vamos llegando a ellas: estamos en El Cairo, en el *Hôtel de Russie*. Los borricos están listos, cada dragomán tiene el suyo, subimos, somos buenos jinetes, queremos hacerlos caminar, no se mueven. Es inútil castigarlos, no se moverán, hasta que no sientan la baqueta mágica del dragomán en cierta parte. Se las introducen. Se las sacan. Se repite la operación acompasadamente. Los borricos se mueven entonces, como si tuvieran una hélice.

Queremos detenerlos, ¡Tiempo perdido!, no sienten los tirones del freno, que no es más que un aparato para las riendas, y éstas, un medio de sostenerse mejor. No se detendrán, hasta que el dragomán no los deje como clavados en el camino. Esta educación no permite que el viajero canse los burros, los que, como fácilmente se concibe, no caminan a voluntad del que los monta, sino a voluntad del que los alquila, el cual los hace descansar, cuando a él le place.

Caminemos.

Ahí están a la vista, de lejos, y a medida que uno se acerca a ellas, poco efecto producen. Un kilómetro más, por el tórrido arenal, siempre fija la vista en el mismo punto, y el fantasma va tomando gradualmente proporciones colosales. Una vez en su base, el viajero se siente como aplastado por la mole, y si se compara y se mide con ella, el anonadamiento es completo. Es la sensación de la montaña para el hombre de la llanura, la de la llanura, para el hombre de la montaña, la de los altos mares, para los que no vieron sino la orilla del arroyuelo, de la inmensidad, de lo finito, comparado con lo infinito. La reacción no viene sino poco a poco. Pero producida la reacción física, nuevas emociones se apoderan del alma del viajero, que puede asociar ideas, recuerdos, ligar el pasado con el presente, contemplar, en síntesis elocuente para el espíritu, millones de esclavos, afanados como hormigas industriosas, en darle cima a una obra estupenda, que, en nuestros días, no sirve sino para recreación y

estudio, dando la medida de lo que fueron aquellos faraones, que, al morir, parecían decirle al mundo: "te desafiamos a que destruyas nuestras tumbas antes que te acabes", porque, en efecto, tales monumentos, por su masa y su antigüedad, "más parecen pertenecer al Universo que al Egipto en particular."
La famosa Esfinge muestra ya su cara etíope, cortada en la roca, prolongándose por la espalda en la dirección del centro de la segunda pirámide, y al verla, se siente y se concibe fácilmente que sólo a tamaño monstruo podía confiarse la guarda de las misteriosas catacumbas, donde yacen sepultados los reyes de tanta grandeza pasada.
El paisaje tiene un aspecto indescriptible, el sol caliente vibra sus rayos a plomo sobre la arena movediza, la reverberación de la luz es ideal, hay algo de caótico y de momento final en aquel horizonte rojizo, como una puesta de sol argentino en día canicular, la *Fata morgana* ostenta en lontananza y en el cielo todos los caprichos de su maravillosa virtud, la imaginación los trastrueca, los embellece, los completa, si posible es, y los ojos del cuerpo ven, a las inglesas *tourists*, poniéndose calzones de hombre, que las abultan por delante y por detrás, como si estuvieran doblemente *in the family way* [1], prepararse para la ascensión.
Ya subiremos.

II

Las Pirámides, como ustedes saben, quedan yendo del Cairo sobre la margen occidental del Nilo.
Son sesenta y siete, aunque es más propio decir que han sido, porque de algunas de ellas, de las más pequeñas, no quedan sino vestigios.
Por más que no sea una novedad, permítanme ustedes decirles que los anticuarios se han puesto al fin de acuerdo sobre que, tanto unas como otras, siendo varias sus dimensiones, estaban destinadas a los diversos miembros de la familia real. En dos palabras: eran las tumbas de los faraones.
Las que visitamos ahora, son el grupo de las de Ghizeh, y la más alta de todas, esa a donde vamos a subir, ustedes acompañándome a mí mentalmente, yo acompañado de mis recuerdos juveniles, es la de Cheops.
Recuerdos juveniles, he dicho. Qué lindas palabras ¿No es verdad? Sí, cuando podemos asociarlas sin remordimiento, o apartar la memoria de lo que hemos sufrido, "por la invariable variedad y la monotonía del eterno cambio".
"Cheops", leo en mi libro de viaje en la fecha marzo 14 de 1851, tiene cuatro faces y cada una de ellas mide en su base, en cifras redondas, doscientos cuarenta metros, la altura vertical es de ciento cincuenta metros y de ciento ochenta y tres, sobre la inclinación de 51º 50' que tienen los lados, lo cual permite que, fácilmente, nos demos cuenta de la prodigiosa masa resultante de tamañas dimensiones, multiplicadas las unas por las otras.
Y, para no vestirme, en esta parte, con las plumas del grajo, no siendo, como no soy, anticuario, aunque ya frise en lo antiguo, me referiré, para algo de lo que

sigue, a la obra del coronel Vyse intitulada The Pyramides of Ghizeh (3 vol. de texto y 3 vol. de atlas, Londres, 1839-1842).
Simple eco de la tradición, Herodoto refiere que Cheops empleó treinta años en construir la gran pirámide, y avalúa en trescientos setenta mil, el número de obreros que trabajaban a la vez, siendo reemplazados cada tres meses.
Ahora bien, suponiendo que esos obreros sólo comieran cebollas y legumbres, resulta que su alimentación debió costar cinco millones de francos.
Pero como ni en Egipto mismo se vive sólo de cebollas y de legumbres, sobre todo cuando se arrastran piedras como las de las Pirámides, se puede juzgar, por este solo artículo, lo que ha debido ser el conjunto de los demás. Porque a esos gastos hay que añadir el salario de los obreros, por mínimo que fuera, y la mano de obra, aunque costara casi nada, así como es menester tener en cuenta el valor de los materiales empleados: calcáreo, granito, mármol, pórfido y otros que se traían del alto Egipto, por el Nilo, de una distancia de más de ochenta miriámetros.
Todas las Pirámides presentan sus lienzos muy exactamente orientados hacia los cuatro puntos cardinales, la mayor parte están construidas con piedra, algunas con ladrillo negro, proveniente del Nilo, pero todas, una vez terminadas, eran revestidas de piedras lisas y pulidas, y la de Cheops se supone que estaba revestida de mármol. Los siglos lo han hecho desaparecer.
Tengo barruntos de que todo esto, no lo entretiene mucho, que digamos, al lector.
Me apresuro entonces a decir cómo están construidas las Pirámides.
Ayudadme.
Ved con los ojos de la imaginación una base o asiento cuadrangular, como si dijéramos un perímetro mayor que el de la plaza 11 de Setiembre (O sean 57.600 metros cuadrados, de un metro de espesor, poco más o menos, llegad hasta metro y medio). Ved, sobre esa base o asiento, otra casi del mismo espesor, pero que sea menos ancha, para emplear términos vulgares, y tendréis un escalón. Continuad el procedimiento, hasta elevaros ciento cincuenta metros, por la superposición de bases o asientos que se van achicando a medida que la pirámide va creciendo, y llegaréis hasta encontraros en la cúspide o plataforma de Cheops, adonde en breve estaremos todos juntos.
Y para que esta sucinta descripción quede completa, ved todavía una sucesión de planos inclinados inmensos, por donde son empujados hacia arriba enormes monolitos, muchos de los cuales no tienen menos de veintidós pies de largo, siete de ancho y nueve de espesor, que fue toda la mecánica que se debió emplear, y como yo, exclamaréis: ¡Cuántos sudores! ¡Cuánta miseria! ¡Cuántos esfuerzos!
¡Ah, sin las agonías del pasado, no tendríamos la prosperidad del presente! Habrá siempre señores y esclavos, pobres y ricos, quien sufra y quien goce. Somos impotentes para hacer exclusivamente lo bueno. Toda conquista ha de ser una catástrofe. "La genre humain, n'est pas placé entre le bien et le mal, mais entre le mal et le pire."

Decía que las inglesas tourists , hechas el diablo con sus polleras metidas dentro de masculinos pantalones, se aprestaban a subir, Foster Rodgers y yo nos preparábamos ídem, ídem, para la ascensión.
Aquellos escalones, o no los habéis visto, eran unos señores escalones. Pues es nada, un escalón de sesenta centímetros, y algunos tienen un metro cincuenta.
Los mirábamos, mirábamos la cima, y si no nos decíamos como la zorra "están verdes", pensábamos que aquello tenía bemoles. A ver, nos decíamos con Foster Rodgers, cómo suben las inglesas primero.
No, subamos nosotros antes, y les veremos las caras de arriba para abajo, que siempre es mejor ver lo de adelante que lo de atrás, aunque estas inglesas (Y nos reíamos que daba gusto) lo mismo son por delante que por detrás, con sus bultos a vanguardia y retaguardia.
Bueno, me dijo Foster Rodgers, let us go!
Y, haciéndole una seña a los beduinos, que ya habían intentado apoderarse de nuestras respectivas humanidades, nos entregamos completamente a ellos.
La disposición era ésta: tres beduinos por barba, el uno nos tenía por la mano derecha, el otro por la izquierda, nosotros teníamos las narices frente al plano inclinado de la pirámide, el tercero estaba detrás.
De repente oímos un ¡Alahá! archigutural y junto con él sentimos dos tirones en ambos brazos, y un empellón en la "parte posterior de atrás", como decía un ayudante de mi padre, muy bárbaro y nos hicieron subir un escalón, como si fuéramos bultos. Y los ¡Alahá! se repetían, y el subir como bultos continuaba, y sudábamos la gota gorda, y ya no teníamos articulación en su lugar, así nos parecía.
Los mirábamos a los beduinos con caras que decían ¡Por caridad! Nada, ¡Alahá! viene, ¡Alahá! va, Foster Rodgers y yo rodábamos como masas informes, impelidas por una fuerza brutal, hasta que la divina Providencia, si es que ella se mete en estas cosas, apiadándose de nosotros nos hizo descansar en un escalón, en el que había un socavón, que los beduinos decían tenía virtudes singulares, resultando que la única virtud real que le descubrimos, fue que nos pidieron boxees (Debe leerse boc-shichs) vulgo, "por la buena mano, para la copa."
¡Y eran doscientos tres los escalones, y estábamos apenas a medio camino!
Descansamos, y antes que se enfriara la transpiración y sin decir oste ni moste, nos agarraron de nuevo nuestros ágiles coadjutores, y a la voz de ¡Alahá! otra vez, nos dieron otro empellón y otro, y otro, y los empellones se repetían, y detrás de nosotros, resonaba el ¡Alahá! de los otros que nos pisaban los talones, por decirlo así, pretendiendo llegar primero a la enhiesta cumbre, que en todo se mezcla la emulación, tratándose particularmente de fatiga o de destreza. ¡Pero qué! Les llevábamos la delantera y éramos varones en realidad, y ya nos habíamos entusiasmado, y ya también gritábamos nosotros ¡Alahá! para darnos unos bríos que no teníamos, pues íbamos más muertos que vivos.
Finalmente, llegamos maltrechos. Estábamos arriba, en la plataforma, que es una piedrita en la que caben, de pie, ochenta personas, por lo menos. Allí nos

encontramos con veinte y tres prójimos, rodeados de setenta y seis demonios que se habían quedado en el último escalón.
Foster Rodgers oyó hablar en inglés. Vio en el acto que no era inglés de ingleses, sino de yankees, e incontinenti se puso en contacto con ellos, y presentándome como a un americano del sur, como quien dice a un colega, prorrumpimos con ímpetu ¡Hurra! y sacándonos los sombreros y agitándolos hasta arrojarlos al viento, creyendo que llegarían a la base de la pirámide, mientras que ahí cerca no más se quedaron, todos a una, gritamos con orgullo, ni más ni menos que si hubiéramos hecho la conquista de otro Mundo: All Americans! ¡Americanos todos! Longlife to America! ¡Viva América! y nos dábamos las manos con efusión, y el ¡viva América! atronaba los aires. Y como si estuviéramos en un balcón, mirábamos a las inglesas, con su barriga por partida doble, pujando por llegar, llenas de curiosidad, porque no entendían jota de aquellos gritos desaforados de ¡Viva América!
Entre nosotros los americanos, los veinticinco, ¡Oh sorpresa, y oh contrariedad!, Descubrimos un musulmán.
¿Qué hacía allí aquel intruso? ¿En virtud de qué derecho estaba con nosotros?
Foster Rodgers y yo nos dijimos: Pero este beduino, ¿Por qué ha subido a la plataforma? ¿Por qué no se ha quedado con los otros? Creyendo que era uno de tantos, de esos que nos habían hecho rodar hasta arriba.
Indagamos, y resultó que era un yankee disfrazado de musulmán, un yankee que se había hecho mahometano, engañapichanga, para de esa manera poder acaparar antigüedades con más facilidad.
La extracción estaba prohibida. Tenía así como unos cuarenta años, era retacón, panzudo, rubio, pecoso y doctor en medicina. Se llamaba Abbot, y él fue, querido Cárcano, el que me dio el facsímile del grueso sello, que le he regalado a usted, sello simbólico que, en forma de anillo, de oro finísimo, encontró en el dedo de una momia, que había sido uno de los faraones.
El tal musulmán intérlope llevaba una vida curiosa: habíase hecho querer, la medicina lo ayudaba, vivía como Salomón, en medio de un ajuar de mujeres de todos pelos, sin tener precisamente harén.
Negociaba en ese momento con el Cónsul norteamericano la venta de su colección, formada a costa de inmensos sacrificios, y no esperaba para hacerle un corte de manga a Mahoma, sino que estuviera concluido el negocio con su cónsul, el que, a la sazón, se encontraba entre el grupo de los veinticinco.
Otros viajeros habrán visto más maravillas que yo, pero apuesto que a ninguno le ha pasado en las Pirámides de Egipto lo que a mí: encontrarse en la cúspide de la de Cheops, en un momento dado, con veinticuatro conciudadanos, por decirlo así.
Descendamos: llegan las inglesas jadeantes, sudadas, con sus barrigas descompuestas, pero festivas, y tenemos que recoger nuestros sombreros que la brisa arrastra de escalón en escalón sin conseguir llevarlos hasta el suelo, ¡Tanta es la altura del monumento e inclinado el plano!
Y qué diré en conclusión, como quien le pone marco al cuadro.

¿Diré como Napoleón, lectoras y lectores que habéis subido conmigo hasta arriba: De lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos nos contemplan? ¿O como el veterano, al oír aquella figura de retórica, a su cabo: ¿Y a dónde están los cuarenta siglos, que yo no los veo?
A lo que el cabo contestó:
¡Imbécil! El general los ve con su anteojo.
¡Oh! Aquel General para el cual, según Emerson, todo obstáculo parecía desaparecer en presencia de sus recursos, que dijo: no habrá Alpes, y no los hubo, y que según Kleber, era grande como el mundo, podía ver, con o sin anteojo, esos cuarenta siglos, ustedes y yo, permítanme la confianza, ¡Quién sabe si los columbramos siquiera!
Ver bien el pasado, ligarlo sabiamente con el presente, hasta tener la intuición del porvenir, cuando apenas alcanzamos a divisar la punta de nuestras narices ¡No es para todos!
Por lo que a mí respecta, me declaro opa en esta parte, confieso que las Pirámides nada me dijeron, cuando las vi por primera vez.
Sólo mirándolas retrospectivamente, algo me revelaron después.
¿Qué sabía yo entonces del sistema curvilíneo del cono, que en la antigua simbología era un emblema del fallum y de la generación, y un endulzamiento del sistema piramidal, más vetusto e igualmente expresivo del teocosmos?
Menos que ustedes, ahora.
¡Era yo tan ignorante!
Pero en el camino se hacen bueyes, y ahora los hago a ustedes jueces del vigor con que arrastro mi carreta.
¡Respetables padres de familia! Permitidme daros un consejo: no mandéis vuestros hijos a viajar, sino cuando estén enfermos, que es también cuando el médico, no sabiendo qué recetar, aconseja generalmente "cambio de aire". Mandadlos recién cuando estén preparados para poder ver los cuarenta siglos esos de las pirámides de Egipto sin ayuda de vecino, sin anteojo, con sus propios ojos. La mejor nodriza es la patria. Sólo ella nos da la estructura y el aliento necesario para aspirar con anchos pulmones el aire ambiente. Sólo así podemos llegar algún día a ser hombres representativos de la tierra, mientras que, por más que parezca paradójico, los que se desenvuelven en el extranjero apenas realizan un tipo híbrido. Llegarán a ser originales, puede ser, populares, jamás.

Catherine Necrassoff

I

Dante, el peregrino poeta teólogo no por eso reñido con las mujeres, dice que no hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria.

Creo, efectivamente, que debe ser una broma muy pesada acordarse uno de sus riquezas, cuando está fundido , o pensar en las caricias de la que en un tiempo decía "te adoro", cuando claramente se ve que está adorando a otro, cosa que, por otra parte, es muy frecuente, a estar a lo que las crónicas cotidianas refieren.

Musset, que no entendía jota de Teología, pero que era catedrático en materia de amoríos y de amor, ¡Así lo puso la suerte! Y si no, ¿Por qué exclamaba un día fatigué, brisé, vaincu par l'ennui? Dice, dirigiéndose a su divino antecesor, lo diremos en nuestra lengua para que todos lo entendamos mejor: "¿Eres tú, alma inmortalmente triste, la que lo ha dicho?

¡No! Por esta llama purísima, cuyo resplandor me ilumina, no, no."

¡Un recuerdo feliz es quizá, aquí, sobre la tierra, más verdad que la felicidad!

El "quizá", peut-être, prueba que el discípulo no estaba muy seguro de lo que decía. Pero, sea de ello lo que fuere, lo que yo de mí sé decir es que, unas veces me parece que Dante tiene razón, otras que la tiene Musset, aunque me quedo con la opinión del sabio de los sabios, el cual decía, en medio de sus trescientas mujeres y setecientas concubinas: "que el más feliz de todos es aquel que no ha nacido".

Me quedo, en tesis general, bien entendido, pues, en el caso presente, tratándose de Catherine Necrassoff, siento que: "Un souvenir heureux est peut-être sur terre plus vrai que le bonheur."

¿Por qué?

¡Ah! No se trata ahora de mis confidencias. Vamos nada más que a conversar de un viaje de pocas horas en ferrocarril, y de "lengua rusa", en la que, supongo, son ustedes tan versados como yo, y eso que yo he estado en Rusia y ustedes, no, me parece.

Lo que es usted, mi querido Tagle, sólo ha estado en Catamarca, esa especie de Polonia argentina, según algunos de los detractores de la tierra, y a no ser su instinto de conservación, su valor y las uñas de un buen pingo, no se escapa usted del banquillo, que allí le habían preparado.

¡Cómo me enterneció usted el otro día, cuando me refirió aquella aventura! ¡Ah! Mientras usted hablaba, yo pensaba que si se "lo fuman", no lo tendríamos de presidente de la Cámara y, posiblemente, en cuarto grado, de Presidente de la República.

¡Dios nos libre! No de usted, sino de las catástrofes que tendríamos que presenciar, para que eso sucediera, a no ser que, todos los otros, se fueran a la Exposición de París, o a cualquier otra parte. Eran las once de la noche: la estación del ferrocarril de Roma estaba llena de pasajeros, listo, para salir de un momento a otro, el tren de Nápoles. El pistón silbaba ya, todo el mundo buscaba un compartimiento donde subir y acomodarse, yo, con mi hija María Luisa, ¡Pobrecita!, íbamos, veníamos, no encontrábamos puesto en ningún coche, los que ya estaban acomodados nos miraban con esas caras poco hospitalarias que parecen decir: si ustedes suben, vamos a ir todos mal, busquen en otra parte, y buscábamos, y en todas partes la gente se hacía más

ancha. Pero los conductores gritaban ¡Pronti! el silbato se hacía oír cada vez con más fuerza, y nos metimos, quisieron o no, en un coche con una porción de valijas, canastas y envoltorios, y, movimiento acá, movimiento allá, nos incrustamos en ángulos opuestos, no poco contrariados de la distancia que nos separaba, quedando mi hijita al lado de una vieja, y yo, al lado de una joven, que no necesité inspeccionar muy detenidamente para ver que era en extremo interesante.

Meno male , como dicen en Italia, pensé para mis adentros, y nos miramos con María Luisa, como diciéndonos: ¡Y qué se ha de hacer!

El tren partió. El compartimiento iba lleno, todos incómodos, pero las nalgas tienen una adaptación admirable. Cuando se viaja no hay contacto, por más que uno se toque, y al rato, todos estábamos a gusto, al menos yo lo estaba, porque mi vecina, cuya cara, llena de seducción, podía ver perfectamente, sin mirarla, por el espejo de enfrente, que la repercutía, era toda una cumplida vecina, capaz de justificar la respuesta de Chamfort cuando pregunta: "¿Qué es el amor?

"El cambio de dos fantasías y el contacto de dos epidermis."

Con María Luisa hablábamos siempre en francés, el español, y, según los casos, el inglés, era nuestro recurso, para que no nos entendieran. En el ocurrente, apelamos al español, entre dientes, para lamentar nuestra situación, la distancia, en que la mala estrella de viajero nos había colocado.

Pero, como mi vecina nos hubiera oído hablar en francés al entrar, la otra lengua con tantas "jotas", llamóle la atención, e hizo uno de esos movimientos de curiosidad que le hacen a uno comprender que no será mal recibida una pregunta banal cualquiera, como quien dice, para entrar en materia, lo cual, observado por mí, me sugirió esta pregunta de cajón: Vous allez à Naples, madame?

A la que ella contestó graciosamente: Oui, monsieur.

La corriente eléctrica estaba establecida. Terció María Luisa, se mezcló en la conversación "la vieja", que, como mi vecina, hablaba correctísimamente el francés, y viendo yo que, de los ocho pasajeros, cuatro podíamos ya considerarnos afines, traté de acomodar a mi hijita, de modo que quedara más cerca de mí, lo que se hizo mediante pequeñas perturbaciones de rodillas, muslos, etc.

Quedó, pues, aquélla a mi lado, y por combinación fortuita, mi vecina, que parecía hija de la susodicha vieja, como yo debía parecerle a ella padre de María Luisa.

No iba más que un hombre, exclusive yo, por supuesto, que no tardó en dormirse, lo mismo que las otras pasajeras, quedando sólo despiertos los cuatro protagonistas principales que, como antes he dicho, hablaban francés.

La vieja, que para ser exacto y cortés he debido decir "una mujer de cierta edad", desde que apenas representaba cincuenta años, cuando vio que los otros dormían, me preguntó si yo era fumador.

Altro que fumador era, y soy, soy una pipa, tan fumador como don Bartolo, a quien tanto se lo han fumado en los últimos tiempos, que a cada Santo le llega su día.
Sí, señora, le contesté.
Y ella repuso entonces: ¿Usted permite?
Ya lo creo que permitía.
Un momento después, los dos fumábamos cigarros puros.
Mi vecina, notando en mi cara cierta sorpresa, se apresuró a explicarme que la fumadora era rusa, que en Rusia se fumaba muchísimo, y de ahí, a quedar enterado de que era su madre, no hubo más que un corto intervalo.
Naturalmente, siendo de noche, no teníamos el paisaje entre los recursos consabidos de conversación, y ésta tenía que hacerse personal, lo que es siempre agradable, sobre todo entre los sexos contrarios.
Yo sabía ya que mi vecina y su madre eran rusas, pero mi vecina no sabía positivamente ni que María Luisa era mi hija, ni cuál era nuestra nacionalidad.
Mi francés mediocre para gente rusa, cultísima, como eran ellas, la confundía, siendo correctísimo el de María Luisa, que, por decoro, no quise dejar pasar más tiempo sin hacer constar que era sangre de mi propia sangre.
Entonces, díjome mi vecina: Ustedes no son franceses, aunque mademoiselle lo parezca.
No, señora.
¿Y qué son ustedes?
Adivine usted, y hablábamos en italiano y en inglés y en español y en portugués, con María Luisa, y le decíamos a mi vecina, preguntándoselo en francés:
Y bien, ¿Qué seremos, madame? Y digo madame, porque estaba impuesto de que era viuda, lo que era una doble complicación, ¿O no es sumamente complicado ser bella y viuda?
Mi vecina no caía en cuenta.
Pero no había por qué abusar del incógnito, y, al fin, dije que éramos americanos, de descendencia española, y, ligándose la conversación, llegamos a lo de siempre, a la hermosura de las lenguas, pidiendo cada cual para la suya.
Usted no pronunciaría fácilmente una frase española, le dije.
¡Ah! se ve bien que usted no conoce el ruso, para una lengua rusa no hay ningún escollo de pronunciación. Tenemos treinta y seis letras. Dígame usted lo que quiera, y yo se lo voy a repetir como un loro inteligente.
Me acordé en ese momento de la que podemos llamar célebre composición hecha por Arriaza, a fin de hacerlo sudar al embajador francés, que tuvo que leerla en la tertulia de uno de los infantes de la casa Real, y la dije: A ver si será usted capaz de repetir, a medida que yo los vaya diciendo, unos versos de lo más español que hay, porque tienen hasta dejo árabe.
Estoy segura de repetirlos, puede usted empezar. Pero, aunque los repita como loro, desearía que usted me los dijera primero, enteros. Yo repetiré después, conforme vaya usted diciendo.

Perfectamente. Va usted a perder.
Voy a ganar, le repito que no hay dificultades de pronunciación para una lengua rusa, que tenemos treinta y seis letras en el alfabeto, dos ees por ejemplo, una que se denomina e y otra, acentuada, que se denomina oborotnaië, y una colección de íes, y otra de particularidades, que ya le explicaré, salga triunfante o no. Primero, quiero derrotarlo. ¿A ver sus versos? Esos versos tan difíciles.
Le expliqué el origen de lo que le iba a decir, la miré, me miró, y agregando "empezaremos por el título de la composición, que es ya una dificultad", exclamé:
"¡Julepe entre un gitano y un jaque!"
Se sonrió, y no había yo concluido de decir, cuando ella repetía la frase con un acento tan puro, como el de un aragonés.
Me dejó asombrado, por no decir leso. Estaba archiderrotado.
Corrido, quise ser agresivo y le dije: Efectivamente, se necesita hablar una lengua tan áspera y tan dura como el ruso, para poder pronunciar, como usted lo ha hecho, el español, y supongo que no me ha engañado usted cuando me ha dicho que no lo conocía.
¿Una lengua tan áspera y tan dura como el ruso?
Sí, señora.
¿Y por qué un hombre de talento, al parecer, como usted, repite una vulgaridad?
¿Una vulgaridad, señora?
Sí, pues, así como suena. ¿No sabe usted que el ruso es una lengua tan dulce como el italiano mismo? Me sonreí y le argüí que había estado en Rusia, en San Petersburgo, en Moscú, en Finlandia, y que no traía de allí, aparte de otras reminiscencias agradables, sino la resonancia de koff, con que terminan las palabras más usuales.
¡Oh, qué desencanto tan grande me causa usted! Repuso ella, ¿Pero cuántas horas ha estado usted en Rusia? No, usted no ha estado nunca allí, es imposible.
¿Quiere usted que le diga, le contesté, cómo es San Petersburgo, cómo son sus calles, sus tiendas, sus monumentos, sus paseos, que le describa una puesta de sol, desde ese paseo ideal que se llama la Pointe, que le explique cómo es que en todas partes hay cuero de Rusia, menos en San Petersburgo? ¡Oh! usted habrá leído todo eso en alguna Guía y se lo sabe de memoria, si hubiera estado en Rusia, no diría que el ruso es áspero y duro. Después que usted me haya recitado sus versos, yo le recitaré, para probárselo, otros de nuestro popular Kurochkin, improvisados ad hoc.
No, me doy por vencido, quiero oír ese ruso tan sonoro, tan suave, tan dulce, como el italiano.
Usted habla irónicamente. Voy, sin embargo, a complacerlo, pero a condición de que, cuando yo haya concluido, usted me dirá todos esos versos tan llenos de jotas.

Son muy largos.
No importa.
Bueno, empiece usted.
Mi vecina se preparó, volviéndose galanamente hacia mí: movió sus negros ojos, velándolos con unas pestañas admirables, hasta casi cerrarlos, compuso la voz, diole a su rostro esa expresión peculiar que pone en armonía el temperamento con las circunstancias, que embellece, como diría Flaubert, secreto envidiable, que sólo poseen las mujeres: miró, vio, recordó y ya había articulado las primeras palabras: O son-na-more, divni-son, cuando el tren se detuvo, gritando los conductores: ¡Capua! ¡Dieci minuti!

II

Cuando yo hice mi primer viaje a la India, a más de la guitarra.
¿La guitarra?
Sí, han leído ustedes perfectamente.
Y, ¿Por qué no he de haber sido yo guitarrista también?
Un día de estos, he de contar las penas del purgatorio que pasé con el método de Aguado.
Y lo he de contar con sus ribetes científicos, trayendo a colación la Frenología, en la que soy algo ducho. Baste por el momento decir que a mi madre se le había metido la cosa en la cabeza, y que no ha sido señora fácil de disuadir, tratándose de la educación de sus hijos.
Con que he sido algo, más difícil que guitarrista ¡Cocinero! Hablo formalmente. Créanme, pues, cuando digo que en la cocina no soy un simple chef, un cordon bleu cualquiera, sino un verdadero artista. ¡Qué digo! Un poeta. Improviso, invento y me salen unos platos de chuparse los dedos.
La cuisine est un temple dont les fourneaux sont l'autel.
Si ustedes me vieran con la sartén por el mango, alguna vez, se convencerían de lo que voy diciendo, si dudan.
Pero es que, desgraciadamente, he errado mi vocación. Hace treinta años que en vez de conchabarme con Sempé, cometí la calaverada de enrolarme en el ejército de línea.
Vivimos en unos tiempos experimentales, en los que es necesario presentar documentos auténticos de todo, cuando algo se afirma ¿No es así?
Perfecto: yo puedo citar como testigo ocular de lo que acabo de afirmar a mi antiguo jefe y amigo, el general don Emilio Mitre, cocinero también. Pero no cocinero como yo. Él pertenece, en esta materia, a una escuela mixta, y yo, ni en filosofía acepto las doctrinas eclécticas de Víctor Cousin. ¡Ah! Si así como soy cocinero fuera repostero, y todavía estuviera a tiempo de volver sobre mis pasos, que nunca es tarde cuando la dicha es buena. Pero es que, desgraciadamente, también he tenido poca afición a los pasteles. Lo asado, eso es lo que a mí me gusta, sobre todo. A eso me inclino por naturaleza, y queda

una vez más probado, con mi ejemplo, que así como el poeta nace y el orador se hace:
On devient pâtissier mais on naît rôtisseur.
Aquí, en mi tierra, pues, podrán, de consiguiente, llamarme como quieran, no me llamarán nunca, como a Martínez de la Rosa, poeta de otro género, en España, Paquita la pastelera.
Ahora, repito para proseguir que, a más de la guitarra, llevaba algunos libros "para leer". Este "para leer" parece una redundancia, y en efecto lo es. La albarda me será, sin embargo, perdonada por la crítica fina, si se tiene presente que tener libros es una cosa, y leerlos, otra.
Entre esos libros, figuraba Corina o la Italia. Todos ustedes lo conocen. Si no lo conocen, se lo recomiendo. Vale más que muchos de los modernos que gozan de gran fama, no teniendo, para mí, más que un defecto: ser escrito por una mujer "filósofo" espiritualista. ¿Qué quieren ustedes? Yo no soy amigo, ni partidario, ni admirador, por regla general, de las mujeres escritores. En una palabra, no me gustan les bas-bleus, con polisón, porque suelen ser demasiado polissonnes.
El hecho es que, en ese libro, precisamente en los momentos en que más me aburría, porque el barco que me llevaba era muy pequeño, y no tenía ni con quién conversar, siendo yo el único pasajero, leí estas palabras: "Viajar es, por más que digan, uno de los más tristes placeres de la vida."
A pesar de la concordancia que había entre el desahogo de madame de Staël y mi situación, no entendí entonces. Recién caí en cuenta algún tiempo después, cuando comencé a encontrarme solo, aislado, en medio de caras humanas sin relación con mi pasado ni con mi porvenir, en esa soledad, en ese aislamiento, sin reposo y sin dignidad, porque, como dice la misma célebre escritora, ese anhelo, esa prisa, por llegar allí donde nadie os espera, esa agitación que no tiene más causa que la curiosidad, os inspiran poca estimación por vosotros mismos, hasta el momento en que los nuevos objetos se tornan un poco antiguos y crean a vuestro alrededor algunos dulces vínculos de sentimiento y hábito.
Yo había preguntado: Vous allez à Naples, madame? La respuesta había sido: Oui, monsieur . Lo desconocido, lo indiferente, hasta lo molesto, cumpliéndose, en pocas horas, la ley de las afinidades electivas, y no sabiendo qué sucedería una vez que hubiéramos llegado a Nápoles, me hacían desear que el viaje se prolongara, que en vez de llegar cuanto antes, tardáramos lo más posible, de modo que, aquel ¡Capua! ¡Dieci minuti! resonó en mis oídos como una bendición del cielo.
Capua, pensaba yo, si pudiera quedarme aquí, tanto como los tagineses y en el estado de ellos.
¡Cuán lejos estaba del chasco que el hado fatal de los viajeros sin suerte me reservaba!
María Luisa y yo íbamos cerca de la portezuela. Bajamos, primero ella y yo. Y fácilmente se comprenderá lo que pasó en seguida. Me quedé al pie del estribo,

para darle la mano a la madre de Catherine Necrasoff y a ésta, que, calculaba, irían a tomar algo en el buffet. Pero ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que madre e hija empuñaban sus maletas portátiles, signo inequívoco de que no seguían el viaje!

¿Cómo? ¿Y qué? ¿Ustedes se quedan aquí? Le dije a mi rusa, este mi es un modo de hablar.

Oui, monsieur .

Pero ¿No me dijo usted, señora, que iban a Nápoles?

Sí, y a Nápoles vamos, pero preferimos dormir aquí, visitar mañana temprano el anfiteatro y otras curiosidades, seguir en carruaje descubierto por un espléndido camino, hasta Caserta (Son sólo tres cuartos de hora), y de allí irnos a Nápoles, en cualquier tren (Los hay a cada momento) y así nos ahorramos la molestia de llegar al amanecer.

¿Qué contestar a esto? ¿Con qué derecho podía yo oponerme a semejante combinación?

Ah! Madame, exclamé, c'est bien vrai: voyager est, quoi qu'on en puisse dire, un des plus tristes plaisirs de la vie.

¿Por qué?

¿Y usted me lo pregunta?

Catherine Necrassoff comprendió, y repuso: On peut se revoir.

María Luisa, que tenía la imaginación de un tourist, y que ya se había entusiasmado con la idea de visitar cuanto antes la celebérrima ciudad fundada por los etruscos, me propuso que nos quedáramos allí. Pero ¿Cómo aceptar? Ni era lícito, ni semejante empressement era decoroso, y me habría perjudicado, por más que los negros ojos de Catherine Necrassoff fueran fascinadores. Me negué, y dirigiéndome a ésta le dije:

¿Así es que no repetirá usted los versos de Arriaza?

¿Y por qué no? Si no son muy largos, tenemos tiempo. Vamos al buffet.

Acepté, entramos, nos sentamos, yo decía y ella repetía frase por frase: Dijo un jaque de jerez, con su faja y traje majo: yo al más guapo el juego atajo, que soy jaque de ajedrez. Un gitano, que el jaez aflojaba a un jaco cojo, sacando, ciego de enojo, de esquilar la tijereta, dijo al jaque: "Por la jeta te la encajo, si te cojo." "Nadie me moja la oreja", dice el jaque, y arrempuja, el gitano también puja, y uno aguija, y otro ceja.

En jarana tan pareja, el jaco cojo se encaja, y tales coces baraja, que, al empuje del zancajo, hizo entrar, sin gran trabajo, al gitano y jaque en caja.

Con la última "jota" que simultáneamente salió de mi boca y de los labios de aquella mujer, que, por lo mismo que se quedaba, me parecía más encantadora, los conductores gritaron: ¡Pronti!

No había qué hacer: era forzoso partir.

Adieu, mesdames!

Au revoir, monsieur, au plaisir de vous revoir, mademoiselle.

Hotel de Roma , dije yo, poniendo una de esas caras que todo el mundo pone, en las mismas circunstancias, y estaba tan alelado, que me imaginé que me contestarían: "Y nosotras también."
¡Qué! me contestaron esto: "Nosotras no sabemos todavía adónde iremos."
La traducción libre de semejante réplica no podía ser sino la siguiente: "Tal día hará un año que tuve el gusto de encontrarme con usted."
Yo estaba batido en todos los terrenos. Catherine Necrassoff pronunciaba el español como yo, le era indiferente seguir el viaje conmigo, y yo ni sabía si aquel O-son-na-more-divni-son, que ella había articulado, cuando los conductores gritaron: ¡Capua! ¡Dieci minuti!, era ruso o algún dialecto italiano, una broma, si se habían burlado de mí o no.
Todo mohíno y cabizbajo entré con mi hijita en nuestro compartimiento. Confieso que me pareció sombrío, desierto.
Partimos, y como mi hija tenía talento y se podía conversar con ella, nos pusimos, haciendo ella causa común conmigo, a comentar la aventura.
Papá, me decía ella: ¿Y si fueran españolas? Y se acordaba de un chasco que nosotros les habíamos dado a una señora y a un caballero españoles, chasco, cuya razón de ser fue todo lo contrario del caso presente: sustraernos de toda conexión con personas que no conocíamos.
María Luisa me decía: Sin embargo, esa señora habla tan bien el francés, que no me parece española, aunque he conocido madrileñas que lo hablaban maravillosamente. Pero el indicante del cigarro, que fumaba la vieja, nos hizo convenir, por no sé qué aberración, en que serían habaneras, como si en La Habana fumaran todas las señoras, y habaneras son, y no hay más que hablar, era nuestra última palabra, en el momento en que los conductores gritaban: ¡Napoli!
Estábamos, efectivamente, en la más bella ciudad del mundo, para mí. La prefiero a Constantinopla, a Río, a Lisboa.
En Nápoles hay todo: la luz, el color, lo que han hecho la naturaleza y la mano del hombre. Un bullicio simpático, un pueblo que ríe, a todas horas. En Nápoles no hay noche.
Desde la vasta calle de Toledo, hasta la Chiaja, y desde las más estrechas hasta Santa Lucía, cuando medio Nápoles duerme, la otra mitad toca la guitarra y la bandolina, cantando canciones amorosas y alegres barcarolas, iluminada siempre por los ígneos resplandores del Vesubio.
Tomamos una calesa descubierta, y nos fuimos al Hotel de Roma , albergue delicioso, en una pequeña punta de tierra que entra en el mar.
Pasaron tres días. En todos los paseos y excursiones, esperábamos descubrir a las habaneras. ¡Vana esperanza! Decididamente, nos decíamos, la señora doña Catherine Necrassoff ha de ser doña Juana o doña Petrona del Río o Mansilla mismo. Y llegamos hasta admitir la posibilidad de que fueran parientes nuestros, remotos.
Al cuarto día, saliendo del hotel para ir a tomar el vapor que va a la Grotta azzurra , el portero me entregó una carta que acababa de recibir para mí.

Rompo la nema, abro, leo. ¡María Luisa! Exclamo, no son habaneras, son rusas legítimas, y le paso la misiva, que descorría el velo del misterio.
María Luisa, saltando sobre las puntas de sus piececitos, batiendo las manos, reflejando el centelleo de sus ojos toda la alegría infantil que le causaba el descubrimiento, exclamó: Yo también sé ya ruso, O-son-na-mo-re, Divni-son
¡O sueño sobre el mar,
divino sueño!
Y en seguida me dijo:
Por supuesto que esta noche iremos a visitar a esas señoras, papá.
Y ¿Cómo no?
Volvimos de nuestra excursión, comimos, nos emperifollamos, tomamos un calesín, le dimos la dirección, y pocos minutos después estábamos en el Grand Hotel, edificio grandioso de estilo suizo, aislado, en un paraje pintoresco sobre el borde del mar. Bajamos, entramos en el vestíbulo, sin decirle una palabra al portero, nos pusimos a buscar en el tablero de indicaciones la tarjeta consabida.
C'est drôle, dijo María Luisa, ça n'y est pas.
Portero, dije yo a mi vez: ¿Madame Necrassoff?
El portero contestó sencillamente: ¡Partiti!
María Luisa y yo nos miramos, y ambos a una nos dijimos: ¡Es una mistificación!
María Luisa me dijo con su carita llena de malicia inocente: ¡Se han burlado de ti, papá!
Y de ti, mi hijita ¿O todavía saltarás de gusto, diciendo: "O-son-na-more-divni-son, ya sé ruso?"
No nos quedaba más que una sola cosa que hacer: dar un paseo por la ribera, tratar de olvidar lo inolvidable, irnos al teatro y dormir en seguida lo mejor posible, guardándonos bien de pensar que del ruso sabíamos otra cosa que no fueran apellidos acabados en off.
Eso hicimos.
Al volver al hotel, hallé una carta que decía así:
"Caballero: un despacho urgente nos obliga a mamá y a mí a regresar a Roma. Pero estaremos de vuelta dentro de ocho días, y entonces espero que tendremos el gusto de ver a su interesante hija y a usted en el Grand Hotel. Catherine Necrassoff."
Todo lo dicho es verdad, mi querido Tagle, tan verdad como que tengo, para no ser exagerado, menos gusto en verlo a usted de Senador que usted mismo.
Y honni soit qui mal y pense.

Bis

Al Señor Doctor Don Luis V. Varela

Mi querido Lucio:

He leído su folletín. Usted abusa de su increíble facilidad de narrar y de la originalidad atractiva con que lo hace. Así le cuenta a su auditorio todo lo que le da la gana, dándole el carácter de verdad que tendría, si se refiriera a hechos reales. Los preliminares a la introducción de Catalina o Carolina Necrassoff son deliciosos: uno ve las escenas descritas, pero no hay ni ha habido nunca tal Catalina Necrassoff. Suyo afmo. E. Wilde.

Sucede con la reputación intelectual de un hombre casi exactamente lo mismo que con su reputación moral.

Es sabido que, cuando la fama es buena, el hombre es inferior a su reputación, y que, cuando la reputación es mala, el hombre es mejor que su fama.

Yo, al menos, tengo ese convencimiento, fundado en la experiencia de la vida. Ella, que ha sido mi gran libro, me ha enseñado: que no somos ni tan malos, ni tan perversos como se cree, ni tan angelicales, como algunos hipócritas lo sostienen, no por los otros, sino en beneficio de sí mismos. Pero, aquí no se trata de moral, ni siquiera de crédito literario, en el sentido académico, es decir, de si yo escribo bien o mal, con galanura o sin sombra de gracia. Se trata sencillamente de si soy o no (Que es lo que de mí se dice) un escritor de imaginación.

No soy sordo ni ciego, de modo que he podido oír y ver: ver lo que se ha escrito, oír lo que se ha dicho, y, he oído y he visto, por ejemplo, cuando escribí mi libro sobre los Indios ranqueles , que un noventa y nueve por ciento de los lectores creían que la Excursión no había tenido lugar, siendo todo ello obra de mi fecunda imaginación.

No puedo decir que llegué a dudar de los hechos, a punto de tener que palparme, como el personaje de la comedia, que, antes de contestarse a sí mismo "yo, soy yo", se toca por todas partes el cuerpo, tanteando su periferia, por los cuatro costados.

Confieso, sin embargo, que cuando Mantegazza, el célebre Mantegazza, no un bachicha cualquiera llamado así, escribió su Dio Ignoto [2] , en el que yo figuro (Con permiso mío, porque Mantegazza me lo pidió) como un personaje fantástico, llegué a preguntarme si no habría sido mejor que, en vez de un libro real, hubiera fabricado uno completamente de pura invención.

¡Quién sabe si ese procedimiento no habría hecho que se creyera en la realidad de lo que el libro contiene! Gato por liebre suele ser mejor.

¡Es tan frecuente confundir al padre con el hijo, al autor con el actor! A Larra lo creían Fígaro , a Cervantes, Don Quijote , y la mujer de uno de los hombres de más chiste de este siglo, le decía en plena mesa con toda ingenuidad al autor del Nuevo Robinson : ¡Ah, señor! ¡Y cómo sufriría usted en aquella isla desierta, entre puros monos! ¡Y qué peligros no correría usted en medio de tantas bestias feroces!

A la inversa me sucedía a mí, después de dar a luz mi susodicho libro, pues no pocos lectores llegaron a preguntarme como quien desea recibir una confidencia: Decime, che, Lucio, ¿Realmente has estado vos entre los indios?
La aberración, que unas veces se traduce en credulidad y otras en incredulidad, es un fenómeno del alma, que envuelve todo un problema de psicología social. La regla es ésta: ser escépticos cuando se trata de efectos producidos por gente que hemos conocido, cuyas aptitudes no sospechábamos, porque nos hemos tratado con ellas de tú y vos, y tener las fauces de un hipopótamo para tragarse los bocados más descomunales, cuando se trata de lo desconocido.
Así, oyendo un día decir que Fulano, nuestro condiscípulo, nos ha sacado la oreja, en cualquier cosa, nuestra primera impresión es una mezcla de desdén y de envidia, y atribuimos el éxito colosal a la fortuna, en vez de imputarlo principalmente a la capacidad.
Oímos decir: Juan Pérez es banquero. ¿Cuál Juan Pérez ? Preguntamos. ¡Pero hombre! Nos dicen: ¿No te acuerdas? Aquel tan zonzo, que estaba en la clase de Gramática que todos los días se quedaba en penitencia, en cruz, con orejas de burro. ¡No, hombre, no puede ser! ¡Es imposible! No obstante, es así. Pero es que, el que ha aprendido mucha Gramática y no ha conseguido hacerse rico, no se conforma con eso, no lo entiende, y, mientras tanto, hay que creer o reventar: Juan Pérez es banquero. No sabe Gramática Castellana a derechas, pero sabe Gramática Parda.
Otro día nos dicen: el hombre más rico de Buenos Aires es Leonardo Pereira. No hemos sido condiscípulo suyo, pero tiene para nosotros ese extraño prestigio de lo desconocido, y admitimos en este caso, sin repugnancia, lo que no nos entraba en el de Juan Pérez.
Y hay algo más curioso todavía, y es que, si estamos apurados y concurrimos al señor Pereira, es probable que éste nos reciba como a un antiguo conocido, y que Juan Pérez , el de las orejas de burro, nos mire de arriba abajo, con una de esas caras en las que un observador agudo puede leer que Juan Pérez no habla sinceramente cuando dice: "Efectivamente, creo que lo he visto a usted alguna vez." Guardaos de insistir en que os debe conocer Juan Pérez. Es mejor que piense que no os acordáis, de que lo visteis muchas veces en penitencia, con orejas de burro.
Fingid, fingid siempre en estos casos, y la comedia puede ser que haga que Juan Pérez proceda como Pereira. De lo contrario, saldréis de su bufete, como entrasteis, apurados, murmurando interiormente: estos advenedizos son todos iguales, reflexión que debisteis hacer antes de entrar, no al salir.
Bueno, un hombre podrá defenderse, como Horacio Cocles, solo contra un ejército, en la cabeza de un puente, pero no se defenderá victoriosamente contra su reputación. Será vencido, por más que grite: ¡Digo la verdad!
Ergo: entre luchar para caer, y seguir así como vamos, opto por lo último, y les declaro a ustedes, para hacerles el gusto, que soy un escritor de imaginación.

Lo raro, lo sorprendente, lo cuasi extraordinario es esto: que sea, precisamente, uno de mis médicos, y no digo mi médico, porque yo tengo todos los médicos posibles, desde que creo en todas las drogas imaginables, quien, pensando y diagnosticando como todo el mundo, haya encontrado, al hacer su análisis craneoscópico, que tengo muy desarrollada la protuberancia de la "idealidad".

¡Wilde! ¡El doctor Wilde! ¡El doctor Wilde! ¡Mi amigo Wilde! Un hombre sin pizca de imaginación, que me debe conocer a fondo, fallando ex cathedra, también, que padezco de eso ¡De imaginación! ¡Eh, con tal de que no llegue a ser un licenciado Vidriera!

Como lo acaban ustedes de ver, Wilde no ha creído en lo que llamaremos la aventura con Catherine Necrassoff. Ahí está su carta, como texto o epígrafe. Y sólo diré en mi descargo, esperando ser creído, que Tagle no me hará la injusticia de suponer que yo me haya permitido engañarlo, sirviéndole gato por liebre, lengua de vaca por lengua rusa, cuando mi objeto fue dedicarle un verdadero manjar, algo como un esterlete del Volga, en escabeche, pescado en mis apuntes de viaje.

Este Wilde me pone en un verdadero aprieto, con su incredulidad. ¡Hombre incorregible! Pues es nada, obligarme a decirle al lector lo que he creído que debía silenciar, por no exponerme a correr el riesgo de caer en la monotonía, en esa monotonía que da sueño, que hace dormir, o que fastidia, hasta hacernos estrujar el diario y arrojarlo con rabia, exclamando: ¡Qué tonto!

No hay más, tengo que sacrificarme. Mejor dicho, tengo que presentarme como una víctima más del pirronismo literario de Wilde, por no decir de su saña, porque, la verdad es que se necesita tener mal corazón, para chulearme como él lo ha hecho, tirarme de la lengua, ponerme la pluma en la mano y forzarme a proseguir quand même. ¡Ah! Los tales médicos, cuando se hacen estadistas, no tienen entrañas.

Lector paciente o amable, permitidme deciros ante todo, por vía de observación: que, en general, es muy difícil explicarle al que no la sabe, la pronunciación de una lengua, que la tarea se hace casi imposible, cuando se trata de dos lenguas, que tienen tan poca analogía entre sí, derivando de troncos distintos, como sucede con el ruso y el español, e imposible del todo, si el que debe explicar sólo sabe la lengua (Que es el caso mío) de aquel a quien se dirige (Que es el caso de ustedes, los que me leen).

De modo que tengo que insistir en que Catherine Necrassoff ha existido, y que apelar a sus pruebas y procedimientos, para medio hacerme entender.

¡Malhaya el tal Wilde!

¡Con razón sus opositores dicen que es una calamidad!

Al diablo no se le ocurre desmentirme, y desmentirme, con la circunstancia agravante de que he de ser yo mismo el que lo tenga que hacer saber.

¿O no está claro que la carta del texto, tan repulida, está cantando que ha sido escrita para que pueda ver la luz pública sin rubor?

Cuanto más me empeño en ser breve y conciso, tanto más elástica se me vuelve la frase, por manera, que si aquí no le doy un corte, la introducción resultará más larga que la exposición, y ¡Adiós! reglas de Retórica, y ¡Adiós! Estética.
Alors, para que el potpourri sea completo, me echo en brazos de Luis V. Varela, que es el ingenio argentino más capaz de creer, siendo, como es, un cerebro tan poderoso, quizá y sin quizá, el doctor en jurisprudencia más instruido en literatura que tenemos, y a él le digo, encargándolo de que lo convenza a Wilde, con quien yo no puedo, que Catherine Necrassoff era hermana del conocido prosador y poeta de ese apellido.
Volvamos, pues, por un momento, y antes de proseguir, a las dificultades enormes con que tiene que tropezar todo aquel que quiere dar una idea fonética de la exacta pronunciación de una lengua cualquiera, al que no la ha oído hablar jamás. Y dejemos a un lado, lo que complicaría doblemente mi empeño, las modalidades gramaticales de esa lengua, sea sabia o no.
Por ejemplo, ustedes no han oído nunca hablar la lengua de los esquimales. Yo puedo, sin embargo, iniciarlos en ella, escribiéndoles tres renglones. Helos aquí: "Illaming nin, akhing nun, arkridjigiliork Iutik arkridjigilinurublutig ork." Puedo asegurarles, asimismo, que la traducción de dichas palabras es ésta: "De la orilla opuesta de este lado, hacia (Es decir: habiendo partido del otro lado del mar) los dos vinieron a cazar ortegas (Ave americana). Y se arrebataron de las manos, unos a otros, esas ortegas, pues."
¿A qué recursos apelaría yo para decirles a ustedes cómo se pronuncia por un esquimal, cómo suena, saliendo de su boca, la penúltima palabra transcrita, la cual consta de la friolera de veintidós letras? Tendría, en primer lugar, suponiendo que lo pudiera hacer, que explicar cómo se pronuncia cada letra del alfabeto esquimal, y, en seguida, que explicar todavía cómo se combinan sus sonidos, al articularlos, para formar palabras y, una vez hecho, me parece que estaríamos tan adelantados como al empezar.
Eso fue precisamente lo que a Catherine Necrassoff le sucedió conmigo.
Ella empezó por decirme: el alfabeto ruso tiene treinta y seis letras, y me las pintó primero con sus caracteres moscovitas, y después me las figuró con signos latinos.
El ruso, añadió, no tiene, como el francés, letras mudas, la misma letra s'kratkosou , que podría pasar por muda, es un sonido aspirado o una aspiración, y sólo se emplea en la terminación de algunas palabras, después de una vocal.
Tenemos vocales y semivocales, pero no tenemos diptongos, y las vocales son suaves o duras, y están sujetas a las leyes de la permutación y del acorde, que es una de las particularidades de la lengua rusa, que admite la intercalación de la o y de la e, antes de las consonantes líquidas, porque las consonantes son de tres clases: líquidas, duras y aspiradas, y se dividen en labiales, guturales, dentales, paladiales, linguales y nasales, las cuales, a su vez, son silbantes y chitantes.

Cuando Catherine Necrassoff llegó a estas silbantes y chitantes yo le dije, cerrando mi libro de memoria, en el que tomaba notas: Señora, me parece, como dicen los franceses, que usted emplea inútilmente su griego y su latín y que, de esta lección, no se me quedará en la cabeza más que una cosa: que el ruso no es lo que yo pensaba, una lengua "áspera y dura". Ruégole, pues, que sigamos otro procedimiento, si es posible.
¿Cuál?
¿No podría usted escribirme con caracteres itálicos exclusivamente en ruso, los versos de Kurochkin, y en italiano como suenan?
¿Y cómo no? Precisamente de la comparación de los dos textos, con caracteres iguales, resultará probado lo que le he dicho a usted, lo que nuestro gran poeta probó antes que yo, improvisando también, en viaje, en ferrocarril, y arguyéndole a un italiano, que habló de la aspereza y dureza del ruso, como usted, que esta lengua es tan suave y tan sonora, como el italiano mismo.
Al día siguiente recibí esta misiva:
" Caballero: Al remitiros esa pequeña improvisación de nuestro periodista Kurotchkin, tengo el placer de daros con ella una prueba incontestable de la armonía de nuestra lengua, rogándoos, al mismo tiempo, aceptéis la seguridad de perfecta estimación que os profesa
Catherine Necrassoff. "
Grand Hotel.
En ruso
O son na more, divni son!
Odessa mai ou Kosta ya piu o col mi pase on Ne sto, a tristo tostow y pian-ge, piange, piang-ge on
capite vino Kosta
o, son na more,
divni son!
Da verno ge on ne sprosta.

En italiano

O son amore divni son
o, deesa, mai u Costa ya piú o col mi pace on nesto a tristo tostou. Y piange, piange, piange on
capite vino costa,
o son amore
divni son
d'aver-nage on ne spro-sta.

El concepto ruso, expresado en nuestro idioma, quiere decir esto: ¡Oh, sueño sobre el mar, divino sueño!
(En) Odessa, (En el mes de) mayo en casa de Costa (Restaurante) bebo, y él todavía más, no cien, sino trescientos toasts.

Y él es quien está borracho (Bis).
Y bien ¿Qué dirá Wilde a esto, querido Luis? ¿Se atreverá todavía a decir, insistiendo, que yo soy un escritor de imaginación? Capaz es de ello, porque ¿Qué audacias de concepto son inaccesibles para él?
Es imposible tener contacto espiritual con una mujer llena de seducciones físicas y morales, y no tratar, para entenderla mejor, de aprender su lengua.
Estaba escrito que yo había de estudiar un poco la lengua de Catherine Necrassoff, y aquí tienes la prueba de ello en este verso de Puchkin: Lubïézni drug oi zoráiech ia lublú durachistsía es sdrusíami tí rosgadal davno menía y potamu pust mezdu nami ost anusía sü stíji.

Traducción:

"Querido mío: Ya sabes tú que a mí me gusta divertirme con los amigos, tú me has adivinado, y por eso te pido que estos versos queden entre nosotros."
Así se expresaba Puchkin, contándole, en un poema, a un amigo, lo que le había pasado la primer noche de boda.
Yo, que no me casé con Catherine Necrassoff, ya conté que se me perdió en Nápoles, concluyo, diciendo que en viaje es más fácil se voir que se revoir.
Y con esto, lectoras y lectores, au revoir . Ustedes no me creerían, si, con visos de mentira, les contara alguna otra verdad sobre Catherine Necrassoff, porque ustedes mismos, de antemano, ya han decidido, con el conforme de Wilde, que yo soy un escritor de imaginación.
Tú, Luis amigo, que vives entre empolvados mamotretos, tú, sí, me creerías, si te contara ahora, cómo fue que, antes de venirme definitivamente a América, volví a comer, en París, en casa de Catherine Necrassoff esterlete fresco del Volga, con salsa de caviar.
C'est très-bon.
Será para cuando podamos departir de silla a silla.
Omega .

Raimundo

Al Señor Don Rufino Varela Ortiz

Aux vertus qu'on exige dans les domestiques, votre Excellence connait-elle beaucoup de maîtres qui fussent dignes d'être valets?
Beaumarchais.

Era cuando la guerra del Paraguay.

Ya habían tenido lugar los grandes hechos de armas más notables hasta entonces: la grande y famosa batalla del 24 de mayo, y el sangriento y glorioso asalto de Curupaití.
Habíamos, por fin, salido de aquel eterno campamento de Tuyutí, en el que murieron o derramaron su sangre tantos bravos, y en el que todos nos aburrimos mortalmente. El hombre de guerra no es completo, si no es paciente.
¿Qué se ha hecho entonces la medalla que se les debe a los que, a pesar de todo, no reventaron allí de hastío como una bomba?
Estábamos en Tuyucué, frente a los formidables espaldones protectores, tras de los cuales comía a manteles opíparamente López, mientras sus soldados, convertidos en cartílagos ambulantes, perecían de inanición, moviéndolos esa fuerza casi sobrenatural, que se llama: el terror.
A nosotros nos diezmaba un cólera fulminante.
El espectáculo de la devastación era atroz. Algunos se enloquecieron.
Yo estaba, con mi batallón, campado en una balsa cenagosa, formada por las aguas de un estero pestilencial. Mis soldados, sus mujeres, y hasta los perros se morían, que era un dolor, sin que hubiera auxilios ni ciencia bastante eficaces, para salvar a los atacados, en la medida siquiera de nuestra natural conmiseración.
El cuerpo médico se multiplicaba con patriótica abnegación. Los sanos cumplían con su deber.
El flagelo podía más que todos, y que todo, y hasta quebraba la energía de los que tantas veces despreciaron la metralla mortífera.
El cabo Romero, su mujer y su perro, murieron casi al mismo tiempo, salvándose un hijito que tenían, llamado Raimundo.
Yo adopté, por decirlo así, al huérfano y se lo mandé a mi mujer.
Era una hipoteca.
Pero, ¿Y la caridad?
Mi mujer tuvo lástima de aquel desvalido, que apenas hablaba, le tomó cariño desde que lo vio, y comenzó, como hacen siempre nuestras señoras en estos casos, por educarlo mal.
Cuando yo vine a Buenos Aires, le dije: "Este muchacho, metido entre polleras siempre, se perderá.
¡Quién no se pierde entre polleras!
Los años corrieron.
Yo estaba en Córdoba, de Intendente Militar, Raimundo era un personaje en la casa: se tuteaba con mis hijos y daba, él solo, más trabajo que todos ellos juntos.
Mi mujer le tiraba de las orejas, no tanto como lo merecía, y se desahogaba, tildándolo de "pícaro, desagradecido".
Raimundo se reía. Y como había aprendido a leer y escribir y no tenía pelo de tonto, comprendía perfectamente que necesitaba algo más que manos femeniles, y ni hacía propósitos de enmienda, ni se enmendaba.
Mi mujer me dijo un día: "Yo ya no puedo con Raimundo, Lucio."

¡Pse! Me encogí de hombros, como contestándole: "recoges el fruto de tu educación".
Poco después me fui a la Rioja, a no recuerdo qué trapisonda electoral. Torné, naturalmente, porque en la Rioja nadie se queda, y eso que la moza más linda que yo he visto ha sido una riojana, y mi mujer volvió a las andadas, quejándose de Raimundo, y a tal extremo me obsedió que un día lo mandé preso, constitucionalmente, con ciertas instrucciones reservadas.
Me vine a Buenos Aires.
Mujer e hijos me escribieron ¡Lo querían tanto a Raimundo! Pidiéndome que lo pusiera en libertad.
No contesté.
Regresé a Córdoba. Me sitiaron los empeños. No cedí. Mi máxima es que se debe ser lento en castigar, y castigar en regla, cuando se resuelve el castigo. Fui inflexible. Quería que Raimundo purgara bien sus pecadillos. No se hablaba, pues, de él, comprendiendo que todo era inútil, que yo me había reservado la medida del tiempo que debía durar la punición.
Una noche, trabajando en mi escritorio, tuve necesidad de compulsar el Don Quijote.
Me levanto, voy derecho al armario, donde estaba, donde debía estar.
¡No había más que el vacío! Reniego en mis adentros, maldiciendo a los que no saben poner los libros en su sitio, busco, rebusco. ¡Vana pesquisa! ¡El andante caballero no se encontraba en mi biblioteca!
Se hacía tarde, la familia no volvía del teatro, me recogí.
Al día siguiente, averiguo. Alma viviente había visto al "caballero de la triste figura", ni noticias de él tenían.
Me deshice en improperios anónimos. Nadie chistó: Un poco más tarde, sentí en la casa cierto movimiento inusitado.
Entraban y salían más oficiales y soldados que de costumbre.
No hay nada tan tonto como un dueño de casa, en estas ocasiones.
No caía en cuenta.
Pasaron algunas horas. Yo trabajaba. Una sirvienta entró y me dijo, poniéndome en las manos el Don Quijote : "Dice la señora que había estado en su armario."
Ya se imaginarán ustedes todo lo que le mandé decir a mi mujer, sin decírselo a la sirvienta.
Dejo lo que hacía, y teniendo lo que había necesitado la noche anterior a la mano, vuelvo a ello.
Abro, hojeo, y me vienen a las narices unos efluvios de humo de tabaco negro, frío, el olor más nauseabundo, hasta para un fumador.
¿Qué es esto? Me dije interiormente, llevando las manos a la cabeza.
Salgo, voy a las piezas de mi mujer, ella y mis hijas se ocupaban en zurcir medias. ¡Qué excelente ocupación!
Interpelo a la madre. Niega con ese aplomo con que sólo saben negar las mujeres.

Pero las niñas se turban.
¡Qué bella cosa la niñez!
Yo no puedo decirles a ustedes todo lo que me imaginé.
¿Me lo creeréis? Fue la primera vez que, como marido, comprendí aquello de: Si son celos un furor, una ciega destemplanza, que sólo quiere venganza, estrago, muerte y horror, y que no teme a los cielos y que a los cielos se alzara, si allí su venganza hallara, dices bien: ¡Yo tengo celos!
Mi mujer tuvo que capitular, que confesar toda la verdad.
Raimundo era lector, y ella le suministraba libros, para amenizarle las soledades de la prisión.
Don Quijote estaba, pues, saturado de Raimundo, que era un insigne pitador de mis cigarros y de cuanto pucho le caía en las manos.
De la cólera a la risa no hay más que un paso, para ciertas naturalezas, para las naturalezas débiles, como la mía.
Ya se colige entonces lo que pasó: Raimundo fue puesto en libertad, y salió de su encierro, más gordo y más blanco de lo que entrara y con esa cara de pascuas de los sinvergüenzas incorregibles, y él no se había corregido, no obstante lo severo de la reclusión, pues nadie, sin orden expresa mía, podía hablarlo.
De ahí las maniobras, a que antes me he referido, el movimiento inusitado de mi casa, el entrar y salir de oficiales y soldados, para obtener la devolución del "famoso manchego", sin que yo me apercibiera, como no me apercibí, porque un jefe es algo parecido a un marido: lo más fácil de engañar, siempre que se trata de ahorrarle un disgusto.
Y disgusto se suponía que debía causarme, que no se cumplieran estrictamente mis órdenes respecto de Raimundo, como en efecto no se habían cumplido.
Confieso que me lo sospechaba y que, en el fondo, me bastaba salvar las apariencias de haber sido enérgico en aplicar la mano.
Raimundo volvió a la casa paterna, diremos así, con el doble prestigio de la ausencia y de sus desgracias, y a todos los tenía embaucados, contándoles sus penas y la dura vida del cuartel.
Una mañana, en tanto almorzábamos, mejor dicho, después de la lectura, era la costumbre, de cierto trozo selecto en prosa o verso que mis hijas me leían a mí, o yo a ellas, María Luisa me dijo (¡Ah! Cuánta pena me causa sólo recordarla):
Papá ¿Sabes que tengo una cosa muy graciosa que contarte?
¿Qué cosa, mi hijita?
Una conversación que le he oído a Raimundo en la cocina (Mi cocina era una especie de refectorio, que hacía la desesperación de mi mujer), pero una conversación divina.
¿A ver, hijita?
Raimundo presidía la mesa, todos lo escuchaban con profunda atención y él les decía, dirigiéndose alternativamente a los hombres y a las mujeres, tratándolos de che, vos, tú: "Yo había creído que el Coronel (Yo era entonces Coronel, lo fui

diez y seis años, por haber sido autor y fautor de la candidatura Sarmiento), era un hombre muy sabio porque tiene muchos libros (Y el muy bellaco se sonreía con ironía), pero ¡Qué! Pura farsa, amigo. Una porción de veces, cuando he estado sirviendo la mesa, me ha avergonzado delante de las visitas, diciéndome: ¿Cuándo aprenderás a hablar como la gente? ¿A quién le has oído decir vide, en la casa? Se dice vi, animal." ¡Animal yo, bum! Otras veces se ha enojado, porque he dicho miajas, y me ha dicho: "¡Son migajas, bruto!" Mientras tanto en el Don Quijote, que he leído perfectamente cuando estaba en la cárcel (Cárcel le llamaba al cuartel con toda intención), está escrito vide y miajas, y no como él dice.
Y agregaba: "Si es tan guapo así en la guerra como dicen."
Aquí llegaba él, prosiguió María Luisa, cuando se apercibió de que yo escuchaba, y poniéndose de pie, dio la señal de alarma, y todos se levantaron, y yo tuve que retirarme para no interrumpirlos. ¡Qué pícaro! Exclamé. ¡Cómo me habría gustado que hubieras oído lo que opinaba de mi valor!
Era inútil interrogarlo sobre su introspección en mi alma de soldado.
Si lo hubiera llamado, me habría contestado engañándome, lo mismo que ustedes ahora: que soy todo un hombre.
Por la sencillísima razón de que a un militar puede importársele poco no ser purista ni estilista como Cervantes.
¡Pero no ser bravo como el Cid! Ésa es harina de otro costal. Por otra parte, todos perseguimos la sombra de algo, que no alcanzamos jamás: pasar por lo que no somos.
¿Qué dicen ustedes?
Yo, lo que siento es que la buena educación que Raimundo recibió, los viajes que conmigo hizo y las lenguas extranjeras que aprendió, no le hayan servido sino para que se olvidara de que: la gratitud es un deber y un placer.
Raimundo era mulato.
(Sic).

El año de 730 días

Al señor doctor don Próspero Pereira Gamba

Me parece, no recuerdo bien, que es Emerson quien ha dicho que "el hielo contiene mucho estudio o mucha civilización".

Veamos:

Concepto, original.
Forma, elíptica.
No hay duda, ahora estoy casi seguro, ha de ser suya la frase.

Lo que es mía, protesto que no lo es.
¿Estáis familiarizados con Emerson? Quizá no. Es poco conocido.
Pues bien, ahí tenéis una muestra de su estilo parabólico.
Pero ¿Qué significa, en el fondo, esa especie de lasciate ogni speranza , lanzada al rostro de la mitad del género humano?
Discurramos un momento, antes de pasar adelante, lector paciente.
Así es casi siempre el autor de los Representantes de la Humanidad (Representative Men). Todos sus pensamientos están repletos de ideas, preñados, por decirlo así, de manera que antes de discutirlos hay que partearlos.
Yo doy a luz, o saco en limpio esto: que el frío, incitando a concentrarse en el hogar, predispone a la lectura, y que como leer es estudiar, y estudiar es ilustrarse, e ilustrarse es civilizarse, allí donde cae nieve debe haber más gérmenes latentes de progreso, que allí donde el centígrado sube hasta 40 grados y aun más, y cuyos gérmenes, una vez cultivados, han de convertirse forzosamente en elementos eficaces de civilización, es decir, en riqueza, fuerza y poder.
Emerson, era o es yankee, no sé si ha muerto ya, de modo que ça va sans dire pertenece en cuerpo y alma a la escuela extravagante y fatalista de los que creen en la predestinación de las razas. Hors de l'Église point de salut, dice la intolerancia religiosa. Excepto las razas del Norte, dicen estos fanáticos de otro género, no hay grandes destinos reservados a los hijos de Sem, de Cam y de Jafet.
Según ellos, ¡Están frescos los latinos! Mas este fresco no hace bajar el termómetro, siquiera un grado bajo cero, y sólo implica que todos los estantes y habitantes de las zonas calientes o templadas, comparando su talla con la estatura de los que moran en más frígidas regiones y fijando la vista en el porvenir, deben exclamar en coro: Défense à Dieu de faire miracle en ce lieu. ¡Guárdese Dios de hacer milagros aquí!
No digo que sería ocioso dilucidar la materia en esta ocasión, traer a tela de juicio las opiniones más autorizadas, colocar cara a cara, frente a frente, a los que sostienen el pro y el contra de tan trascendental cuestión, repasar la historia desde los tiempos de Genghis Khan, el formidable, devastador de cien reinos, de la Gran China y del Tangut, donde, según el historiador Howorth, [3] perecieron solamente, bajo el filo de su espada, la friolera de 18.740 seres humanos, hasta los tiempos de Atahualpa y Moctezuma, y examinar, por fin, si Pizarro y Cortés fueron más crueles con los indios de América y menos rapaces que Lord Clive y Warren Hasting con los parias y los nabab de Bengala y del Indostán.
Pero ¿A dónde iríamos a parar?
No soy sectario de Emerson, en la parte que ahora nos ocupa, al menos. Al contrario. Y, con tanta más razón rechazo sus orgullosas pretensiones y las de sus antecesores y sucesores, cuanto que, precisamente, me propongo

demostrar con breves y perfunctorias observaciones, las ventajas inmensas de nacer y vivir en las zonas tropicales.

Suplico no se crea que considerándome vecino del Paraguay, quiero pagarle así su amable y cordial hospitalidad. No, señor. No es menester adular a un pueblo para estar bien con él. Basta respetar sus leyes, sus usos y costumbres, teniendo presente la máxima de Alcibíades: "adonde fueres, haz lo que vieres". Admitamos, sin embargo, por el momento, que sea cierto que el frío contiene más civilización que el calor.

Yo voy a probar algo más consolador. ¡Qué digo!, algo más precioso para la humanidad. Voy a probar por A más B que en los climas calientes se vive más que en los climas helados. Los que amen la dulce existencia decidirán y optarán entre lo tórrido y lo frígido.

Veamos, y si no consigo dejar convencido al bondadoso lector, caigan todas las culpas y anatemas sobre el doctor Gamba y sobre el señor Gómez de Terán, a cuyo conjunto pedido cedo, escribiendo estas páginas, humorísticas o serias, según el gusto de cada cual, y el lado por donde se las mire.

¿O conocen ustedes algo más grave que SER?

Por mi parte, pienso como un gran escritor: que si, para un hombre de temple, es harto fácil morir, en tesis general, es mucho más difícil vivir. Pocas réplicas conozco tan profundas como la de Sieyès a Napoleón, cuando preguntándole éste con ironía: ¿Y vos qué hacías en tiempo del Terror? ¡VIVIR! Le contestó aquél. En efecto, dificilillo era salvar el pescuezo en aquellos días nefastos de sangriento desenfreno.

Por supuesto, que no voy a recurrir a los censos ni a las tablas de longevidad, ni al testimonio irrecusable de los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, sobre lo mucho que dura la vida en estos mundos calientes de Dios. Tengo otros medios perentorios de probanza, que cada hijo de vecino o prójimo puede comprobar fácilmente.

Discurramos, y quiero ver quién me desmiente.

El extranjero que llega al Paraguay, en cualquiera de las cuatro estaciones del año, repite siempre lo mismo: qué lindo país, qué sano, pero ¡Caramba, qué caliente! ¡Eh, señor, no todas han de ser flores!

El sistema de las compensaciones consiste y se basa en eso.

Empieza, me refiero al extranjero que viene de climas más fríos, por querer hacer como en otra parte: quiere comer y dormir, trabajar, visitar y gozar, como en toda tierra de garbanzos. Lucha un poco contra los elementos y las costumbres, hasta que nemine discrepante, acaba por darse por vencido, reconociendo que la experiencia es madre de la ciencia, y que por haber desconocido esta verdad ha estado conspirando contra su bienestar físico y moral.

La siesta, cuya etimología no conozco[4], es decir, la costumbre de dormir durante las horas del calor, o después de comer, es el primer tropiezo que hallan en el Paraguay los que están acostumbrados a dormir de noche y a vivir un cierto número de horas de día, puesto que, es cuenta clara y fácil la que se

hace, cuando queriendo sumar los años vividos, durante un lapso de tiempo cualquiera, se destacan de la existencia los dormidos.
Computaremos ahora:
De 4 a 5 de la mañana, nadie duerme profundamente aquí. El que no está de pie, está despierto.
A las 6, hay plena actividad.
De las 8 a las 10, se hacen visitas.
Los muy ocupados trabajan hasta las 12, a veces hasta la 1.
La regla general es almorzar de 11 a 12, cuando más tarde a la 1.
De las 12 a la 1, empieza la siesta.
Es una noche artificial, llena de inocentes sensualidades, me comprendéis, que comienza profiriendo el labio trepidante de la mitad de nuestro ser, me refiero a los que tienen la dicha de poseer una mitad, con el afable acento de Longfellow: "O stay! And rest. Thy weary head upon this brest!" "¡Oh, quédate! Y reposa tu fatigada frente en este pecho."
Noche, que dura para los más sibaritas hasta las 4, y que termina, me lo imagino, para los que no la han pasado en la soledad como yo, dejando un beso reservado en el fondo de la copa para beberlo a sorbos deliciosos durante las horas de la noche verdadera.
La Aduana se ha vuelto a abrir.
Hay dos horas de un poco de calor.
A las 5, refresca.
Son, hasta las 7, dos horas deliciosas.
De 8 a 9, se vuelve a hacer visitas, las mismas si se quiere, se trabaja en el bufete o en el escritorio. Se lee, se estudia, se reza, se medita, se hacen, en fin, todas las cosas agradables o necesarias, que la ley de cada existencia aconseja o permite.
A las 12 de la noche se duerme, porque el pueblo paraguayo, siendo sobrio y frugal, no necesita recogerse antes, por razones de digestión, a lo que se agrega, que viviendo alegre y contento, a pesar de sus desdichas pasadas, canta y baila mucho, pero mucho y con muchísima gracia, con tanta gracia que, lo digo redondamente, aunque provoque el enojo de todas las bailarinas ausentes: no he visto en ninguna parte del mundo bailar con igual donaire, así las danzas nacionales, como la cuadrilla, la polka, el vals. Y téngase en cuenta que no me refiero a la gente fina únicamente. No. La mujer del pueblo baila quizá con mayor encanto para el extranjero.
No hay ninguno que asista impasible a un baile de quiguaberás.
Este vocablo, compuesto, significa peineta de oro, o que brilla, y como este adorno es aquí nacional, bailes de quiguaberás se llaman por antonomasia los bailes públicos, a que sólo concurre la plebe, campeando el zapato y la bota con taquitos, al lado del pie desnudo, el vestido con cola al lado del tipoi, las modas de abajo, es decir de Buenos Aires, al lado de la sencillez que nada disimula de los encantos naturales.

Por manera que tenemos el día dividido en dos, y una noche sideral más corta que en otras partes.
Si se compara, se suma, se resta, prescindiendo de las ventajas anexas a este género de vida, higiénico, voluptuoso, abundante en suavísimas fruiciones (Nada he dicho de los baños, ni de las lujuriantes galas de la naturaleza), se saca este cuociente: que al cabo del año se vive más, porque se duerme menos.
En donde hace frío el trabajo empieza más tarde, los negocios empiezan más tarde, se come y se bebe más y hasta más tarde. Se acuestan más temprano, y la cama no rechaza como aquí a la madrugada.
¡Miren ustedes qué ventaja esta última! Siendo las sábanas, como es sabido, tapaderas de tantas debilidades y extravíos ¡A qué hablar del sol, espléndido siempre en los trópicos, mientras que en los pueblos del norte se presenta generalmente embozado como un conspirador!
Por consiguiente: el hielo contendrá toda la civilización que Emerson quiera, pero el calor contiene más vida.
Lo uno puede ser una paradoja. Que el calórico es la causa eficiente de cuanto esté bajo las estrellas, inclusive las mismas estrellas, eso no se puede discutir, es evidente como un axioma.
Suprimid el sol, y volveremos instantáneamente al CAOS.
Suprimid los hielos del polo norte, cuando más, tendremos unas cuantas inundaciones y unos cuantos millones de anglosajones ahogados, habría motivo para lamentar sensibles pérdidas, nunca, razón bastante para que pereciéramos, desesperados de pena.
Señores y Señoras:
¡Estoy por la siesta!

La emboscada

Al señor general don Eduardo Racedo

Dis-moi, soldat, dis-moi, t'en souviens-tu?
Las líneas atrincheradas de los paraguayos quedaban muy cerca de donde yo estaba campado con mi batallón, haciendo un servicio de avanzada permanente.
Aquí, a la inversa de lo que sucedía en Tuyutí, el 12 de línea cubría y vigilaba el flanco izquierdo del ejército.
Nos faltaba solamente la guerrilla franca de Ayala, tan experto para batirse en orden abierto, como sereno cuando se trata de hacer "pata ancha" en orden cerrado.
En vez de ella ¡Cuánto la echábamos de menos! Aunque no nos permitiera dormir sino con un ojo, teníamos un estero estrecho, pero profundo y traidor,

lleno de plantas acuáticas enmarañadas, que hacían difícil y peligrosa su vigilancia, siendo, como eran, un escondite seguro.
El estero ese, arrancaba de la derecha del enemigo, la envolvía, serpenteaba, y luego corría hacia el fondo, o sea la retaguardia, siempre por nuestra izquierda.
Cuando llovía mucho, se desbordaba, pero, generalmente, tenía aproches accesibles, formados por una lonja de tierra sólida, paralela a su curso, que la tropa llamaba el "albardón".
De aquel lado, del lado de Tuyutí, el servicio de vigilancia era diurno.
En la noche, las grandes guardias se retiraban, así es que, todas las mañanas había guerrillas, tan fuertes a veces que eran verdaderos combates.
Nosotros, brasileños y argentinos, teníamos que triunfar, y triunfábamos siempre.
Verdad es que el enemigo no comprometía nunca muchas fuerzas.
En dos palabras, todos los días, al rayar la aurora, había que disputar palmo a palmo el terreno abandonado la víspera al ponerse el sol.
Ya se sabía que, al amanecer, tenía que haber tiros por la izquierda. Se había hecho una costumbre pelear por allí.
Esos buenos días, a balazos, era la briosa caballería argentina o riograndense la que se los daba al enemigo.
Este, hambriento, salía casi todas las noches de sus líneas, para merodear por el terreno ocupado durante el día por nosotros, limpiándolo de cuanto desperdicio dejaban nuestros soldados, a punto que ni los huesos pelados despreciaban. ¡Cómo estarían de famélicos, cuando hasta nuestras heces podían servirles de alimento!
A veces, pilchaban alguna pava, olla, o asador que adrede dejaban nuestros soldados, calculando que, si al día siguiente habían de almorzar allí, no valía la pena llevarse todos aquellos trebejos a sus reales.
Mi vigilancia, como se concibe, tenía que ser grande durante la noche.
Colocaba, pues, a lo largo del estero, en el albardón, en cuanto no se veía luz, un cordón de centinelas, distantes unos de otros lo bastante para que se oyeran sus señas: las palmaditas de ordenanza.
Así se deslizaban los días, sin que pudiera decirse ni que eran iguales ni que se parecían.
Las inquietudes eran en el centro, en el flanco derecho del ejército y por Tuyutí, todo ello debido a la topografía de las posiciones respectivas.
No quiere esto decir que nosotros durmiéramos sobre un lecho de rosas.
Peligro grande no había, pero estábamos muy cerca y la imaginación nos trabajaba, haciéndonos pensar en una sorpresa posible.
Por la noche, se sentían en el estero extraños ruidos. Algunos veían fantasmas.
Cada centinela contaba al día siguiente, en el fogón, lo que había visto y oído, y lo que no había visto ni oído.
Los ejércitos están llenos de leyendas, y es por eso que una de las cosas más difíciles de escribir es la historia de una guerra. A corta distancia, como dice el

General Thoumas, las diferentes relaciones de un mismo hecho, referido por varios testigos oculares, son casi siempre contradictorias.
El soldado A había visto un tigre, entre las malezas del estero, el soldado B un lampalagua, éste una víbora de cascabel, aquél, un lobo, el otro, un carpincho, varios, una porción de cabezas humanas flotando sobre las aguas. Eran las almas de algunos paraguayos ahogados en el misterioso estero decían.
Yo recorría todas las noches, personalmente y solo, mi cordón de centinelas, montando un petiso en pelos.
Una de esas noches, recuerdo que hacía mucho frío y que el cielo estaba encapotado, tomé una botella de caña y me fui a hacer lo de costumbre.
Siendo reconocido, pasé sin dificultad por delante del primer centinela, callado, y así sucesivamente llegué hasta el último. Hablé con él de broma, era mi estilo, le di a beber un buen trago, volví sobre mis pasos, hice lo mismo con el otro centinela, y seguí taloneando duro al petiso, que era muy lerdo, pues no llevaba látigo, ni espada, arma alguna (!).
En la guerra acaba uno por familiarizarse con todo, hasta con el peligro. Es un juego como cualquier otro. El valor mismo suele ser, más que real, teatral.
Cuando me hallaba a la mitad del intervalo entre un centinela y otro, de repente y simultáneamente, oí un tiro de fusil y un grito: ¡Los paraguayos!
La oscuridad era casi completa, se había levantado una niebla espesa.
Tiro acá, tiro allá ¡Los paraguayos! Nada más se oyó, y todo pasó como un relámpago.
Un momento después, un grupo de centinelas rodeaba mi petiso, y como todo había quedado en profundo silencio, no se me ocurría qué podía haber sido aquello.
Hablo con los centinelas, mientras me apresuraba a hacer con un haz de pasto seco, teniendo fósforos en el bolsillo, una antorcha para iluminar un poco el horizonte y, antes de que estuviera hecha, llega otro centinela que me saca de dudas.
Los paraguayos habían venido por el estero, con el agua hasta las narices, como anfibios, se habían quedado quietos aguaitando, frente a uno de mis hombres, y, saliendo de improviso, un instante después de haber pasado yo de regreso, por delante de él, de haberle hablado y dado de beber, se lo habían materialmente robado, huyendo a la otra banda del estero, donde, sin más que pasar, estaban salvos.
Era un soldado catamarqueño, llamado Ahumada.
Volví al campamento, en el que se había producido una pequeña alarma, pero, un momento después, habiendo relevado a los centinelas, sin más novedad, todo el mundo roncaba.
¿O se imaginan ustedes que en los ejércitos, frente al enemigo, porque se está cerca de él, se acuesta uno con el Jesús en la boca, y no es posible pegar los ojos?
No, se duerme perfectamente, mejor que en blanda cama. Los lechos duros tienen esa virtud. Por otra parte, el soldado duerme a caballo, y hasta

caminando, llueva o no. El sueño es, sin duda, despótico, pero es más eficaz que gritarle a un soldado que duerme después de sus fatigas: ¡Eh, levántese pronto que ahí está el enemigo! Decirle: ¡Eh, levántese pronto, amigo, que lo llama el mayor!

El temor de la muerte puede menos que la disciplina. Así, los ejércitos disciplinados se baten siempre bien. Por eso, ya lo he dicho en otra parte: el valor colectivo es la disciplina.

Al día siguiente, en los fogones, no se hablaba sino del pobre catamarqueño, robado por los paraguayos y de mi escapada, y los soldados que decían haber visto algunas veces, sin ser creídos, cabezas humanas flotando en el estero, murmuraban: "Y mientras tanto se reían de nosotros. No eran malas almas las que por ahí andaban. ¡Pobre! Ño fulano. Mirá, che, si se lo llevan al comandante ¡Qué barullo!"

Racedo era mi mayor, y yo tenía plena confianza en él. Ya revelaba entonces las dos cualidades de hombre de guerra que lo distinguen: una intrepidez serena y un ojo seguro sobre el terreno, es decir, una especie de doble vista para calcular, en presencia de lo que está pasando, lo que debe suceder.

A más de la confianza que me inspiraban esas dos cualidades, nuestras relaciones privadas eran cordiales: podía, pues, sin inconveniente alguno, manifestarle lo que me contrariaba la pérdida de aquel centinela, así arrebatado, y el deseo que tenía de que los paraguayos cayeran, a su vez, en una trampa mía.

Hablé con él, y concertamos la revancha.

¿Quién lo había observado? No lo sabré decir ahora. Hay en toda asociación humana, en un cuerpo militar sobre todo, un ojo anónimo a cuya perspicacia nada escapa. Pero el hecho es que un día se dijo: los paraguayos vienen a pilchar siempre que la luna nueva los favorece. Así era en efecto. Racedo lo sabía.

Le ordené que pasara a la otra banda del estero y que inspeccionara bien el terreno.

Así lo hizo.

Eligió un descampado circular, en cuyo centro había un árbol corpulento, de copa muy esparcida. De aquel anfiteatro, flanqueada de arbustos de todo género, partía una senda, que se ensanchaba a medida que iba al enemigo, formando la figura de un ángulo agudo o de triángulo, cuya base estuviera en las fortificaciones paraguayas.

Al pie de ese árbol resolví que se colocara una mina.

Racedo la colocó ingeniosamente, yendo con él Mauricio Mayer.

Un hilo la ponía en comunicación con un cuarto de carne, que pendía al parecer de una rama. En la noche, la ilusión tenía que ser completa. El cuarto de carne parecería enganchado en una horqueta. El menor tirón para descolgarlo, era la muerte de los paraguayos que se agruparan alrededor del árbol.

La tropa, mandada por Racedo, a quien como mayor no debía privarle de los

honores de la empresa, pasaba en silencio a cierta hora de la noche, sin hacer más ruido que el inevitable para vadear el estero.
Iban sólo con capote, cada vez una compañía, y no llevaban cartuchos.
¡A la bayoneta! Debía ser el golpe, una vez que estallara la mina.
Ningún paraguayo podía escapar, si entraba en el círculo fatal.
Mis soldados, no, nuestros soldados, estaban apostados en cuclillas entre las malezas, empuñando sus fusiles. Racedo y los oficiales, sus espadas. No se oía más que el canto de las aves agoreras, el susurro de la brisa y el zumbido de los insectos rastreros y voladores.
Los emboscados, silenciosos, alzaban la vista al cielo, como interrogando sus misterios, las bayonetas y las espadas brillaban tanto como las estrellas. Cada cual apretaba nerviosamente sus armas, y se decía en su interior, conteniendo la respiración al más leve ruido: ¡Ya vienen!
¡Qué momentos aquéllos!

La mina

Al señor coronel don José Ignacio Garmendia

Un popolo sorge a nazione, ordina lo stato e, come parte di questo integrante, instituice l'esercito.
Rien n'est aussi trompeur que la mine.
Ustedes, caballeros, los que no conocen a los militares sino de vista o de lejos, en una palabra, los que no los conocen (¿O conocer de vista o de lejos es conocer?), ignoran que un soldado es un homo duplex, que bajo esta máscara, que imprime arrugas prematuras y estos galones, esta casaca, que obliga a caminar de un modo, al parecer altanero, modo que llega a ser como una segunda naturaleza, se oculta tanta sensibilidad, tanta ternura, tanta bonhomía y tanto sentimiento estético, que hay como para dar y prestar a esa falange presuntuosa, que todo lo juzga por las exterioridades
¡Que en su vida, sabrá lo que es una idealidad!
Yo he visto en los campamentos, en las marchas, en las batallas, escenas de amor, rasgos de ternura, actos generosos, como no los he visto en los salones, en el hogar, en la sociedad.
La vida pública, la vida doméstica, la vida íntima, de la gran familia militar, cuando se vive en ella honradamente, aspirando, realiza en la práctica la poesía del deber.
Los ejércitos reflejan, así, toda la civilización y toda la cultura del pueblo que los organiza. Tienen su fisonomía y su alma. Son más o menos disciplinados, más o menos instruidos o técnicos, más o menos morales.
Pero siempre son una escuela en la que el hombre aprende a respetar las virtudes fuertes, la integridad y el desinterés, la hidalguía y el valor, la abnegación.

Más aun, los ejércitos son una especie de asociación de socorro mutuo, en la que "lo tuyo y lo mío" se confunden, en la que el altruismo es la regla, el egoísmo la excepción.
Porque, para decirlo todo de una vez, la milicia no es más que una religión de hombres armados. Y, ¡Oh poder de la disciplina!, dentro de esa religión, el hombre es alternativamente hermano, hijo y padre, según los progresos de la carrera, y la aspiración de ascender no despierta en el alma del soldado sino nobles estímulos, siendo excepcionales las envidias ruines.
Ved cuánta belleza moral hay en esto. La orden del día os declara, después de la batalla "héroe", y os asciende, y el que ayer os mandaba tiene que obedeceros y os obedece y os respeta, nada se altera. Naturalmente, como en todo lo que es humano, hay en la familia militar pequeñeces y miserias, desalientos y tristezas, y la injusticia suele conmoverla hasta la indignación. El eslabón parece expuesto a romperse. Pero ¡Qué! El deber, ese vínculo misterioso, cuya liga es la disciplina, lo mantendrá intacto. "Marchad" os dirá el que no ha reconocido vuestros méritos, "obedeced" y marcharéis y obedeceréis, y marchando y obedeciendo, buscando la muerte, hallaréis la inmortalidad en la memoria de vuestros conciudadanos.
En la gran epopeya de la humanidad, los primeros han sido siempre soldados. ¡Cómo no amar y admirar entonces al ejército! ¡Cómo no interesarse en su suerte! ¡Cómo no anhelar que su condición mejore cada día, y que si el país camina, él progrese también!
¿No es él, el que permanentemente tiene empuñada la bandera de la patria?
¡Qué feliz es uno, cuando se encuentra bajo las banderas! Los mejores días de mi vida los he pasado en el campamento. Soy un pecador empedernido. Allí vivía como un santo. Allí comprendí al pueblo rey, esa gloria que tanto amaban los romanos, esa causa de su grandeza temporal, ese vicio que, como dice San Agustín, domina vicios mayores.
En la época a que me refiero, Racedo era mi subalterno, y esto, si lo queréis entender bien, será preciso que os toméis la molestia de echar una mirada retrospectiva hacia la última Causerie que os dirigí, denominándola La emboscada.
Racedo dormía, yo velaba. Era necesario que él descansara, porque a cierta hora, yo vendría del cuartel general, donde pasaba largas horas hablando... de todo, y dirigiéndome a su hamaca, le diría en voz baja, moviéndolo cariñosamente, para que no se despertara sobresaltado: ¡Racedo, ya es hora! Racedo tenía entonces el sueño liviano, como que no era ministro, aunque lo hubiera soñado. Pero era un sonámbulo inconsciente, porque aunque estuviera de pie, no estaba despierto del todo. Yo lo sabía, así es que lo manipulaba bien, antes de decirle lo que había que hacer.
Aquí me acuerdo de algo muy cómico que pasó un domingo, no estando el oficial de servicio familiarizado con los fenómenos del sueño del Mayor.
Era la diana. Le piden órdenes. Hacía un frío del diablo. Las da. Un momento después, dando diente con diente, va a presidir la lista, y viendo blanquear la

tropa, entre las sombras del crepúsculo pregunta: ¿Qué es eso medio blanco que se ve?
Son las compañías.
¡Cómo las compañías!
Sí, señor.
Pero y ¡Qué! ¿Están con uniforme de verano?
Sí, señor.
Pero, ¿Quién ha ordenado eso? Repone con fastidio.
Usted, señor.
¡Yo!
Sí, señor.
Pero ¿Cuándo?
Hace un momento, cuando le pedí a usted órdenes, señor.
Racedo comprendió, y repuso:
Bueno, señor oficial, otra vez, cuando usted me pida órdenes, me las pedirá tres veces, y no cumplirá sino la última.
La mina estaba preparada, como ya lo expliqué. Pero los paraguayos no venían. ¿Vendrían? ¡Cómo saberlo! El que espera, desespera, y desesperábamos, pero era necesario pasar todas las noches de aquel lado del estero, y Racedo pasaba con el agua a la cintura.
Antes tenía que llegar yo, y llegaba.
¡Racedo!
¡Eh!
¡Ya!
¡Eh, eh!
Ya es hora, son las doce. Y lo movía y lo removía.
Y él ya estaba de pie y me miraba.
¿Está despierto?
¡Eh!
¿Si está despierto, le pregunto?
¿Fruncía el ceño, como cuando se expresa que se ha entendido? No lo sé todavía, porque no lo veía bien en la oscuridad. Pero tenía mi indicante, y era que se ciñera la espada y que dejara de dar vueltas maquinalmente.
Entonces le repetía:
Le pregunto si está despierto.
¿Cómo no? ¡Sí, ahora sí!
Bueno, como siempre ¿No? Son las 12.
El iba a las cuadras y daba sus órdenes, turnándose las compañías.
Reinaba un profundo silencio. No se oían, de intervalo en intervalo, más que las palmaditas de los centinelas, y uno que otro rumor lejano. No se veía más que tal cual fogón, medio tapado, de los cuerpos de guardia avanzados, tanto en nuestro campo como en el del enemigo. Todo el mundo dormía. Aquellos bultos grises desfilaron.

¡Que les vaya bien! Mucho silencio, les dije, y me quedé en expectativa lleno de emoción.
Pasaron sigilosamente.
Estaban del otro lado. Sentía que apartaban las malezas, y con el pensamiento los vi llegar a instalarse alrededor de la mina.
Imaginaos un círculo y un punto en el centro. El círculo es la tropa, el punto es la mina.
Todavía tenéis que imaginaros algo más: dos radios que se abren a medida que se prolongan, en dirección al enemigo. Es el camino, y no otro, por donde han de venir los paraguayos.
Nadie habla. Todos sienten. Todos se dicen: "ahí vienen". La sangre redobla su circulación, el corazón late con más fuerza.
La luna comienza a dejar ver su disco de plata, y un fulgor tenue ilumina el cuadro.
Los paraguayos vienen en efecto. Es un pelotón. Conforme avanzan, entrando en la senda, para merodear, el pelotón se organiza y afecta por grados la forma de un triángulo, de un embudo, de una cuna, como queráis, cuyo vértice es la mina, o sea el centro del círculo.
Un perro los acompaña, haciendo con el olfato la descubierta, de cuando en cuando se detiene, y los paraguayos también. Husmea, poniendo el rabo derecho. Sigue. Los paraguayos siguen. Llega y se detiene una vez más, sorprendido. Un soldado nuestro está ahí, a la entrada del círculo.
¡Pichicho, pichicho! Le dice.
El perro mueve el rabo, y se lanza a todo correr sobre el cuarto de carne, que pende del hilo que debe hacer reventar la mina.
Momento solemne.
El fusil estalla.
La mina, humedecida por los días que hacía que estaba cargada, se chinga.
Un tiro.
Una de tiros del demonio, que se cruzan, saliendo de todos los puntos del círculo. Racedo se salva milagrosamente. Los paraguayos no entran en el círculo, huyen. No hay más que un muerto y una lección.
El muerto es el perro.
La lección: que en la guerra, las órdenes deben repetirse siempre, y asegurarse de que no fallarán por esas desinteligencias, que suelen ser efecto del convencimiento que se tiene de que se ha hecho lo prevenido.
Lo prevenido era, en este caso, que no se pasaría el estero con municiones, que todo había de ser al arma blanca. Pero la tropa, aunque no llevaba municiones, tenía los fusiles cargados, y cuando se oyó el estallido del fusil de la mina, sin que nadie mandara "fuego", todo el mundo hizo fuego, y todo el mundo corrió el mismo peligro, por la formación en que se encontraban, y todos salieron, por fortuna, ilesos, pero con este convencimiento: que una emboscada y una mina no se deben eternizar. Acaban por ser una corvea.[5]
Las emboscadas y las minas no son buenas, sino cuando no se repiten.

Porque, como dice Cervantes. "Nunca segundas partes fueron buenas."
A lo que hay que agregar que, si bien es cierto lo que dice el proverbio que "lo que no sucede en un año sucede en una hora", no lo es menos que no se puede estar emboscado un año entero, esperando que reviente una mina.
El enemigo no es un amante imprudente que llega en la hora y en el momento preciso coûte qui coûte, haya o no moros en la costa, un perro que dé la alarma.
Llega cuando no se le espera, y cuando se le espera no llega, de modo que en la psicología de la guerra y de los combates, hay lo que yo llamo la intuición del momento. Es un don cerebral. No se adquiere. Se nace con él. La experiencia lo desarrolla. Y el que lo posee es, desde temprano, columbrado por la doble vista de la multitud armada, señalado por ella, y llega a ser Marcelo, aunque como éste, después de haber vencido a Aníbal, caiga y muera en una emboscada.

¡Esa cabeza toba!

Al señor don Francisco de Paula Moreno

His spirits were agitated into a state of fermentation that produced a species of resolution akin to that which is inspired by brandy or other strong liquor.

Un mal lápiz, unas cuantas hojas sucias de arrugado papel, pobre y endeble techo, escasa y opaca luz, he ahí mi ajuar hoy día 24 de noviembre de 1878, a la hora de ponerse el sol, al pie del cerro de Maracayú. Llueve a cántaros.
Recién me apeo del caballo. Estoy embarrado hasta los ojos, mojado hasta los huesos, picado por toda clase de bichos, chorreo sangre y sudor, tengo la fiebre del trabajo: es una intoxicación como la del coñac, que hace fermentar el espíritu, centuplicando la fuerza humana, como si se le inyectara vapor, por medio de un aparato a lo Ericson.
Acabo de atravesar el bosque oscuro ya, siendo aún de día, y van cincuenta y cinco veces que hago la misma, mismísima jornada. Jornada estéril hasta ahora. Pero, no importa ¡Adelante! ¡Adelante! CHI DURA VINCE!
Dos horas he puesto en redactar y corregir mentalmente lo que se va leyendo. Tengo, como Juan Jacobo Rousseau, esta facultad: una memoria singular que retiene por su orden, casi palabra por palabra, mis meditaciones. Escritas éstas, llévaselas el viento del olvido, a tal extremo que suelo no reconocerme, cuando me encuentro conmigo mismo por ahí, sin el sello de mi nombre y apellido.
No hay, pues, no puede haber, mucha diferencia entre la letra del pensamiento fugaz, fantástico, embrollado, si se quiere, y la letra de la escritura.
Pensamiento fugaz, fantástico, embrollado, he dicho. Sí, pero pensamiento lógico, encadenado. Al menos, los signos representativos de las frases murmuradas, resonando a veces en la espesura, como ecos prístinos de la

creación, se agrupan en este instante sin la menor dificultad, formando conceptos inteligibles, siquiera parezcan incongruentes, extravagantes o dislocados. Suponiendo por lo demás que el desorden no sea aparente sino real, importa poco. Converso, no pretendo enseñar. No diserto, hago confidencias en alta voz, sin cortapisas, ni reticencias mentales, teniendo por interlocutor a todo el que me quiera leer, y estoy persuadido de que los que sean ingenuos, repetirán conmigo, conviniendo en ello, estas palabras de Chateaubriand: "Es muy justo que el mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos a él, nos indemnice de los disgustos del mundo real."

¡Qué instantaneidad la del cerebro! ¡Cómo transmite sus vibraciones a la mano! ¡Cómo se mueven los dedos! ¡Y cómo, sin deliberación, ni pausa, se suceden millares de combinaciones elocuentes, sin más auxilio que unos cuantos signos mudos, enfilados como ejércitos de patas de moscas, formados en columnas cerradas! ¡Qué admirables mecanismos los que así dan forma gráfica, expresión y color al pensamiento humano! ¡Todos los fluidos imponderables, el galvanismo, la electricidad, el magnetismo, no valen un nervio infantil operando sobre la blanca página, que recibe y transmite las primeras sensaciones del corazón en la hora inefable de las tiernas revelaciones!

¡Esa cabeza toba!

¿Por qué me subyuga con su ojo melancólico, semicerrado?

Nuestras impresiones son relativas al tiempo y al espacio, dependen de las disposiciones fisiológicas y psicológicas en que nos hallamos. Alma y cuerpo, todo se resiente del medio en que se está. Las ideas son generatrices. Persistiendo fuertemente un pensamiento, pueden producirse hechos adventicios. Lo preternatural puede ser una evocación. La intuición y el milagro, quién sabe ¡Cómo sondar esos abismos!

Yo he visto un fantasma blanco, alto, colosal, informe, quería y no podía ahuyentar la pesadilla, y un instante después, saliendo de la selva al llano, lo he medido con los ojos, lo he tocado con las manos, hollando el casco de mi caballo su ancho asiento de pedernal. Era el mojón de límites de cal y canto, en forma de obelisco cuadrangular, plantado sobre la desierta meseta de Maracayú, con estas inscripciones, que miran a los cuatro rumbos cardinales: Imperio do Brazil, República del Paraguay. ¡Esa cabeza toba!

Lo repito: ¿Por qué la veo ahora, si no está aquí? Ya estoy, por asociación de ideas.

En efecto, acabo de contemplar la choza miserable de un tembecuá (Labio agujereado), y pensando en estos indios pusilánimes y degenerados, he recordado una frase de Luis Jorge Fontana, el joven naturalista argentino.

¿Una frase? No. Una carta he debido decir. La tengo en copia aquí, escribo sobre ella cruzando sus renglones.

Es inevitable que haya confusión en todo esto, algo como saltos gimnásticos del pensamiento. Si así no fuera, no estaría redactando sobre la mesa de mis piernas cruzadas, acosado por los insectos que zumban y pululan, lo que hace pocos momentos acabo de escribir en las tabletas de la imaginación. Pondré,

pues, aquí la carta, suprimiendo ciertas referencias y elogios a mi persona, dictados por la amistad:

"Villa Occidental, Setiembre 30 de 1878.

Distinguido Coronel y amigo: ayer supe que usted se encuentra en esa ciudad del Paraguay y por esto quiero premiarlo a mi modo, enviándole un pequeño trabajo que una vez más le signifique mi aprecio y admiración.
El dibujo adjunto representa la cabeza muerta de un guerrero de la Nación Toba, copiada del natural, momentos antes de ser ella separada del tronco que la sustentara, cuando aún palpitaba la carne y resonaba en mi oído la voz valiente y sonora que, dominando entre el estruendo de las armas y el ardor de la pelea, retemplaba el espíritu de los indios. Olvidaba decirle que el cráneo desecado por mí, de la cabeza a que me refiero, figuró en la última Exposición de la Sociedad Científica, y que hoy se encuentra en el Museo Antropológico de mi amigo Francisco de Paula Moreno."
¡Esa cabeza toba!
Me hace el efecto del filo de un cuchillo mirado fijamente en la oscuridad, me hipnotiza .
Pero no la veo muerta. Luis Jorge Fontana debió bosquejarla cuando los espíritus vitales palpitaban aún en sus mejillas cobrizas, y en ese instante, a no dudarlo, estaba inspirado. Hay en ella una expresión varonil y salvaje, que no es la del vivo, que no es la del muerto tampoco, algo vaporoso, aéreo, sutil, como el primer aliento del ser o el último imperceptible espasmo de la agonía: algo como esa atmósfera invisible que circunda el rostro, animando el mármol de la estatua del Gladiador muriendo. Parece que se defiende todavía, arañando, mordiendo, hasta escupiendo, y que no acabará de exhalar el postrer suspiro sino después de haber herido mortalmente, una vez más, a su victorioso contendor.
A mí se me figura verla alzando el macizo y pesado pom (Clava), después de haber lanzado la última de sus flechas agudas [6] y roto el arco de duro guayacán, esgrimiéndolo, según su costumbre, a guisa de lanza corta, y agitarse como un azogado, para escapar a las balas, lanzando con estentórea voz el formidable grito de guerra ¡Hajaaá! ¡Hajaaá! Que hace retemblar la tierra hasta estremecer el tronco añoso de los más soberbios pobladores de la selva secular, como no de otro modo se estremecían las cavernas del Morven, retumbando en sus anfractuosidades oscuras el eco potente de Osián, hijo de Fingal.
¡Esa cabeza toba!
Cuán diferente es de la cabeza de un tembecuá, y cómo se comprende mirándola, estudiándola, y comparándola, que los valientes conquistadores no pudieran jamás sojuzgar nación tan aguerrida. ¡Esa cabeza toba!
Hoy día el dibujo existe en poder del Presidente Avellaneda, regalado por mí. Pronto podréis verla en la portada del libro de Luis Jorge Fontana, sobre la

botánica, la zoología, la etnología y la geografía del Gran Chaco, que va a publicarse, lo espero, bajo el patrocinio del Estado, pagando así el Gobierno justo tributo a la modestia y al mérito, estimulando (¡Ya era tiempo!) a los Zeballos, a los Lista, y a tantos otros espíritus privilegiados, tan precoces como constantes y observadores. [7] ¡Esa cabeza toba!

Debéis verla. Si es la cabeza de un muerto, digo que hay en la muerte, como en la vida, algo que relampaguea.

Francisco de Paula Moreno, el intrépido explorador de las ignotas tierras australes, conserva el cráneo, ya lo sabéis. Hay en él quizá una revelación antropológica que descubrir. Algo que haga dar un paso osado más a una ciencia en pañales, destinada a cambiar en días no lejanos los destinos de la humanidad: LA FRENOLOGÍA.

Esta ciencia se enseña ya en Estados Unidos hasta en las escuelas primarias. Aquel pueblo iniciador, en esto también pretende adelantarse a las soluciones.

¿Os reís?

Pues yo os digo, en verdad, que la frenología puede enseñaros y serviros más que un curso completo de filosofía.

Lector amigo:

Ya conocéis mi manía, y mi defecto. Lo confieso. No soy impersonal cuando escribo. No he aprendido mi ciencia en los libros. He leído en el mundo, meditando sobre las páginas instructivas de una vida borrascosa, llena de vicisitudes, bebiendo a veces consuelo en las tristezas del alma y en las amarguras del pensamiento.

Contaré, pues, una anécdota para concluir.

Erase un joven de diecinueve años.

Había entonces en Londres un frenólogo célebre, llamado Donovan.

El niño puso su cráneo bajo la inspección de los dedos del sabio, y éste habló así [8]: "No puede llamarse seguro (Safe) el tipo de esta cabeza, por faltarle secretividad y cautela, esto es, discreción y circunspección, al paso que están en condiciones muy activas las facultades productivas de la afición a las mujeres y a la buena mesa.

"Es malo ser tan abierto, franco y cándido como esta cabeza, pues para hacer con seguridad el viaje de la vida se necesita alguna astucia, reserva, rebozo. El que abra a todo el mundo el depósito de su corazón, se verá pronto despojado de su contenido, con grave daño de sí mismo.

"Es natural, franco, ingenuo, inartificioso, valiente. Aficionado a los placeres, amistoso, generoso, confiado e inclinadísimo a obrar según los demás: comerá con los gastrónomos, beberá con los bebedores, fumará con los fumadores, besará con los besucadores y así (And so on).

"Si bien valeroso y confiado, es, no obstante, poco dado a la esperanza, [9] y abandonará por imposible lo que vea que no puede ejecutar en el acto."

Y seguía con las cualidades intelectuales, que clasificaba de claras, rápidas y prácticas, agregando que carecían de profundidad y solidez , dando consejos

útiles para producir con ayuda del tiempo y de la voluntad las modificaciones necesarias para hacer el viaje de la vida menos penoso.
Desde aquel entonces, han pasado veintisiete años, el joven ese ha tenido muchas ocasiones de volver sobre sus pasos, recordando en el momento oportuno el análisis craneoscópico de Donovan.
Inclinado a la confidencia, cien veces ha retrocedido, diciendo en su interior: "Es malo ser tan abierto, franco y cándido como esta cabeza."
Desalentado ante los reveses, ha perseverado en sus empresas, murmurando: "Si bien valeroso y confiado, es, no obstante, poco dado a la esperanza y abandonará por imposible lo que vea que no puede ejecutar en el acto."
Lo que ha sucedido con el sujeto intelectual no me cumple decíroslo aquí. Lo dirá la posteridad algún día, y si calla, lo que es más que probable, será cuando ya habréis aprendido, en cabeza propia, que es lo mejor, y poco se habrá perdido.
Tengo íntima amistad con el joven (Pretérito perfecto) de quien os he hablado. Algo más, me precio de ejercer, en sus buenos momentos, una gran influencia sobre él, y he de conseguir que, después de muerto, me preste su cráneo, para que figure al lado del de esa cabeza toba, sirviendo así algún día de algo. Querido Moreno: usted nos dirá entonces si valió la pena el gasto de la libra esterlina que se hizo pagar Donovan.
Aquí llegaba de mi redacción mental, al apearme del caballo, y aquí concluyo. Sería en vano que pretendiera continuar, ni más redacté, ni más se me ocurre.
¡Una idea!
¡Esa cabeza toba!
Estoy seguro de que tiene pronunciados, en proporciones disformes, el valor y la combatividad.
La veremos, la interrogaremos, y no nos engañará.
Yo vi en el Museo Británico, un día, un busto cuyas facciones me helaron. Miro el número en mi catálogo, ¿Quién pensáis que era?
¡CARACALLA!
Otra vez, estando con Adolfo Alsina parados en la puerta de la Legislatura de Buenos Aires, pasó un hombre por la opuesta acera, que le saludó.
¿Tú tienes amistad con ese hombre? Le dije.
No, me contestó, le conozco de vista.
Pues procura no pasar más allá.
¿Por qué?
Porque es el prototipo del hipócrita, descrito y pintado por Lavater.
Eres un raro, Victorio (Así me llamaba él).
Será.
Algún tiempo después, recordando este incidente, me dijo: Victorio: ¿Sabes que el individuo aquél era un famoso bribón? [10]
¡Despreciad, pues, a los hombres observadores, que leen en los huesos y en la semejanza que tenemos con los animales!
¡Esa cabeza toba!

Lo repito: en ella deben estar bien acentuados los caracteres típicos del hombre americano prehistórico.
¡Qué bello modelo para un estudio!

La lanza de Juan Pablo López

Al señor general don Benjamín Victorica

Difficile est propia communia dire
Horat.

Es difícil expresar en términos escogidos las cosas comunes.
Este don Juan Pablo López era, como ustedes saben, hermano de don Estanislao López, el caudillo patriarcal de Santa Fe, y lo más parecido a él que tenía era el apellido.
Rozas, que poseía un talento gauchesco para poner sobrenombres, le puso el pelafustán, y los unitarios le llamaban mascarilla, por ser picado de viruelas.
El primero no lo quería, porque era su enemigo, razón de antipatía que me parece óptima.
Entre los segundos, no tenía crédito, porque, con todas su camándulas de caudillo, se dejó derrotar lastimosamente en Malabrigo.
De ahí la severidad con que el General Paz lo trata en sus Memorias. Verdad que son pocos los que se le han escapado al adusto vencedor de Quiroga.
Pero aquí no vamos a hacer historia, ni cosa que se le parezca, sino a contar un cuento al caso, aunque un cuento, siendo verdad, puede contener más enseñanza que todo un volumen repleto de consideraciones trascendentales sobre el pasado.
Por lo demás, no pretendo sustraerme a la regla general de La Bruyère, el cual afirma que contar siempre es una de las señales de la mediocridad de espíritu.
Don Juan Pablo López, entre sus muchos defectos, tenía una virtud: el valor.
Físicamente, era un hombre enjuto, acartonado, movedizo, ágil, jinete como hay muchos en nuestro país. No está demás, sin embargo, agregar, que su talla era la mediana, que tenía la frente lisa, chata la mollera, deprimidas las sienes, lacio el cabello, y poco abundante, como la barba, que, por otra parte, no usaba. Sus ojos eran grandes y negros, como los del pato silvestre, su tez trigueña, su nariz regular, un tantico respingada, sus labios sensuales y, en efecto, el hombre era aficionado a bailar y bailarín.
Hablaba por los codos, y en lo que más creía era en su lanza.
Era tan hablador, que un día se me quejaba de su ministro general, doctor don Juan Francisco Seguí, hablador sempiterno también, pero de otro coturno intelectual, y me decía, quebrándose como un compadre : "Amigo ¿Y cómo

quiere que se gobierne, si el ministro se lo habla todo y no me deja hacer baza a mí?"
Matemático: dos cuerpos electrizados en el mismo sentido se repelen. Tenía, pues, que haber una emulación profunda, entre el Gobernador y el Ministro, y la había.
Y ¿Por qué no lo cambiaba? Dirán ustedes.
¡Ah!, ésa es harina de otro costal, tendríamos que entrar a espulgar misterios domésticos constitucionales de la época a que me refiero.
Don Juan Pablo no solamente era muy conversador, sino que tenía su fraseología y terminología peculiares, características.
Una vez, por ejemplo, refiriéndose al General Urquiza, y queriendo significarme que él no era menos que otro, me decía esto: "Porque amigo, ni naides es menos nadas, ni nadas es menos naides."
Don Juan Pablo gobernaba constitucionalmente, hasta donde era posible, con un ministro que no lo dejaba hablar, su provincia natal.
Sus intenciones eran buenas. Pero como de buenas intenciones está empedrado el infierno, el resultado es que su gobierno era infernal, no porque se persiguiera y se matara, no porque se despilfarrara (Santa Fe era muy pobre entonces), sino porque no se hacía nada.
Y ¿Cómo se había de hacer, si el ministro se lo hablaba todo?
Don Juan Pablo dormía, pues, la histórica siesta santafecina, se bañaba por la tarde, en el Riacho, o se hacía sacar la caspa brava, con una china, en el patio del cuartel, sentado en una silla, sin ofender la moral, con un traje parecido a aquel con que: Andaba allá por los oteros floridos del Edén o por los llanos, sin arcabuz ni paje el padre universal de los humanos.
Yo era periodista entonces. Apurado por el hambre, me había refugiado en ese oficio, que es un medio de vivir, que no siempre da de vivir. Pero el público es tan indulgente y tan generoso, que me leía lo bastante para costear el pan de cada día.
Su gusto no estaba formado aún, y la cosa se comprende así, por aquello de que "a falta de pan, buenas son tortas".
Naturalmente, siendo yo periodista, debía tener mis tocamientos con el Gobierno, o con la oposición. ¿Oposición?
Este engranaje, suplementario, en el juego de las instituciones libres, no se conocía aún por allá, por la sencillísima razón, aparte de otras, de que no había más aspirantes al Gobierno que los que lo tenían.
¿O son ustedes tan cándidos que se imaginan que la oposición, sepa o no a derechas lo que es un gobierno, estriba en otra cosa, en los pueblos libres, más o menos bien gobernados?
Porque, al fin y al cabo, ¿Qué oposición ha de haber donde nadie puede ni hablar, sin exponerse a que le den una paliza?
Echense ustedes a nadar, y pregunten qué oposición había en el Paraguay, en tiempo de Francia o de López, o si quieren ustedes una cosa más casera, en tiempo de "mi tío" don Juan Manuel.

La opinión había puesto los pies en polvorosa, y estaba en Montevideo o en Chile, y era altro que oposición.
Y, sin embargo, vean ustedes: mi situación personal, no habiendo oposición, era sumamente difícil. Primero, porque no tenía a quién contestarle, segundo, porque a fuerza de ponderar lo que no se hacía, mi fósforo cerebral se agotaba, y tercero, porque el único conflicto de opiniones que existía, era entre el ministro y el gobernador, y mi malhadada suerte me había colocado entre ambos portentos rivales de locuacidad.
Señores, ustedes no tienen idea de la gimnasia que yo me veía obligado a hacer. ¡Daba lástima!
Si elogiaba al gobernador, el ministro no firmaba las planillas de la imprenta oficial. Y, como ustedes saben, "por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan", y yo tenía mucha hambre a la sazón.
Y, si elogiaba al ministro, el gobernador se me retobaba, y presentarle las planillas con la firma del ministro era como que le dijeran, en sus barbas, que don Justo valía más que él.
Don Justo era Urquiza, al que le tenía una envidia bárbara.
Mi desarrollo intelectual ha sido más precoz que mi desarrollo moral, de modo que he escrito muchas cosas sin saber nada.
Probablemente, como ustedes.
¡Ah! Pero un hombre que no ha comido es capaz de resolver el problema de la cuadratura del círculo, y yo había resuelto el mío, escribiendo unos artículos pirotécnicos, bilaterales, en los que lo ponía a don Juan Pablo, como hombre de acción, por los cielos de la gloria, y al ministro, por ahí, como hombre de pensamiento: (Hay que decir que era una gran ilustración sin equilibrio).
"Con el heroico, rezaban las coplas, Brigadier General don Juan Pablo López, vencedor en cien batallas (Menos Malabrigo) y el ilustrado Ministro General, los destinos de Santa Fe están asegurados", etcétera.
Me adoraban, y aunque yo comprendía que cada uno tiraba para su lado, y que ese columpio podía fallarme, no había remedio, tenía que seguir haciendo mis piruetas en él.
¡Ah, señores periodistas, si pudierais no escribir de hambre, si pudierais hacer el arte por el arte, qué buenos diarios no tendríamos, y qué baratos!
Ya he dicho que Santa Fe dormía.
Una mañana se despertó con esta noticia: "El congreso del Paraná había votado una ley de indemnidad en favor del Libertador de Caseros."
Don Juan Pablo, que tenía a su vez cuentas que arreglar con su provincia, se dijo: "Yo también quiero una ley como esa: ni naides es menos nadas, ni nadas es menos naides."
Se puso en campaña.
Nos puso a todos en movimiento.
En el salón de la casa de gobierno, en un rincón, había un emblema de los tiempos: su lanza descomunal de palo del Chaco, con reluciente moharra musulmana.

Fue, la tomó, la blandió, y pensó que bien valía su lanza la lanza del general Urquiza. Un mundo de cosas. "Esta vez me dejará hablar el ministro."
Se insinuó.
El ministro comprendió que la situación era grave, y lo dejó hablar al gobernador.
Más vale maña que fuerza.
El ministro quería ser gobernador, don Juan Pablo tenía otro candidato. Resolvió, pues, explotar la situación. Accedió y redactó el mensaje, acompañando el proyecto de ley.
Don Juan Pablo se enterneció, y por primera vez encontró que la palabra de su ministro no era molesta.
Yo eché mi párrafo en un articulazo que por poco no me besa don Juan Pablo.
Santa Fe estaba agitado.
¿De qué otra cosa se había de hablar, desde que se trataba de una ley, declarándolo impecable al señor gobernador?
Los chasques iban y venían, con oficios dirigidos a los comendantes militares de los departamentos.
La partida de plaza sobaba caballos, como si hubiera una invasión de indios.
¡Estaban tan cerca las fronteras también!
Ahora, todo eso, desierto entonces, se llama el País del trigo . Tendremos que esperar algunos siglos para ver las ruinas de la civilización actual, y bárbaros de otra catadura, venidos quién sabe de dónde, habitando aquellas ricas comarcas devastadas de nuevo.
Santa Fe era de don Juan Pablo, y don Juan Pablo tenía que ser de Santa Fe, tanto más, cuanto que su apellido era una tradición.
Usanzas viejas. Luis XIV decía: "el Estado soy yo". Y la Francia mi rey (Mon roi), como implicando con el posesivo que todo quedaba en casa.
¿Cómo permanecer indiferentes?
Yo mismo, a fuerza de zurcir mis artículos, me había electrizado, y despedía unas chispas de entusiasmo, que ni Camilo Desmoulins escribiendo en plena Revolución.
¡Pobre Camilo! Como dice Sainte-Beuve, él decía: "Tengo una buena almohada, sobre la que puedo dormir tranquilo, en mis doce volúmenes sobre las revoluciones de Francia y de Brabante." Yo decía lo mismo, mis artículos me parecían impagables, un escudo. ¡Había en ellos tanta buena fe de circunstancia!
¡Qué buena fe tan común!
¡Oh, mundo de las quimeras!
¡Oh, terrible realidad!
A Camilo lo guillotinaron, y a mí me desterraron al poco tiempo, después de tanto dévouement por la pitanza, dirán ustedes.
Pas du tout!

Vean ustedes, me había remontado tanto, todo es cuestión de medio ambiente, que creo que habría pagado porque me dejaran escribir. Ya tenía ínfulas de escritor, y creía que con mi pluma podía conmover la República entera.
Pero tomemos el hilo interrumpido de lo que llamaremos la narración.
Los padres de la patria estaban reunidos en la Legislatura. Se esperaba un debate tremendo. Algo se debía esperar de una Legislatura. El gobernador y sus adeptos esperábamos en la casa de gobierno. Los emisarios iban, venían. "Todavía no hay número, decían. Ya hay número. (¿Por qué no había teléfono entonces?) Ya entran. Están leyendo el acta de la sesión del año pasado. (La Legislatura hacía unas huelgas.)
Ahora nomás habla el ministro.
Y don Juan Pablo se olvidaba de sus quejas y me decía: "¡Veremos cuando hable el ministro!"
Ahí está hablando el ministro, viene uno y me dice.
Don Juan Pablo aplaude, yo aplaudo, todo el mundo aplaude, y zapatea.
Llega un sargento de Policía, se tira del caballo, y arrastrando la charrasca, grita: "Dice el ministro que ya viene."
¿Nada más? Nos dijimos todos.
¿Habrán rechazado la ley?
Tiene tanta ingenuidad el elemento oficial, que, a veces, llega a dudar hasta de su propia fuerza, computando mal los votos.
El ministro llegó.
Se detuvo en la puerta, se encumbró, y era alto, miró en torno suyo, le clavó su mirada de fuego al gobernador, y tomando una apostura ciceroniana, exclamó con voz de trueno: ¡Victoria!
Nos quedamos aterrados. ¡Victoria! Repercutían las macizas bóvedas del tiempo colonial. Victoria. Victoria. toria... ia... aaa...
Don Juan Pablo se levantó, abandonando la silla de vaqueta de estructura conventual en que esperaba presa de indescriptible emoción, corrió como un galgo al rincón donde yacía su lanza, la empuñó, la hizo vibrar, giró en círculos concéntricos, vertiginosos, sobre las puntas de los pies, y quedándose en la actitud grotesca en que un artista manco habría modelado a un héroe legendario de comedia, exclamó tonante: ¡Ahora, veremos qué dice Urquiza!
¡Don Justo, hablaba tan mal del pobre!
Por fortuna mi noble amigo el gobernador Gálvez habla poco, y no tiene lanza en la casa de gobierno.
Tiene, en cambio, tintero y pluma, y una oposición excelente, cuyas tendencias no discuto, pero cuya existencia y realidad prueban, según mis teorías, que en la tierra de don Estanislao López se gobierna ahora un poco mejor que cuando yo no encontraba vocablos bastante expresivos o rimbombantes, en el diccionario, para ponderar las excelencias del esclarecido y archiconstitucional gobierno del Excelentísimo señor brigadier general don Juan Pablo López, que en paz descanse.
No tenía mal corazón.

Juan Peretti

Al Exmo. señor Barón de Alencar

No es de un pariente de Sixto V de quien se trata.
Pero, como el hombre de las muletas, el de ahora no parecía lo que era.
¿Será una propiedad de los Peretti parecer lo que no son?
Estábamos en Tuyucué, el cólera había pasado, nuestras filas habían quedado diezmadas, y no vivíamos sino pensando en "recibir altas."
Un día me destinaron un pelotón de enganchados. Venían del otro hemisferio. Componíase, en su mayor parte, de franceses e italianos.
Los hice formar en ala y empecé el interrogatorio consabido. ¿Cómo se llama usted? ¿Ha sido usted soldado? ¿Cuántos años tiene? ¿De dónde es? Y otra infinidad de preguntas. Tengo algo desarrollada la individualidad, y he sido siempre un poco prolijo, al hacer estas averiguaciones.
Los enganchados contestaban fácilmente, porque, siendo interrogados en su propia lengua, se encontraban, hasta cierto punto, a gusto con el que desde luego comprendían que iba a ser su jefe. Por mi parte, debo decir que estando todos ellos en no muy floreciente estado de salud, a causa del largo viaje y otras yerbas, me inspiraban algo más que simpatía, verdadera conmiseración. ¡Estaban tan flacos y tan demacrados casi todos! ¡Y tan sucios! Y la nostalgia misma se trasparentaba visiblemente en la languidez de la mirada, hasta de los que parecían algo robustos y varoniles.
Entre los más escuálidos y decaídos había uno que más que estructura de soldado la tenía de tísico, siendo visiblemente un candidato próximo para el otro mundo.
Era de baja estatura. En su tierra debía haberse librado del servicio militar, por ese semifavor de la Naturaleza.
Lo miré de arriba abajo, y con esa experiencia que da la práctica, lo medí, y vi que no solamente no tenía la talla de ordenanza en Europa, que la medida de la circunferencia del pecho no alcanzaba a la mitad de su altura, diciéndome interiormente: ¿Para qué sirve esto?
¿Juan Peretti, dice usted que se llama?
Sí, señor.
¿Y dice usted no ha sido soldado?
No, señor.
¡Hum! Una boca más, un enfermo más, un desertor más.
Bien, ordené, vean si este hombre sirve para algo, así que se cure. Porque el infeliz venía, por añadidura, con una disentería atroz.
Pocos días fueron necesarios para averiguar y saber que Juan Peretti no servía, y apenas, sino para barrer la cuadra de su compañía.

El estaba, sin embargo, contento de su suerte. Así parecía al menos, desde que todas las madrugadas, cuando el batallón se movía, para hacer su servicio de avanzada, se quedaba solo con los enfermos imposibilitados, y no se iba, no se desertaba.

Lo inexplicable no se explica y cuando se explica sólo se explica a medias, así es que no puedo explicarme por qué razón Juan Peretti era la primer cosa que yo veía, siempre, indefectiblemente, al volver de las avanzadas a mi campo.

¿Sería quizá porque él, viendo que el batallón regresaba, se apresuraba a fingir que barría, con una escoba de biznaga, la cuadra cuya limpieza le estaba encomendada? ¿O sería porque, por más jefes y oficiales que viera pasar, nada hacía que se molestara, saliendo de su andar taciturno y cabizbajo, lento como el de un condenado al patíbulo, que se siente helado hasta la médula de los huesos?

Lo repito, Juan Peretti llamaba mi atención, y yo no sabía el porqué.

El corso e ricorso de aquellas horas era inalterable: todos los días, tiros por la derecha, tiros por la izquierda, tiros por el frente, bombas de los paraguayos, a las que ya nadie les hacía caso y, de cuando en cuando, un estampido sordo y un estremecimiento ciclópeo de la tierra, un torpedo del enemigo, que había reventado en las aguas del río Paraguay, intentando hacer volar un encorazado brasilero.

Esa era nuestra existencia y, en medio de todo, era una existencia feliz, porque no teníamos más que una visión: la de la patria.

Pero, por lo mismo que a la patria servíamos, debíamos cuidarnos un poco, para servirla algo mejor, de modo que una vez de regreso de las avanzadas y así que se mandaba romper filas , todo el mundo se iba a sus algodones, aunque estos algodones no lo fueran sino en el nombre. Pero "a buena gana no hay pan duro", y aquellas camas rígidas nos parecían muelles, lo mismo que la galleta empedernida nos parecía pan de privilegio.

Una mañana yo estaba ya pensando en las delicias de la vida militar, pues acababa de acostarme para descansar, cuando sentí un tiro de fusil y acto continuo un murmullo de voces que no pude discernir.

Puse un momento el oído, esperé un instante impaciente de curiosidad, grité: ¡Oficial de guardia! ¡Oficial de guardia!

Este venía ya a darme cuenta de lo sucedido.

Señor, me dijo, Juan Peretti lo ha muerto al cabo Paredes.

¿Cómo? ¿Juan Peretti? ¡El tísico!

Sí, señor.

¡Oh! Salga usted de acá. Vaya y averigüe bien, señor oficial.

Mi comandante, le aseguro a usted que es exacto lo que digo.

Y ¿Por qué?

Eso, no se sabe todavía.

Bueno: que lo pongan incomunicado inmediatamente, que levanten una sumaria información, y vuelva usted, cuanto antes, a decirme qué es lo que ha habido.

Juan Peretti, pensaba quizá en la patria ausente, cuando el batallón volvía a sus reales: su cabo le increpó que no había barrido bien la cuadra, y tomando del suelo una varita de biznaga, con la que, dándole a un niño no se le habría hecho llorar, le aplicó un varillazo en la cabeza, diciéndole: ¡Eh!, ¡So perezoso! ¡Barra bien, limpie bien esa cuadra, puerco!

Juan Peretti obedeció, volvió a empuñar la escoba, y se puso a barrer con su calma imperturbable, habitual.

Un momento después, el cabo tomó su fusil, lo examinó, se aseguró de que estaba cargado, y en vez de ponerlo en la funda, lo colocó a la derecha de su cama, al mismo tiempo que se agazapaba para entrar en la carpa.

Juan Peretti, mientras el cabo entraba, dándole naturalmente la espalda, sacaba el fusil, lo amartillaba, se lo aplicaba en los riñones, y lo dejaba tendido sin que dijera siquiera: ¡Ay! Y hecho, volvía a colocarlo en su sitio, y tornaba a pasearse por la cuadra con su nunca desmentida actitud de indiferencia, por la vida o por la muerte.

Contemporáneamente con este suceso había tenido lugar otro.

Entre varios destinados que condujo de Salta al ejército del Paraguay el capitán Usandivaras, actualmente coronel, iba una especie de mulato, tambor muy diestro, que fue a parar a mi batallón.

Un chino, mejor dicho, cuadrado, macizo como un roble.

Sus notas eran pésimas ¿Qué digo? Eran atroces: era nada menos que un parricida.

Yo lo miraba con horror, pero como la naturaleza humana es tan extraña, su habilidad con los palillos en la mano me reconciliaba hasta cierto punto con él.

Se desertó. Lo tomé. Nada dije. Volvió a desertarse. Volví a tomarlo. La deserción nos gangrenaba, y me callé otra vez.

Mas ésta, le dije, si te vuelves a desertar y te vuelvo a tomar, no te escaparás de cuatro tiros.

El chino se desertó, a pesar de todo, y con circunstancias agravantes: porque lo hizo con una mujer (¡Y qué había de faltar una mujer!) y robando una porción de cosas.

Lo apañé, y di cuenta.

Las dos causas se instruían al mismo tiempo.

La de Peretti por homicidio alevoso, la del tambor por triple deserción.

El General en jefe del Ejército era humano, pero esta vez yo estaba seguro de que su clemencia no se ejercitaría.

Mi estado psicológico era éste: el chino me hacía el efecto de un monstruo, que era un deber eliminar de entre la familia humana.

Peretti me producía otro efecto. Yo me decía: Este ser, que no ha sido soldado en su país, que se ha enganchado, quién sabe si él mismo sabe para qué, que no ha prestado el más mínimo servicio, que no ha hecho sino comer y dormir. ¡Dios sabe qué habrá sido allá en su tierra! Un hombre en estas condiciones, que mata sólo porque le pegan, no se venga movido exclusivamente por un sentimiento de dignidad personal. No, éste mata porque es asesino.

Y me engolfaba en los problemas más intrincados de la psicología y de la antropología, y como no pertenezco a la escuela que pretende que el crimen es un atavismo, es decir, la resurrección accidental de una tendencia habitual en nuestros antepasados, sino una tendencia fenomenal de nuestra naturaleza, concluía: a este reptil lo mejor es que lo maten también.
De modo que nada hacía, ejercitando esa influencia, que se comprende, para que la justicia militar saliera de su cauce ordinario: ni el chino ni Peretti me conmovían, el parricidio, el homicidio, y la deserción, por más humano que fuera, y creo que lo soy como el más pintado, me hacían desear, lo confieso, que aquellos dos abortos pagaran el tributo a la fatalidad de su abominable destino.
La causa se elevó a plenario, el consejo fue ordenado, se reunió, vio, falló y su sentencia fue confirmada.
El momento terrible llegó.
Un santo varón, el abate Crozes, dice, con esa elocuencia sencilla que hiere las fibras más refractarias a toda sensación de piedad: "¡Ah! Ustedes no saben lo que es asistir a la muerte aplicada tan fríamente. Aquí no estamos en el campo de batalla, donde en plena luz y en medio del ruido y de la exaltación general, viene la muerte acompañada de la gloria. Allí, el mismo capellán puede permanecer insensible a la muerte, porque él también experimenta el ardor de los sentimientos patrióticos y porque él también comparte los peligros y el desprecio de la muerte. Pero aquí, todo es una carnicería."
¡Ah! yo puedo, parafraseando al capellán de la Grande Roquette, decir que no hay nada más triste que pasar uno por las armas a sus propios soldados, siquiera sean delincuentes de delitos atroces, como lo eran el chino y Juan Peretti.
¿A quién culpar?
Yo lo había querido.
¿No era yo mismo el que había denunciado el crimen?
La ley militar es inexorable, ella me ordenó presidir la ejecución y tuve que mandar el cuadro.
¡Qué escena aquélla!
¡Estábamos tan cerca de las trincheras enemigas! A la simple vista se veía lo que en uno y otro campo pasaba.
Yo conocía perfectamente, y ellos a su vez me conocían a mí, a los oficiales paraguayos con quienes diariamente nos tiroteábamos. A mis demás compañeros de armas les sucedía lo mismo.
Los reos recibieron los auxilios espirituales, ese postrer consuelo de los condenados a la última pena. El capellán del ejército, sin faltar a sus deberes sagrados, me comunicó el estado de las víctimas. ¡Inescrutables secretos del alma humana! ¡El que había muerto a su padre no podía consigo mismo, temblaba como un azogado, Peretti estaba como cuando con la escoba de biznaga barría la cuadra de su compañía!
El tambor destemplado sonaba, los reos caminaban y visiblemente se notaba que el parricida lo hacía con los pies de plomo, como esperando suplicios que

nunca se acabarían en una vida ulterior, y el otro, como cualquier perverso que se ha vengado.
No describiré con minuciosos detalles los inauditos incidentes que se siguieron. Baste decir que el parricida, de todos modos defendió su vida, por decirlo así, ni quería hincarse, ni que le vendaran los ojos: todos eran expedientes para aplazar el momento final, engañándose a sí mismo, y que Peretti estaba impertérrito.
El parricida murió cobardemente, Juan Peretti murió como un hombre, sin pestañear.
Si antes de aquellos luctuosos hechos hubieran sido puestos en expectación pública los dos criminales para juzgarlos por las exterioridades, todo el mundo lo habría dicho: el chino morirá bien, y Juan Peretti, no.
Las apariencias engañan.
No hay que juzgar a los hombres por su volumen ni por su talla: cuerpos colosales, que venden salud, suelen ocultar almas chiquitas, cuerpos pequeños, enfermizos, corazones varoniles.

Donde se cuenta lo que no se sabrá

Al señor Lucas Córdoba

O nuit douloureuse! ô toi tardive aurore,
Viens-tu? Vas-tu venir? Es-tu bien loin, encore?
Chénier
Si ustedes se han embarcado alguna vez, para irse a cualquier parte, que no sea el interior de los ríos, para el otro hemisferio, por ejemplo, una vez en alta mar, fuera del elemento en que nacieron, crecieron y se desenvolvieron, habrán experimentado diversas impresiones: primero, tristeza, conformidad, después, y a poco andar, cierto equilibrio moral que les habrá hecho exclamar: ¡Cómo es posible que tantas pequeñeces, que tantas espinitas me mortificaran tanto! Y viéndose pequeñísimos en medio de la inmensidad, se habrán, sin embargo, sentido, a pesar de la estrechez del barco, más hombres, más libres.
Si no han cruzado los mares, siendo hijos del llano, y han trepado la montaña, divisando desde la altura las habitaciones de los hombres, habrán sentido que, a medida que se sube a las regiones etéreas el alma se despoja, como dice Lavater, de sus pasiones terrestres, recobrando una parte de su inmutable pureza y, como a bordo, también se habrán encontrado ínfimos en tamaño, comparándose con las masas colosales, pero más hombres, más libres igualmente, no obstante hallarse fuera del elemento nativo.
El que no haya interrumpido el curso normal de su existencia, el que no se haya encontrado nunca solo, completamente solo, abandonado a sus propias

fuerzas, sin más recursos que su energía, su voluntad y sus puños, podrá creerme, no me comprenderá.
Yo quisiera, sin embargo, ser creído y comprendido, tanto más cuanto que no se trata aquí de nada heroico, sino de un movimiento genial, de una manifestación varonil de la individualidad humana, de un rasgo de independencia personal, del que es susceptible cualquiera que tenga horror al despotismo... de un cochero, verbigracia, que ande sumamente despacio, porque en vez de alquilarlo por viaje, se comete la chambonada de alquilarlo por hora.
Había dormido en Uspallata, donde me sirvieron unas truchas fritas excelentes, como las de Suiza, que ustedes no tardarán en probar, así que esté concluido el Trasandino.
¡Qué soberbio valle!
Es un vasto anfiteatro rodeado de montañas elevadísimas, tan antiguas como el mundo. Nieves eternas cubren sus picos nacarados, matizándolos de diversos colores, según la posición del sol, las afecciones atmosféricas, o los fenómenos meteorológicos de la estación.
No había luz todavía, cuando el arriero, empleando un tono que era todo lo contrario del que había empleado en Mendoza, al contratarlo, y durante el camino, hasta allí, me despertó de improviso, golpeando las manos y gritándome: ¡Levántese!, que ya están prontas las mulas.
Dormíamos vestidos.
Me levanté, pero con cierta espina, de la que no podía darme cuenta cabal, inclinándome a atribuir a mala crianza lo que no había sido más que efecto de cálculos de "compadre", en el muy redomado del guaso.
Vamos, Bustos, le grité, a mi vez, a un negrillo de San Nicolás de los Arroyos, mi asistente (Yo era entonces capitán), renegrido como el ébano, con unos ojos brillantes como azabache, que fue en Chile, poco después, objeto de intensa curiosidad (En Chile son rarísimos los negros), pues más de una vez recibí billetes que decían así: "Señor: ¿Sería usted tan amable que nos hiciera el favor de prestarnos su negro, un momento, nada más que para verlo?" "Perdone usted la libertad."
Y allá iba Bustos, ni más ni menos que si fuera una jirafa, o un orangután, para estar más cerca de la teoría darwiniana, y tras de Bustos, yo, como era muy natural, sin que tuviera, la más de las veces, ocasión de arrepentirme de haberlo facilitado, porque las chilenas son cariñosas y hospitalarias con el extranjero, y lindas, y blancas, pálidas, de ojos negros, de cabello abundante, lo más apetitosas. Y como se han mezclado poco, conservan allá, más que acá, la pureza del tipo español, que es delicioso.
Byron dice "He who has not seen it will be much to pity."
Pero, ¿A dónde iríamos a parar, si continuáramos pulsando esta cuerda?
Nos pusimos en marcha.
El arriero, con dos peones y las cargas, iban adelante, como a trescientos metros, por la tortuosa senda cavada por el tráfago en las rocas.

Yo con Bustos, nos habíamos ceñido completamente a las instrucciones que todo arriero le da, indefectiblemente, al cliente que desde luego comprende que no entiende de mulas. Se reducen a muy poca cosa, y pueden resumiese así: "No se empeñe en manejar la mula, señor, suéltele la rienda nomás, ella sabe mucho." Y en efecto, brutal la comparación, es como la mujer: hay que seguirla, que dejarla hacer su gusto, abandonándola a su propia cautela, aunque sin perderla completamente de vista por aquello de: Es de vidrio la mujer, pero no se ha de probar si se puede o no quebrar, porque todo podría ser.

La marcha era asaz ágil y agradable. El camino serpenteaba subiendo y bajando, y a trechos nos perdíamos de vista.

La mañana estaba lindísima. La temperatura era primaveral. Un airecillo sutil, oxigenado, penetrando por todos mis poros, me tonificaba, dándome bríos para una buena jornada.

Había olvidado completamente la brusca prevención del arriero, y la ambulación, a costillas ajenas, me permitía abandonarme a todas las contemplaciones y rêveries del espectáculo: iba contento.

Conocía el mar, había visto sus aguas en calma o erizadas, tranquilas como un sueño de la infancia, agitadas como la conciencia del criminal.

Y había vagado por la pampa abierta, con mis pensamientos y mis ensueños como peregrino nunca fatigado de los grandes espectáculos de la Naturaleza.

Miraba aquellas masas gigantescas, de increíble magnificencia, escalonadas unas sobre otras, pensaba y comparaba, no veía sino lo infinito experimentando todas las fruiciones inefables de la soledad, y oyendo, de vez en cuando, rugir el torrente, me daban escalofríos, apretaba nerviosamente las piernas sobre los flancos de la rebelde mula, y a medida que me engolfaba en las breñas escarpadas, veía bien que aquel no era mi elemento, que yo era hombre de la llanura, pero sentía disiparse mi dolor, reemplazándolo en mi alma las rientes emociones de un plácido fantaseo.

De repente, el arriero y las cargas se detuvieron.

Van a acomodar algún aparejo, se me ocurrió.

Llego, el arriero había descargado todo y se disponía a campar allí.

Mi sorpresa fue grande. Lo inesperado rige las cosas humanas. Todo se prevé, menos lo imprevisto.

En mis cálculos no había entrado que el arriero se permitiera hacer alto donde le diera la gana, sin mi consentimiento. Me expliqué entonces la aspereza de aquella frase: "Levántese, que ya están prontas las mulas", que cambiaba los papeles del patrón y del peón.

Lo miré de hito en hito, sostuvo mi mirada, y antes de interrogarlo comprendí, sin necesidad de oír su contestación, que habría un conflicto.

¿Y por qué ha desensillado?

Porque aquí hemos de parar.

Pero ¿Por qué no me ha dicho nada?

Porque yo soy el que gobierna las bestia.

Aquí no hay más bestia que usted. Prontito vuelva a ensillar y sigamos, que es muy temprano todavía.
Usted no entiende de mulas (Ni de mujeres, pensé, porque, como a ustedes, ya una me había engañado feamente).
Me asaltó una sospecha.
Este animal comprende que estoy fuera de mi elemento, me quiere dominar o explotar.
La guerra es una ciencia matemática en ciertos casos, psicológica en otros, y tiene sus preceptos elementales, que todo buen general sabe combinar. Uno de ellos es que, en igualdad de condiciones, no se debe vacilar, siendo tres contra dos.
¡Qué diablos! Me dije sin embargo, veinte y ocho años, tres galones, sano, fuerte, espada al cinto y mi negro, aunque ellos sean tres. ¡Adelante!
Me tiré de la mula, le quité el sable a Bustos, se lo brindé al guaso y las palabrotas repercutieron por la montaña.
Pero tenía frente a mí a todo un hombre, flemático, avezado a las aventuras, acostumbrado a hacer su regalada gana, por lo que se veía, y fue en vano.
No era él un andante caballero como yo, inclinado a resolver todas sus querellas en combate singular.
Ni peleo, ni ensillo, ni ensillamos, porque hablando, miraba a sus dos peones, máteme si quiere, o váyase solo, y recalcó el solo, sonriéndose sardónicamente. Fue toda su contestación a mi reto quijotesco.
¿Qué hacer?
Seguí la senda, con mi negro a retaguardia, sin más que lo encapillado, algunas golosinas, en las alforjas de Bustos, y dos chifles con agua y coñac.
Poco a poco me fui dando cuenta de la situación. El aislamiento y la ignorancia del camino aumentaban, por grados, mi inquietud, y a medida que ésta crecía, como era consiguiente, la soledad me parecía mayor, el silencio aumentaba, y había momentos en que no percibía los mil ruidos siniestros de la montaña, y en que ésta parecía desplomarse sobre mí, faltándome el oxígeno. ¿Y qué será? Pensaba, cuando llegue la noche y me acerque a las estrechas laderas , que, ya en Mendoza, le pintan a uno como sitios vertiginosos.
Con el negro, era inútil conversar. El no entendía sino de seguir a su capitán, y puesto que yo había hecho lo que se ha visto, eso debía ser lo mejor. Por otra parte, si el valor es el pudor viril, yo tenía que ocultarle a mi asistente mi miedo, porque miedo, y no otra cosa, era lo que experimentaba, so pena de desprestigiarme para toda la siega, ante sus ojos, quedando como un mandria.
Abrigaba una esperanza: alcanzar a otros viajeros, o cruzarme con ellos.
No estaba escrito que sucedería.
Luz, había mucha todavía, pero mi temor era que llegara la noche con sus fantasmas.
Las horas pasaban, haciéndome el efecto de unas horas cortísimas
La ilusión del tiempo es un fenómeno muy profundo, dice el sabio.

Como en el desierto de Arabia, la cordillera tiene sus oasis, agua, pasto, leña, abrigo. Llegué a uno de ellos, y allí resolví dar un poco de descanso a las mulas, preparándome para seguir la marcha en la noche, que todo auguraba sería propicia para el viajero sin brújula.
Las mulas comieron y bebieron bien, mi negro durmió, yo descansé, me saturé con un poco de alcohol, y a fuerza de pensar que lo que no tiene remedio remediado está, me fui equilibrando poco a poco.
Las montañas me parecían en su sitio, veía los avestruces y los guanacos por las alturas inconmensurables, las águilas y los cóndores cernirse por las nubes, oía el susurro de la Naturaleza en su quietud, no me faltaba el oxígeno ya: era yo mismo.
Y debía serlo, sin duda, porque de vez en cuando murmuraba en mi interior unas frases contra el arriero, en las que había muchas pes y muchas jotas.
El sol se puso completamente para mí, pero las crestas de las montañas, iluminadas por sus últimos resplandores, me decían: "todavía habrá luz largo rato".
Había entrado en un desfiladero, sombrío como un túnel. No se veía más que un pedazo del cielo.
Bajé, subí, entré en una quebrada. El crepúsculo tocaba a su fin. Las tinieblas me envolvieron. Miré al cielo, vi todavía algunas estrellas titilando, como mi corazón, que con las sombras comenzó de nuevo a flaquear. Y nada veía, sino a cortísima distancia. Las mulas relinchaban, de cuando en cuando. Caminaban más voluntariamente, excitadas por un vientecillo fresco. Las nubes, como una cortina movediza, ocultaban y descubrían el firmamento. La luna se anunció. La vi con una emoción de enamorado, que divisa en lontananza la silueta vaporosa de la mujer querida. El cielo se encapotó. Ni luna ni estrellas. La oscuridad. El caos. La mula se detuvo, tremando, la espoleé, la castigué. ¡Inútil! De aquí no pasaré, me decía con su resistencia invencible.
Nos apeamos con Bustos. Encendimos fuego con fósforos. Examinamos el terreno. El camino se bifurcaba en dos sendas: una descendía, la otra trepaba. Reflexioné. Monté, dirigí la mula por la senda que trepaba. No obedeció. "Hazla caminar, le dije a Bustos, empujándola." El animal cedió.
Entré en la senda. La mula de Bustos siguió. Subíamos, siempre subíamos. A la izquierda se veía el vacío opresor. A la derecha, rocas, como cortadas a pico, que me aplastaban. Me parecía soñar.
"I had a'dream which was not all a dream."
"Étaient-ce des rochers? Étaient-ce des fantômes?"
Lo confieso, iba medroso. La misma mula parecía aterrada a veces. Las nubes se disiparon. La luna iluminó el cuadro. Me hallaba en una ladera. Caminaba por una cornisa, que apenas tendría una vara y media de ancho, y aquel vacío de la izquierda, era el abismo. No podía retroceder. Seguí. La luna quedó tras de una montaña. Yo, en la penumbra. Di vuelta, siguiendo la senda. Un golpe de viento, frío como la nieve, casi me derribó. Era un ventisquero, y la ladera ahí concluía, cortándose la montaña en dos. La luna volvió a permitirme ver la

situación en que me encontraba: era una ladera abandonada, un precipicio... Tuvimos que bajarnos por las ancas, hacer retroceder a los animales, tirándolos de la cola, suavemente. Obedecían con un instinto que yo no tuve, cuando mi mula se resistía a seguir por la senda que trepaba.

Llegamos al punto de partida, y una vez allí, descendía siempre por la senda de la izquierda, hasta caer a la orilla de un río que corría con furia, arrastrando piedras de todos tamaños. Y el fragor era tan grande, que no se oían las pisadas de los animales por la ganga empedernida, y la escena, indescriptible. Acá la escasa luz de la pálida luna y de las estrellas vacilantes, allá, en el fondo de la quebrada, el relámpago y el trueno serpenteando, rugiendo como en la hora del juicio final. Seguí. No podía pensar en detenerme, el peligro era visible, inminente. El río crecía, subía como una marea invasora.

La senda se perdía, el agua la cubría ya. Los momentos eran solemnes. La tempestad arreciaba. Me helaba. El ciclón se acercaba. La catástrofe parecía inevitable. Por fortuna, la senda tomó de improviso otra dirección, haciendo interminables zigzags, por un plano que gradualmente se inclinaba tanto y tanto, que las mulas apenas podían repecharlo, se resbalaban, sacando chispas, se caían, aplastándose. Pero a medida que avanzábamos, entre la vida y la muerte, la borrasca y el torrente se iban por otros rumbos, y los tenues resplandores de la luz estelar y de la luna, velados por nubes, como de tul, iluminaban el descenso abrupto, a un pequeño valle, en el que me pareció distinguir fuego, encendido por la mano del hombre.

Las mulas relincharon, se sacudieron, apuraron el paso y no me dejaron duda de que allí había gente.

Bustos, ¿No es fuego aquello?

Sí, mi capitán.

Castigué la mula, la que obedeció por primera vez desde que había equivocado las sendas.

Era ya casi la madrugada, el alba se anunciaba en la enhiesta cumbre de las más altas montañas. Yo veía todo con la imaginación. Mezclaba el amarillo con el azul, y veía verde.

Veía lo que después vería que había en realidad: otro oasis, agua, pasto, leña, abrigo.

Lo que no veía fue lo que vi, así que llegué al fuego, que ardía a la entrada de una caverna: un anciano que lo atizaba y una mujer joven, que dormitaba a su lado, esperando que calentaran el agua.

Era bastante donosa, tomamos mate juntos, y llegamos juntos también a Chile, el viejo había sido soldado de San Martín y lo había conocido a mi padre en el sitio de Talcahuano, era muy devoto, creía en todos los milagros de [11], cuya novena me pidió, y se había casado en terceras nupcias

Cazuela

A mi noble amigo el Barón da Passagem, [12] después de una comida [13]

Contra veneno triaca, agua fresca cuando hay sed, para las sardinas vino, para el hombre, la mujer.

I

El café

Llegar al Paraguay y venirme la inspiración, léase la comezón de escribir, es todo uno.
Consistirá en las enormes dosis de café que bebo.
Como el detalle puede ser una receta útil, seré prolijo sobre el particular.
Es sabido que Voltaire era un gran tomador de este específico. Yo he visto, en el castillo de Ferney, la silla poltrona en que él escribía, apoyando los pies en el marco de madera de una chimenea patriarcal. Estaba éste gastado por el roce continuo de los talones, y aquella ídem por el asiento constante de la taza sobre un aparato movible, que, colocado a la diestra del célebre escritor, hacía oficios de mesa, cuyo aparato era parte integrante de la poltrona mencionada.
Esto aseguraba el guía, con toda seriedad y aire de profunda convicción, mostrando dos grandes muescas en el nogal del marco y una cavidad circular en la caoba del aparato.
Estas afirmaciones no se ponen en duda. Sucede con ellas lo que con las balas francesas, inglesas o prusianas auténticas, por supuesto, que le venden al viajero en el campo de Waterloo, hechas la víspera en Bruselas, o con las esfinges en miniatura descubiertas al pie de las Pirámides, que son barro amoldado la noche antes en El Cairo por el industrioso cicerone.
Hay que creer en lo antiguo, o que reventar.
La credulidad tiene, en estos casos y en otros, grandes ventajas sobre el escepticismo. Es un modo fácil, cómodo y barato de hacerse de un museo de antigüedades.
Conozco en Buenos Aires algunas galerías de pintura, de aficionados, que podrían venderse en un millón, si hubiera más gusto por las bellas artes, que no tienen otro origen, no obstante el correspondiente lote de certificados fehacientes que el propietario guarda en sus gavetas, empaquetados como un tesoro, para honra y gloria de su prosapia.
Así va el mundo, y así son las aberraciones del derecho de propiedad. El que posee no es sólo beato por el hecho, lo es, para mayor abundamiento, por una infinidad de inefables ilusiones.
He hablado de Voltaire y del café, y quería decir, aunque esté de más, que entre aquél y yo hay varias diferencias sustanciales.
Primero, él era Voltaire, y yo soy un prójimo cualquiera.

Segundo, él tomaba el café siempre caliente, como que escribía en climas fríos, y en taza y con azúcar, y única y exclusivamente para reparar sus potencias cerebrales, y yo lo tomo por causas muy diversas y en formas muy distintas.
Lo tomo, porque me gusta, y amargo, y para tonificar el estómago de mi bestia, un tanto estragado por el excesivo fumar y otras yerbas, y en taza y en vaso y en mate, sustituyendo la yerba, frío y caliente, como candial con yema de huevo batida, como cae, y en toda clase de posiciones y situaciones, y sobre todo, lo tomo para ayudar la digestión y como antídoto contra la siesta.
Las ventajas fisiológicas y psicológicas de este plan, método o sistema, son infinitas.
Veamos las principales.
Una erupción cutánea permanente en el pecho y en la espalda, de aquí la necesidad de bañarme todos los días: primera sensualidad. Dígase cuanto se quiera, los sectarios de Epicuro son menos de lo que se niega y muchos más de lo que uno mismo cree. Esta filosofía persistirá con sus modificaciones idealistas, mientras la naturaleza humana no cambie.
Un sueño inquieto y liviano, como suelen decir, yo siento el vuelo de una mosca. No haya miedo de que me maten dormido. Diríase una fruición epiléptica intermitente, llena de larvas, de visiones, de evocaciones, de transformaciones de crisálidas, como si por cada poro de la periferia penetrara y desfilara hasta el núcleo encefálico una región fantástica de genios microscópicos, en una palabra, una intoxicación febril a lo Edgardo Poe, salvo que yo no puedo ni oler el alcohol, que me permite ver dormido, lo que es una compensación, todo cuanto el realismo prosaico de la vida ha rotulado ya con su fatal etiqueta, lasciate ogni speranza : batallas ganadas, montañas de oro, piedras preciosas acumuladas.
Durante la vigilia, en toda zona y estación una transpiración suave, más o menos copiosa, lo que me obliga a usar camiseta y faja de franela y dos pares de medias, lo mismo bajo cero grados del termómetro que cuando pasa de 40, que es otra compensación, apelo a los higienistas, y de yapa una especie de hormigueo espiritual, que no puedo explicar bien sino diciendo que a veces se me figura que dentro de mi cabeza hubiera como una bola de fuego, girando perennemente sobre sí misma, sin nunca jamás enfriarse, antes por el contrario, siendo, con la edad y los desengaños, cada vez más vivaces las luces artificiales producidas por su sempiterno revolver, y finalmente, y como consecuencia, sin duda, de estas deliciosas anormalidades, un don casi preternatural de ubicuidad, que es mi orgullo, pues no es un misterio en mi tierra natal lo mucho que ya he viajado, tanto que si el título fuera apetecible y lícito gestionar honores, yo reclamaría para mí el de Judío errante, con mejor derecho que el de General.
A todas las susodichas excelencias del café, agréguese la sospecha fundada de que es un excitante intelectual (Lo recomiendo a los diaristas desprovistos de asuntos), y dígaseme ahora si ha valido o no la pena de rendirle a Cazuela el homenaje de tan largo exordio.

II

La naranja

La asociación de las ideas suele provenir de una ebullición inconsciente de antítesis.
Explícome así cómo es que teniendo otro plan y propósito preconcebidos, cuando escribí el rubro Cazuela , haya llegado maquinalmente a este segundo parágrafo y que todavía me vea forzado a aplazar lo principal para un tercero, debiendo ocuparme en éste, so pena de no ser lógico, de una fruta antípoda, en sus efectos, del café, pues nadie me negará que si éste calienta, la naranja refresca.
Si la expresión lírica no me traicionara siempre que la llamo en mi auxilio, aquí escribiría unas coplas que probarían, como el epígrafe, que si el vino es bueno contra las sardinas, la naranja es superior contra el café.
Diré solamente, por lo que a los empíricos interese, que el café es astringente y la naranja purgante.
Hablo en nombre de mi experiencia personal, y sin que se me dé un ardite de lo que puedan decir los sabios por estudio y por carrera, vulgo médicos.
Sabrán ustedes que los millones de naranjas que se consumen en el Río de la Plata, no digo cada año, cada mes, son oriundas en su mayor parte del Paraguay.
Y como aquí no se cultiva el café, siendo su gran productor el Brasil, bien puede decirse, haciendo una metáfora macarrónica, que mientras el Brasil nos aprieta, el Paraguay nos alivia, o que mientras el uno nos calienta, el otro nos refresca.
Estas naranjas, con raras excepciones, se acopian y se cargan pocas leguas abajo de la Asunción, en un sitio llamado Villeta. Era una aldea floreciente en otro tiempo.
Pero, como dijo el poeta argentino, "vino la guerra, y su saña no ha dejado nada en pie".
En la estación propicia, los vapores de la carrera entre Buenos Aires y la Asunción, zarpan de aquí [14] generalmente un par de horas antes de ponerse el sol.
Al anochecer, ya están atracados a la barranca de Villeta, mejor dicho, al muelle primitivo, que no es más que una larga planchada, colocada sobre gruesas estacas de palo fuerte, sujetas y trabadas con toda seguridad, por medio de un cordaje natural, el ysypó, que es una enredadera utilísima para estos fines. Los indios del Chaco se sirven de ella para construir sus chozas y angadas. Resiste a la humedad y a todas las intemperies. Diríase un alambre vegetal, que se elige a voluntad, según el grosor que se necesita.
Este muelle varía de longitud, según las crecientes del río o las lluvias. Pero regularmente tiene doce varas. El ancho no pasa de dos pies. Los tablones no

están juntos, de modo que, sumando la abertura, puede entenderse una vara. Nada más.

Cuando el vapor llega todo está listo: las pirámides de relucientes naranjas y los cargadores. La operación se hace preferentemente de noche, por la fresca, benéfica para la remoción de la fruta, reparadora para la fatiga humana.

Las naranjas han empezado a llegar, desde el día antes, de puntos distintos y distantes, en carretas, a lomo de mula, a caballo, conducidas sobre la cabeza.

Las pirámides varían de tamaño y de forma. El dueño las cuida y el especulador que las ha comprado, siempre un empresario rico de la Asunción, recién las recibe a bordo. Aquí se ha improvisado de antemano, sobre la cubierta, un verdadero corral. Hay vapores que cargan medio millón en cinco horas. Surcando con esas trojas el río Paraná parecen todo menos buques.

El acarreo comienza, llevando cada cual cuenta y razón de lo que le pertenece. Este, de lo que vende. Aquél, de lo que compra. El comisario del buque, de lo que recibe, para el consignatario de abajo.

Jamás hay disputas. Todo se hace alegremente y cantando. El paraguayo no está triste, cuando trabaja, sino por dentro. Agréguese que aquí no tienen nada que hacer los hombres. Los cargadores son mujeres y no hay discusión sobre esto: la musa de Eva es más retozona que la de Adán. Prueba de ello lo que en esta coyuntura se oye hablado y cantado. Los que entienden guaraní son los que más saborean la malicia del sexo. Es aquélla una lengua llena de doble sentido, como toda lengua elíptica. Visten estas mujeres un tipoy o camisa blanca corta, ceñida a la cintura. Hay mucho que sospechar y que ver al través de aquellos pliegues sin almidón.

Cada mujer lleva un farol en la mano derecha y en la cabeza una tipa cónica de tres cuartas de boca, con capacidad para cien naranjas, que suele sujetar, en casos críticos, con la izquierda.

Vienen cargadas, derechas como un huso, arrojan su tanda sobre la cubierta, cantan su punto, y se vuelven por el estrecho y movedizo puente, cruzándose unas con otras, sin tocarse ni tropezar, pellizcándose al pasar, dirigiéndose agudezas, cantando, riendo, sin dar nunca muestra de fatiga, y suelen ser cincuenta, cien, doscientas, conforme la fruta acopiada y Cazuela está ahí acurrucado sobre la orilla de la barranca, porque él es el empresario de esta faena, siguiendo con ojos llenos de lubricidad el vaivén de aquella comparsa infatigable y voluptuosa, esclava de la pobreza, y cuyos trajes talares flotando al viento reflejan en las mansas aguas del puerto lo que por otra parte no se preocupan mucho de ocultar.

¡Oh! Si Cazuela estuviera solo. Pero su cancerbero no lo pierde de vista, y aunque mujer es varonil.

Cazuela es casado y por la iglesia.

III

Divorciado

La multitud tiene el instinto de los apodos.
Mirando a este hombre no se imagina uno que su nombre patronímico pueda ser otro que Cazuela.
Su cara se parece a ese tiesto culinario como un huevo a otro huevo. La costumbre hace ley. Cazuela ha aceptado la de su destino. ¿Qué le importa a él cómo le pusieron en la pila de Génova, ni cómo se llamaban sus padres, si tal como aquí lo apellidan y conocen es popular y querido?
Cazuela es bueno, trabajador, generoso, hospitalario, honrado y ha ganado, sudando la gota gorda, con qué vivir. Pero no hay felicidad completa, y Cazuela tiene penas y anda cabizbajo y triste.
La mujer lo ha abandonado y le ha puesto pleito. Cuestión de celos mutuos, dicen. Cazuela reflexiona. La mujer le ha salvado la vida varias veces. Es una amazona sargento 1º, sin duda, del tiempo de López, capaz, según las mentas, de gobernar con firmeza una ginecocracia turbulenta, y sin embargo, Cazuela, que es tímido, le ha puesto las manos, sin que ella intentara rebelarse por esto.
Prueba evidente de que Juan Jacobo tenía razón al decir: "en lo que tienen de común son iguales, en lo que tienen de diferente no son comparables".
Villeta está de duelo. Hay vírgenes con velas, promesas, rogando a Dios y a los santos, que vuelva la oveja descarriada a su redil.
Cazuela le teme al pleito, "se gastan tantos sellos", decía, el otro día.
Luego está tan acostumbrado a ELLA, que más le perdonaría. ¡Oh, admirable poder de la costumbre!
Todo es hábito.
"Para el hombre, la mujer."
Y aquí acabo ¡No hay más café! Exclamado para consuelo de Cazuela: T'is better to have loved and lost, Than never to have loved at all.

Frente a las murallas de Montevideo

Al señor don Torcuato de Alvear

People will not look forward to posterity who never looks backward to their ancestors.
La patrie est une association, sur le même sol, des vivants avec les morts et ceux qui naîtront.
Las mediocridades son discutibles, y discutidas.
Los grandes hombres son calumniados.
Los contemporáneos los persiguen, y la envidia es el metro elástico con que la pasión los mide.
Pero mueren, y la justicia reivindica sus derechos para restablecer la verdad.

La historia no es muchas veces más que el mea culpa de la posteridad en nombre de los que yacen olvidados.
El General don Carlos María de Alvear fue un paladín.
Tenía todo lo que hace fácil, en un sentido, difícil en otro, la áspera senda del porvenir: la cuna, la belleza, la elocuencia, el valor.
Su cabeza era una fragua, su corazón, una tempestad.
En cualquier tiempo en que hubiera nacido se habría impuesto por el talento, habría sido caudillo, general y triunfador, y, sin estar desterrado, habría muerto, como un ateniense en el destierro.
Es uno de los hombres de quien he oído hablar peor, pero yo no juzgo por lo que oigo.
La pasión poco me sugestiona, por comunicativa que sea.
Tengo para lo humano, como para las parábolas, mis reglas propias de interpretación.
No conozco grandes hombres sin vicios, excepto rarísimas excepciones.
Los pequeños no tienen sino defectos.
Y empleo las palabras grandes hombres a la manera de Emerson, como sinónimo de hombres representativos.
Alvear está en ese caso.
Él fue, en un momento dado, y en grado heroico y eminente, de su tiempo.
¿Y quién fue de su tiempo, sin pagarle tributo?
No voy, sin embargo, a demostrarlo, haciendo una biografía paralela.
Converso íntimamente con el lector, no dicto un curso de historia en la cátedra.
Converso, lo repito, sin sujeción a reglas académicas, como sí estuviera en un club social, departiendo y divagando en torno de unos cuantos elegidos, de esos que entienden, para no aburrirme más de lo que me aburro.
Porque han de saber ustedes que yo me aburro enormemente.
Estoy convencido de que es una enfermedad orgánica, que no se cura con nada. Se sale con ella del vientre que nos dio el ser. No hay viajes ni aventuras, ni empresas, ni ocupaciones, que eviten que, a cierta altura de la vida, el aburrimiento se presente, y les diga a ciertos temperamentos: aquí estoy, harás cuanto quieras, todo será en vano, te dominaré.
Hecha esta confidencia, y no para que ustedes se enternezcan, o se interesen en mí, yo sé que ustedes no padecen de conmiseración, cuando lo creen a un hombre feliz, y a mí me creen, vamos al cuento.
Alvear estaba frente a las murallas de Montevideo. El año no lo recuerdo, ni me tomaré la molestia de levantarme para buscarlo en la Historia Argentina , que estoy mirando desde mi asiento, en ese armario. Pienso, como Voltaire, que poco importa la fecha precisa, con tal de que el hecho haya tenido lugar.
El sitio se prolongaba.
Los necios, los que se imaginan que todo es soplar y hacer botellas, la gárrula caterva, que gana millones y batallas en sueño, quedándose dormidos como piedra cuando hay que levantarse temprano para hacer algo bueno, los envidiosos, sobre todo, ocupábanse mucho del joven general.

Todas eran críticas, censuras, calumniosas imputaciones.
Buenos Aires estaba impaciente o cansado.
Buenos Aires era, más que ahora, todo el país.
Y, cuando Buenos Aires está impaciente o cansado, es como París: injusto o severo.
La Atenas del Sur, la llamaron en la hora prístina de su emancipación colonial.
Quizá lo sea.
Prefiero que sea Atenas, no Cartago.
Será corrompida, su fe no será púnica.
Ustedes piensan como yo ¿No es así?
Vamos adelante, sin más digresiones.
Alvear estaba en todos los labios.
No había entonces lo que ahora: vapores y telégrafos.
Todo se movía con pies de plomo, excepto el cerebro de nuestros abuelos.
Las comunicaciones eran lentas, como la vida perdurable.
Una noticia maléfica era como una puñalada que deja la daga traidora en el pecho, hasta que venga un alma caritativa a arrancarla.
Había que esperar y esperar la contradicción.
Y como no existía prensa, este vehículo de lo bueno y de lo malo, que es acción y reacción, mentira y verdad, sombra y luz, para saber era necesario inquirir, mezclarse clandestinamente en los corrillos. Los diarios de entonces eran los chismosos ambulantes, que frecuentaban el café de Marcos y la calle de las Torres.
Ellos hacían y deshacían reputaciones, siendo los emisarios, los porte-voix, sugestionados astutamente por los conjurados que no salían de los conciliábulos sombríos. ¡Misántropos de la envidia! Desde allí gobernaban sin responsabilidad ni más ley que sus pasiones.
No faltaba el patriotismo, pero todo era embrionario.
No existía el acuerdo, la revolución atravesaba el momento de las incoherencias fatales.
Alvear sintió el puñal de la maledicencia, y se dijo: esto es atroz.
Llamó a un oficial. No era de su confianza, es decir, sabía que no lo quería. Era lo que necesitaba: un enemigo.
Le dio unos pliegos.
Vaya usted y entréguelos, le dijo, y si no lo despachan, dentro de los ocho días, vuelva usted con contestación o sin ella.
Eran para el gobierno.
Nada más le dijo.
Le dio seis onzas de oro, mucho dinero entonces.
El oficial partió, vino y entregó los pliegos.
Está bien, se le dijo, retírese usted.
Ni más, ni menos.
Nada, ni una palabra le preguntaron sobre el ejército, sobre el sitio, sobre el general.

Era un plan, una conjuración.
¡Que Alvear se desenvolviera, como Dios o el otro lo quisieran!
Si no vencía, se perdía, era el ostracismo político.
Si vencía, los mismos conspiradores lo llevarían al Capitolio.
¡La eterna página de la miseria humana!
El oficial, que no quería a su general, pensó: nada me preguntan de él: ya sé lo que hay.
¡Seis onzas de oro y capitán! Porque lo era.
Pudo andar por todas partes, ver, oír y divertirse.
Todos los días esperaba que fueran de la Inspección a decirle: "Que se presente usted a recibir órdenes."
Vana expectativa.
Concluido el ciclo de los ocho días, el oficial se dijo: "regresaré", y regresó.
Estaba violento.
Habría deseado no regresar.
Llegó, se presentó, Alvear le hizo entrar. Y ¿Entregó usted los pliegos?
Sí, mi general.
¿Y qué me trae usted?
Nada, señor.
¿Cómo?
Nada, señor.
¿No fue usted a pedir órdenes?
Mi general, el pasaporte decía: "pasa en comisión, debiendo regresar a los ocho días", me presenté, entregué, tomaron nota en la Inspección y, después de hacerme esperar media hora, me dijeron: está bien, puede usted regresar". "¿Cuándo?" "Cuando usted quiera, está usted despachado."
Alvear se mordió los labios. Una nube de tristeza, con tintes de cólera, envolvió su fisonomía vivaz, y aquellos ojos negros, llenos de fuego, brillaron con un fulgor terrible.
Estaba sentado delante de una mesita de escribir, con su aire formal, habitual para los que no eran de su séquito íntimo, el oficial de pie cuadrado marcialmente delante de él, cuadrado como se cuadraban entonces los oficiales en presencia de sus superiores.
¡Y qué! ¿Ahora no se cuadran así?
¡Oh! Ahora, con honrosas excepciones, los oficiales cuando se cuadran y saludan, lo hacen como por compromiso, o por favor, de mala gana, zurdamente. Diríase que tienen vergüenza de sus propios galones, y horror a la jerarquía.
Por regla general, no conocen sino a sus superiores inmediatos.
La democracia mal entendida, penetrando en el ejército, nos ha traído eso.
Yo mismo he pagado mi tributo alguna vez a la mala educación militar.
En Turín, un oficial italiano me hizo ver todo el tamaño de mi error.
Mas aquello no es para acá.

Está bien, señor oficial, dijo Alvear. Retírese usted. El oficial hizo la venia, giró y salió.
Cuando había traspuesto el dintel de la puerta, Alvear hizo rechinar los dientes y le llamó.
El oficial volvió sobre sus pasos, y cuadrándose de nuevo, preguntó: ¿Mi general?
Alvear, le dijo entonces: Capitán, siéntese usted un poco.
El oficial se sentó.
Ni el uno ni el otro podían estar a gusto, porque, como ya lo he dicho, no se tenían buena voluntad. Alvear era un gentleman, lleno de seducciones y, cuando quería, podía, violentándose, representar por añadidura, el papel que le cuadraba, como consumado actor.
Reflexionó un momento, y por fin le dijo al oficial: Y ¿Cómo le ha ido a usted por Buenos Aires, mi amigo?
Bien, señor.
¿Ha paseado usted mucho? ¿Se ha divertido?
Un poco, señor.
¿Y qué dicen por allá?
Nada, señor.
Pero, hombre, ¡Qué! ¿No ha hablado usted con nadie?
Muy poco, señor.
¡Qué! ¿No ha estado usted en el café de Marcos? ¡Qué! ¿No ha andado usted por la calle de Las Torres?
Sí, señor, he andado algunas veces.
Entonces, algo ha de haber usted oído del ejército, del sitio, de mí. Hable usted, amigo, con franqueza. Yo soy un hombre de mundo, y deseo saber lo que se dice, porque ha de saber usted que cuando lo mandé en comisión, con esos pliegos, tuve también en vista, que me trajera usted algunas lenguas, aquí estamos en la luna,
Señor, no he oído nada, es la verdad.
¿Absolutamente nada?
Absolutamente nada, señor.
El oficial mentía: había oído hablar pestes de su general, y tantas, que, a pesar de no quererlo, subiendo de castaño oscuro las imputaciones y las calumnias, había hecho cuestión de conciencia defenderlo y lo había defendido, pasando por alvearista, lo que no era.
¿Así es, repuso Alvear, que usted no ha oído hablar bien ni mal de mí, en Buenos Aires? ¡Qué! ¿Nadie se ocupa de mí, allí?
Nadie, señor, nadie.
Alvear, entonces, frunciendo el ceño, e indicándole la puerta con el índice, le dijo con imperio: ¡Está bien, retírese usted, señor oficial!
Y cuando éste se retiraba, dio un puñetazo sobre la mesita, haciendo saltar tintero y tinta y cuanto en ella había.
El oficial no pudo evitarlo y dio vuelta.

Alvear se pegaba en ese momento con las dos manos en la cabeza y exclamaba: ¡Estoy perdido! En Buenos Aires, nadie se ocupa de mí, ni para calumniarme.
El oficial apuró el paso y salió.
Pero Alvear se equivocaba. En Buenos Aires, todo el mundo, como ya lo he dicho, se ocupaba de él, si no se hubieran ocupado, Alvear no habría sido el General que mandó y ganó la batalla de Ituzaingó. A veces, las mismas resistencias son fuerzas dinámicas.
Hay también una mecánica moral.
Es la ley de las compensaciones.
¡Ah, ser a la vez un grande hombre y un hombre, qué prodigio!
Acabo de leer que San Agustín lo realizó.
Pero San Agustín fue ese prodigio, porque fue un santo, y Alvear sólo fue un soldado glorioso.

Los cuatro gatos de mi padre

A mi hermana Eduarda

Si l'homme est une personne et dérive de ce fait des droits et des devoirs, l'éléphant est également, dans une certaine mesure, une personne, le chien en est une autre et le renard aussi, chacun à sa manière. Quant au fameux abîme qui sépare dit-on l'homme des autres espèces, il est plus aisé de le proclamer que d'en mesurer l'étendue

El perro y el gato no saben leer ni escribir, al menos como nosotros. Si de otra manera lo hacen, la noticia no ha llegado a mis oídos, todavía.
No discutiré la tan debatida cuestión del sentimiento del yo o de la personalidad, en los animales que no son de nuestra especie. No sé si el perro dice como Descartes: pienso, luego existo . Ignoro la extensión precisa de su facultad de análisis metafísico, que no me parece inferior a la de algunos prójimos de ustedes y míos.
Pero es indudable que dichos mamíferos digitigrados tienen, como nosotros, órganos que les sirven para recoger los sonidos y llevarlos al oído.
El perro y el gato oyen, pues, perfectamente.
Cuando yo le digo a mi perro: "¿Júpiter?", éste se mueve, me mira y viene hacia mí, lo mismo que Sebastián, cuando lo llamo.
Sebastián es mi lacayito predilecto, un dije de inteligencia y de dulzura, de honradez y de lealtad: todo un caballerito.
Ya están ustedes enterados de que tengo perro.
Les diré entonces, antes de proseguir, que no tengo gato, y que no lo tengo, porque Júpiter detesta los gatos, los cuales sirven, según el Diccionario de la Academia Española, para perseguir en las casas a los ratones y otros "animalillos" (¿Cuáles serán?).

El horror que les tiene es tan grande, que, hace algunos meses, vean ustedes lo que pasó: Yo monto a caballo casi todas las mañanas muy temprano.
Júpiter lo sabe. Me acompaña. A cierta hora sale al balcón y mira impaciente en la dirección, por donde deben venir el Gaucho y el Cuervo, que son los fletes que montamos, yo y Sebastián.
Si tardan, se impacienta lo mismo que yo. Y hay un momento en el que no necesito asomarme a ver si vienen los caballos, porque Júpiter me dice, con una expresión de su cola, que no se puede equivocar con otra, aunque no sea hablada: "Señor ahí llegan ya los caballos, póngase el sombrero, los guantes, tome el látigo."
Por supuesto que Júpiter no hace nada de esto cuando no me ve en traje de montar.
El día a que me refiero, yo estaba impaciente, la mañana era espléndida, los caballos tardaban.
Voy al balcón, y miro, Júpiter miraba también y temblaba. Está impaciente como yo, me dije. Pero temblaba tanto, que no pude menos que llamarlo a Sebastián, y preguntarle: ¿Qué tiene este perro? ¿Qué?, ¿Estará enfermo?
Días antes se me había muerto el pobre Crac y como buen padre de familia me sentí alarmado. Crac era un terrier que daba envidia. Por cierto que mi sobrina Consuelo lloró no poco cuando me lo apropié, y que tengo remordimientos de ello. ¡Quién sabe si dejándolo vivir entre polleras no habría sido más feliz! En mi casa no hay más que hombres, hallándose toda mi familia en Europa.
No, me contestó Sebastián, que todo lo sabe, con su carita llena de vivacidad, es que en aquel balcón de enfrente está un gato.
Claro es que Júpiter temblaba de rabia, viendo tan cerca a su rival, y que rumiaba: "¡Ah, si pudiera saltar!"
Repito que no tengo gato, pero supongo que ustedes, los que lo tienen, se hacen entender de él, lo mismo que yo de Júpiter cuando lo llaman por alguno de los nombres consagrados en la familia gatuna, Zapirón o Misifú.
Prosigamos.
Se quieren como el perro y el gato, dice el refrán.
¿Y de dónde vendrá esta antipatía de raza?
Las opiniones están muy divididas. Voltaire mismo se pierde en conjeturas, sin dar en la tecla. Teniendo el perro y el gato orejas, se me ocurre a mí, que debe provenir de un sentimiento de envidia, por lo mucho bueno que del perro y del gato se ha dicho y se ha escrito alternativamente, desde la más remota antigüedad.
El gato era venerado en Egipto, como un dios. Lo adoraban bajo su forma natural, o bajo la de un hombre con cabeza de gato, y ha tenido infinidad de panegiristas y hasta sus historiógrafos.
Tasso mismo, en su pobreza, le dedicó a su gata un soneto, pidiéndole que en la noche le prestara la luz de sus ojos, ya que no tenía vela con que alumbrarse.

Ma petite chatte es, en francés, una expresión de ternura. Shakespeare le saca el cuerpo a uno de ellos, escapándose por la tangente en la Noche de Reyes, o como gustéis.

En Inglaterra, país de gatos y de perros, en Londres sobre todo, las opiniones están muy divididas en cuanto a las ideas gatunas y perrunas , y en este momento mismo, la Sociedad de Antivivisección, unida a la Sociedad Protectora de los animales, propone una ley en favor de los gatos, he aquí por qué, en ninguna ciudad del mundo hay tantos gatos como en Londres, cada casa posee uno por lo menos y como hay una época en la que infinidad de personas salen de la Capital para pasar algún tiempo en el campo, se cierran las casas y los gatos quedan afuera. Ahora bien ¿Cómo viven estos animales? ¿ Acaso no sufren hambre o sed? Eso es lo que preocupa enormemente a las susodichas sociedades, las cuales buscan un remedio legal para una situación que consideran deplorable.

Veremos qué expediente se inventa, por la caridad gatuna, para obligar a los cinco millones de habitantes de Londres a no abandonar los gatos cuando el Támesis amanece todos los días con boyas horripilantes, colocadas por la mano proterva del infanticidio.

En cuanto al perro, aunque "perro" sea entre los musulmanes un calificativo de desprecio, lo mismo que en Inglaterra French dog, "perro", un hombre mañoso, y una mujer mala "perra", también, desde la más remota antigüedad, el hombre lo ha puesto por los cuernos de la luna, ponderando su patriotismo, pues es conocida la historia del perro del padre de Pericles, el cual viendo que su amo se iba para la batalla de Salamina, sin él, se echó al agua y lo alcanzó a nado.

Yo tengo, sin embargo, mi pequeño resentimiento con los perros.

En primer lugar, les he tenido mucho miedo desde chico.

Lo digo sin jactancia. Un perro, en una puerta de calle, es para mí más estorbo que un hombre.

Y ya que hablamos confidencialmente, les diré a ustedes que es cierto lo que cuento en mi Excursión a los indios ranqueles, que un perro me desarmó una vez, quitándome la escopeta.

En segundo lugar, los perros han desacreditado un poco a Buenos Aires, sí, señores. Yo tengo aquí, en mi biblioteca, un libro muy serio, en el cual se dice textualmente ¡Lo que van ustedes a leer!

"Il y a une cinquantaine d'années les Chiens errants devinrent si nombreux et commirent de tels ravages aux environs de Buenos Ayres, qu'on dut faire sortir pour les combattre un régiment de la garnison, auquel resta le sobriquet, de mataperros (tueurs de chiens)."

Pero ustedes dirán: y ¿Cómo es eso, que teniendo usted su resentimiento con los perros, tiene perro? ¿Qué contradicción es ésa?

Contesto que el hombre es contradictorio, y que la explicación del fenómeno es muy humana: he encontrado un perro que domino, que despotizo, que creo que me tiene miedo, todavía no me ha mostrado los dientes, y el hombre, y

especialmente la mujer, ama todo aquello que en sus manos es como blanda cera.
Así es, que si el perro dominara al gato o el gato al perro, ustedes, los verían vivir contentos y en santa paz.
Desgraciadamente ni el uno, ni el otro, se dominan, teniendo ambos, al parecer, la conciencia de su autonomía individual. Y el hombre ha profundizado el abismo entre ellos a fuerza de encomiar sus méritos respectivos.
Bien mirada la cosa, sería de desear que en este sentido se produjera una reacción, a fin de que el perro y el gato pudieran llevarse mejor de lo que suelen llevarse entre sí el hombre y el hombre.
La razón sería ésta: el perro es americano, criollo, y el gato es inmigrante.
El filósofo militar, Ulloa, cuenta que los perros españoles reconocían a los hombres de raza india, persiguiéndolos y destrozándolos, y que los perros peruanos hacían lo mismo con los españoles.
"El gato ordinario", el felis catus de Linneo, es originario de los bosques del antiguo Continente, como ustedes saben.
Pues si hacemos tanto por la inmigración ¿No es natural que tratemos de acomodarnos lo mejor posible con ella?
¡Ah, si no fuera este Júpiter, cuya idiosincrasia parece ser invencible, yo tendría gato también y lo tendría en memoria de mi padre, gata no, eso no, pas de petite chatte.
Pero ¿Cómo? Mi casa sería entonces, ni más ni menos que la república en el año 20: anarquía, y guerra civil.
"¡Pobre tatita!" Yo no sé cómo él hacía, el hecho es que poseía un poder de fascinación particular para todos los animales: dominaba al perro, al gato, al tigre, al león, al zorro y los hacía vivir juntos hasta con pájaros. Me acuerdo de un cuervo, que lo seguía volando, cuando iba a caballo o en carruaje. Y volaba leguas y leguas, y algunas veces llegaba primero que él a su destino. Pero ¿Cómo sabía el cuervo dónde iba? Nunca me reveló su secreto.
Mi padre tenía, no obstante todo lo dicho pro perros, una marcada predilección por los gatos.
Sin ser sabio, científicamente hablando, era un observador profundo, como Darwin, y me decía algunas veces, explicándome las costumbres de los animales: "Mira, hijo, qué dignidad tiene el gato, y qué poca vergüenza tiene el perro. Luego, fíjate qué aseado es el gato y qué poco obsceno. El perro es como el hombre, sucio y calavera de día y de noche. El gato no, es calavera nocturno. Tiene sus amores, pero los oculta, no es como el hombre que se complace en comprometer, hasta en la calle, a la mujer que le presta sus favores. Si lo denuncian sus maullidos, cuando anda por los tejados, es porque sus pasiones son fuertes y sus sacudimientos epilépticos, tremendos, como que tiene siete vidas."
Los gatos no fueron ingratos con mi padre.
El viejo murió bajo tristísimos auspicios.

Buenos Aires se moría también, flagelado por la fiebre amarilla, sus calles eran, en aquella hora de luto, la imagen de las silenciosas ruinas de Pompeya.
Pocas familias no habían huido al campo.
El viejo estaba enfermo en su casa, yo en la mía. (Ni el uno ni el otro de fiebre amarilla.) Mas era necesario ocultarle mi estado y se lo ocultaron.
Primero creyó, dudó después, se apensionó y murió en brazos de Carlitos, mi hermano, éste es su nombre popular. Y creo que en la República no hay más que un solo Carlitos como él.
El hijo cumplió con todos sus deberes. No había más que hacer. Nuestro padre acababa de pasar a mejor vida. Vino a mi casa, y me dijo.
Te traigo una noticia.
¡Tatita ha muerto!
Sí.
Hice un esfuerzo, me tiré de la cama, y caímos el uno en brazos del otro, sollozando.
Vamos, le dije.
Se opuso, mi estado era delicado, y me convenció de que no debía salir. Se marchó, dejándome solo. Me vestí, salí, me fui a casa de mi padre. Entro, subo, era de noche, no había más luz en la casa que la de los cirios, que iluminaban la sala, en la que yacían sus despojos.
En un rincón de esa sala, un amigo devoto velaba: era un joven, que mi padre quería en extremo, el doctor don Diego G. de la Fuente, el mismo que pronunció sobre su tumba una oración magistral. El cariño, el respeto y la soledad se la inspiraron, y la escribió sobre las rodillas, ahí, en el rincón ese, donde yo lo encontré, todo acongojado.
Ese afecto casi filial, que no arredran las enfermedades pestilenciales y esa concentración filosófica, en horas tan solemnes, son necesarias para hallar frases como ésta y para decirlas como las dijo La Fuente con frente iluminada por la elocuencia: "Ha sido así preciso la acción destructora de ochenta años, fatigas que no tienen cuento: y aglomerarse luego dolores íntimos y amarguras de toda especie, y por último, ofrecérsele el cuadro más terrible que haya presentado jamás la ciudad que alegra el pampero, para quebrantar del todo su organización singularmente poderosa, así, señores, cae también un día el ombú gigante, que parecía eterno, desgajado a los embates encontrados del huracán, los hielos y la edad, y así también el cóndor potente, después de cernirse sobre el humo de los volcanes andinos, y dominar muchas veces, suspendido en las ondas más altas del viento, las llanuras, los bosques y los ríos de América, los más grandes del mundo, rinde sus alas al reposo, doblegado por las corrientes irresistibles del tiempo."
Mi padre tenía, en aquel entonces, cuatro gatos blancos. Los cuatro estaban agrupados alrededor del féretro, mustios, taciturnos, inconsolables, destacándose como campo de nieve sobre el negro sudario. Maullaban en voz baja, quizá hablaban, sí, porque aquellos maullidos eran como acentos humanos comprimidos de inmenso dolor.

El cuadro era digno del insigne pincel del Correggio, ese maestro del claroscuro. Me arrodillé y lloré.
Yo adopté a los cuatro desvalidos y los cuatro acabaron sus días en mi casa, mimados, considerados, respetados, porque mis hijos sabían que eran "los gatos de abuelito".
Lector que cruzáis el piélago tempestuoso, luchando por la vida, y que habéis hecho algún bien, yo os deseo que después de muerto, tengáis cuatro gatos, siquiera, que lloren sobre vuestra tumba solitaria, en días de egoísmo, de espanto.
¡Ah, cuándo dejarán el hombre y el hombre de vivir como el perro y el gato!

La cascada de Amambay

Al señor doctor don Pablo Tarnassi

Recuerdo

Me ha oído usted referir algunas de mis últimas correrías por los bosques del Paraguay, en busca del vellocino de oro, es usted miembro de la Sociedad Geográfica Italiana , y quiere usted una descripción escrita de la cascada de Amambay, descubierta por mí el 5 de julio.
¡En qué momento formula usted su amable exigencia! Precisamente cuando, por razones que no son del caso, en vez de dar manifestaciones de vida, quisiera más bien exclamar, como Pope, sin rencor ni odio, sin tristezas ni amarguras: Thus let me live unseen, unknown, thus unlamented let me die, steal from the world, and not a stone, tell where I lie.
Pero la fraternal amistad que nos une tiene sus títulos, títulos indisputables, y sería rebelarme contra ellos no deferir inmediatamente a su pedido, por más que me halle en vísperas de viaje y atareado con los preparativos consiguientes.
¿Sabe usted lo que me pide?
Aparentemente, nada. En realidad, mucho.
La letra dice así:
"Querido Lucio:
No se marche usted, sin dejarme escrita una descripción de la cascada de Amambay.
Suyo. Pablo."
Es usted jurisconsulto y literato, y sabe mejor que yo lo que significa el espíritu de una frase y su interpretación.
Algo más: es usted filólogo, y sabe usted mejor que yo que describir viene de describere, y que esto vale tanto como decir: representar por medio del discurso.

Comprende usted, ahora, cómo es que puedo hallarme en un aprieto, y puesto en él nada menos que por usted.
Saldré, pues, airoso del lance, valiéndome de una estratagema, es decir, auxiliando el discurso con el lápiz. Confío en Dios que no me sucederá lo que al inglés, que por pintar una trucha pintó un paraguas. En avant.
Hacía días que caminaba sin poder encontrarme con los indios tembecuás, los cuales habitan, diseminados, la región boreal del viejo Paraguay, que se extiende a lo largo de las serranías de Amambay y Maracayú y de las márgenes del río Igatimí, tributario del Paraná.
Veía, sin embargo, el humo de sus tapuis (Toldos o ranchos), ocultos en los montes y sentía su hostilidad, porque el campo ardía en todas direcciones, como inextinguibles hogueras calculadas para detener mi marcha inofensiva.
Por fin, el día 4 de julio, después de cruzar los rastros de López en su retirada, me encontré de manos a boca con ellos, sorprendiéndolos en la faena de cazar osos hormigueros, de cuya carne gustan mucho.
Eran unos veinte, entre hombres y mujeres, y en el acto huyeron, procurando ocultarse en la espesura, lo que en efecto consiguieron, excepto tres que se quedaron inmóviles, de pie, al lado de unos enormes tacurúes (Hormigueros de forma piramidal).
Viendo esto, contuve un poco el aire de mi andar, como para inspirarles confianza.
Ellos, entonces, arrojaron sus arcos y sus flechas y alzaron los brazos como diciendo: estamos desarmados. Yo saludé con el sombrero, como diciendo: somos gente de paz, eché pie a tierra y corrí hacia ellos, siguiéndome los dos hombres que me acompañaban.
Nos abrazamos, ellos temblando, nosotros sonriendo.
Un momento después, llegó el resto de mi comitiva, que eran dos jinetes, dos pedestres y Maracayú, los primeros, conduciendo las cargas de provisiones, los segundos, arreando un buey de reserva. Maracayú era mi perro en las minas. [15]
Ya éramos amigos. ¡Qué digo! Ya era yo patrón y ellos peones, pues acababa de conchabarlos, prometiéndoles que muy luego carnearía el buey, que sólo llevaba con el fin de obsequiarlos.
Pasó esto cerca de Zanja-moroti (Moroti quiere decir blanco en guaraní), o sean las nacientes del río Amambay, que no está al norte del mojón de límites, como dicen los mapas oficiales del Brasil, el de Keith Johnston, y otros, sino al sur, es decir, como a seis leguas de la latitud 23º 12'.
Esa tarde llegué a la orilla de tres lagunas, y como a media legua de la ceja de un monte, que corre de norte a sur, girando de oeste a este.
Hacía viento, oía un ruido sordo, sostenido, uniforme, parecido al de una gran quemazón lejana. ¿Qué ruido es ése? Le pregunté a Ibáñez, mi baqueano.
Es el viento, me contestó.
No puede ser, observe usted, el viento viene del norte y el ruido trae otra dirección, viene del poniente.

Es el campo que arde.
No, Ibáñez, ¿No ve usted que el fuego se va para el sur y el ruido viene de arriba? (Allí, en el Paraguay, arriba, como en la República Argentina, significa al oeste.) [16]
Pregúntele al indio. (Los otros dos debían reunírseme con sus familias, al día siguiente.)
¿Pae acbu papea? Dijo Ibáñez. (¿Qué ruido es ése?).
Eiyü, contestó el indio, (Es el río).
Pero el indio no sabía más, y yo deduje, continuando el interrogatorio con Ibáñez, que debía haber por allí una gran caída de agua.
El viento había calmado, la quemazón se había alejado considerablemente, el ruido hería mis oídos con mayor fragor, no me quedaba duda.
¡Cómo seguir adelante sin examinar aquellas soledades, cuando una de las grandes aspiraciones de mi vida tan variada, aspiración nutrida desde la infancia, era visitar el Salto de Guairá, hacia donde debía haberme dirigido, si no hubiese sido la mala fe de los indios, que un mes antes había conchabado para que me guiaran! ¡Ah! Yo no me moriré, lo espero, sin contemplar ese espectáculo imponente, descrito por la pluma magistral de Azara con estos tintes vivaces: "Está en los 24º 4' 27" de latitud observada, y es un espantoso despeñadero de agua, digno de que lo describiesen Virgilio y Homero.
"Se trata del río Paraná, que tiene allí mucho fondo y 4.900 varas de Castilla de anchura medida: esto es, una legua, y que seguramente contiene más agua que muchos juntos de los mayores de Europa.
"La citada anchura se reduce repentinamente a un solo portillo o canal de setenta varas, por donde entran todas las aguas precipitándose con furia desesperada, como si quisiesen lo que sólo ellas podrían intentar, con sus enormes masas y velocidad, esto es, dislocar el centro de la tierra y ocasionar la mutación que observan los astrónomos en su eje.
"Pero no caen las aguas verticalmente como por un balcón o ventana, sino por un plano inclinado 50 grados al horizonte hasta completar 20 varas y un palmo de altura perpendicular. Los vapores o rocío, que se elevan del choque de las aguas contra los muros de roca tajada y contra algunos peñascos que hay en la misma canal del precipicio, se ven, en forma de columna de muchas leguas, y mirados, estando dentro de ellos, forman con el sol muchos arcoiris vivísimos y trepidantes, al compás de la tierra, que se siente temblar bajo los pies. Los mismos vapores y espumas ocasionan una eterna y copiosa lluvia en los contornos. El ruido se oye de seis leguas y en las inmediaciones no se encuentra ningún pájaro ni cuadrúpedo."
Al día siguiente, me puse en marcha, a pie, guiado por el ruido.
Eramos cinco con el indio.
Cuando llegamos a la orilla del monte, de que antes he hablado, y en el que debíamos abrir una picada (Camino que se hace a fuerza de machete), el indio se detuvo.
Dígale usted que siga, le dije a Ibáñez.

Tereijho de ten-dondé, le dijo éste (Marche usted adelante).
Ché dahay chene ten-dondé, contestó el indio (Yo no marcho adelante).
¿Vaerehe pa? (¿Por qué?).
Aguüye pe-aübugúy (Porque tengo miedo de ese ruido).
El terror de lo desconocido estaba pintado en el rostro del bárbaro.
Y fue en vano insistir, tuve que colocar al indio entre dos peones, siguiendo Ibáñez y yo detrás, y que trabajar el doble.
El indio rumbeaba dentro del bosque, lo mismo que un gaucho nuestro en la abierta pampa, sin perder terreno, siempre derecho hacia el objetivo, que era el ruido, cuyo estrépito crecía a medida que avanzábamos.
El terreno es quebrado, cruzamos un arroyo barrancoso, caímos a una hondonada profunda, el ruido crecía por grados y parecía envolvernos en sus ondas estrepitosas.
De improviso el indio se detiene y exclama con eco de sorpresa y admiración: ¡Iponaité! (Qué lindo). Yo avanzo, y, oh, momento que puedo llamar feliz, sabiendo como sé ponerme en contacto con la naturaleza, y no estar solo en el desierto, cuando contemplo sus grandezas: ¡Allí estaba la gran cascada de Amambay!
Si no acabara de transcribir una página de Azara, aquí la describiría. He querido recordar esa maravilla, ante la cual la famosa catarata del Niágara es un pigmeo, y me siento como anonadado al pensar sólo en lo estupendo que debe ser aquello.
Ahí está el grabado, [17] Pablo amigo, para suplir las deficiencias de mi pluma, y voy a concluir. Mide la cascada, próximamente, doscientos pies de ancho y cae por sobre catorce gradas, desde una altura de cien poco más o menos, siendo considerable el volumen de sus aguas, que se desploman en un solo manto, sin solución de continuidad. Corta el río en un codo formando un ángulo agudo que apenas tendrá 25º, y el observador no puede contemplar todo su perfil, sino colocándose o en el vértice, o en la proyección de una de sus líneas.
Algún otro día continuaremos este coloquio.
Hoy lo completo, por decirlo así, con los siguientes datos que pueden interesar a toda Sociedad Geográfica.
Predominan en esta región las tierras formadas en general de fragmentos y de piedras rodadas, cuarzosas, ligadas entre sí por un cemento de arcilla ferruginosa, [18] muy arenoso, en los que se hallan accidentalmente restos de rocas primitivas, siendo también frecuente la presencia del hierro en masas compactas, en grandes láminas un poco contorneadas y en escamas, o lentejuelas brillantes, aglomeradas entre sí.
¿A qué hablar de oro?
Dejemos esto para cuando esté resuelto el problema comercial, y a los que dudan, sea cual sea el éxito mío, les recordaré la leyenda de los frailes del convento del Eúfrates, los cuales, hace mil quinientos años, caminan para ver

dónde nace el sol, protestando así contra Galileo, contra la ciencia y contra la religión, reconciliadas al fin.
Mientras tanto, le digo a usted adiós, y hasta la vista, le estrecha afectuosamente la mano.
Post-Scriptum . Cuando escribí lo que se acaba de leer, no faltaron las ironías de la crítica escéptica. Callé. Un autor no puede estar refutando todos los días, ni persuadiendo a los que dudan. Pero aquí cuadra sin embargo decirles a ustedes ahora, siendo el mundo tan grande, y para que se vea que hay todavía mucho que descubrir, que la Paleontología acaba de hacer un descubrimiento, nada menos que en Francia, país conocido y reconocido, si es que los hay, hallando la gruta de las Deux-Goules que se encuentra en el cantón de Saint-Vallier-de-Thley, distrito de Grasse (Alpes Marítimos).
Dicha gruta está situada casi a la orilla de un bosquecillo, atravesado por el río de la Combe, poco antes de su confluencia con el Siagne y a corta distancia de un puente natural, muy conocido en el país y al que le dan el nombre de Pont-à-Dieu, o más bien Pont-na-Dieu. Esa gruta, descubierta últimamente por E. Rivière, nunca había sido explorada por nadie, y era desconocida absolutamente de todos, menos del guardabosque que ayudó a Rivière a reconocerla.
Entrase en ella por una doble abertura, abierta al nivel del suelo, como la boca de un pozo. Las dos aberturas están separadas, una de otra, por un trozo de roca, bastante voluminoso, debajo del cual se encuentra un vestíbulo, cuyo piso afecta la forma del lomo de un asno, y donde no hay nada que llame la atención. En ese vestíbulo se abren, una enfrente de otra, dos salas bastante grandes, oscuras en toda su extensión, y a las que se llega bajando una pendiente resbaladiza, sobre todo la de la sala de la izquierda.
Esta última no pudo ser explorada por estar llena de agua. En cambio la de la derecha fue reconocida fácilmente y su suelo estaba todavía, en gran parte, recubierto por una estalagmita bastante gruesa, al paso que numerosas estalactitas pendían de la bóveda, a lo largo de las paredes.

Cómo se formaban los caudillos

Al Exmo. señor doctor don José Gálvez

Le livre de la Nature est le livre de la Fatalité.

Todos los historiadores argentinos dicen, poco más o menos, cuando hablan de Rozas, lo que el Catecismo de Historia Argentina , que sirve de texto en algunas escuelas: que ese célebre personaje descendía de una familia ilustre.

Y, en efecto, así era: mi abuela doña Agustina López de Osornio, mujer extraordinaria, bajo ciertos aspectos, tenía orgullo de su prosapia.
Soy Butibamba y Butibarreno, solía decir, ponderando su alcurnia. Desciendo de la casa de Austria y de los duques de Normandía. Soy parienta de María Santísima.
Poco le faltaba para decir como los de Asturias, célebres Quirós: Después de Dios la casa de Quirós. Mi abuelo, don León Ortiz de Rozas (Y aquí conviene que ustedes sepan que Rozas se escribe con zeta y no con ese, porque viene de rozar) era menos pomposo que su consorte.
Ortiz, eran los suyos ab origene y el de Rozas les vino de que Gonzalo de Córdoba, con quien militaron, los ennobleció, haciéndolos condes de Poblaciones, precisamente en el momento en que uno de ellos, fundador de la casa, tronco de su árbol genealógico, rozaba el campo, para sentar sus reales.
Los Rozas, de Chile, entre los cuales se cuentan hombres eminentes, pertenecen a la misma genealogía y fueron, allá como acá, influyentes en las campañas del Sur, tanto que, a uno de ellos, llamábanle "Padre de la Patria", en tiempo de la Revolución.
Nobles o no, los padres de Rozas eran estancieros, así es que esto basta y sobra para explicar por qué causas el hijo mayor tomó el campo, en un ímpetu de independencia personal, disgustado por una punición que le habían aplicado, según él decía, con injusticia, dejando "hasta la ropa", pues quería buscarse la vida solo y probar que ya era hombre y no un niño, a quien se le pega, o se le encierra en un cuarto oscuro.
A dónde fue, qué hizo, cómo se desenvolvió, de qué manera se condujo, no son pinceladas para este cuadro.
Estamos en la célebre estancia "Del Pino", Rozas es ya propietario, socio de los Anchorena y de Terrero, y más de cuatro, que después figurarán en nuestra Historia, bajo aspectos odiosos o simpáticos, son, peones suyos o sus capataces.
Cuando el prolijo historiador quiera entretenerse en estas minuciosidades, entre los papeles de don Juan Manuel, que era como le llamaban, en muchas leguas a la redonda, por los pagos del Pino, hallará las cuentas de los salarios de esos peones y capataces, su filiación, nombre y apellido. Todo ello existe actualmente en poder de Máximo Terrero.
Estamos, repito, en la estancia "Del Pino", mejor dicho, están tomando el fresco bajo el árbol que le da su nombre a la estancia, don Juan Manuel y su amigo el señor don Mariano Miró, el mismo que edificó el gran palacio de la plaza Lavalle, propiedad hoy día de la familia de Dorrego.
De repente, cuento lo que me contó el señor Miró, don Juan Manuel interrumpe el coloquio, tiende la vista hacia el horizonte, la fija en una nubecilla de polvo, se levanta, corre, va al palenque donde estaba atado de la rienda su caballo, prontamente lo desata, monta de un salto, y parte diciéndole al señor Miró: Dispense, amigo, ya vuelvo.

Al trote rumbea en dirección a los polvos, galopa, los polvos parecen moverse al unísono de los movimientos de don Juan Manuel.
Miró mira, nada ve.
Don Juan Manuel apura su flete, que es de superior calidad, los polvos se apuran también.
Don Juan Manuel vuela, los polvos huyen, envolviendo a un jinete, que arrastra algo.
Don Juan Manuel, con su ojo experto, ayudado por la malicia gauchesca, tuvo la visión de lo que era la nubecilla de polvo aquella, que le había hecho interrumpir la conversación: "un cuatrero", se dijo y no titubeó.
Con efecto, un gaucho había pasado cerca de una majada, y sin detenerse había enlazado un capón, y lo arrastraba, robándolo.
El gaucho vio desprenderse un jinete de las casas. Lo reconoció, se apuró. "Don Juan Manuel, se dijo: ¡Caray!"
De ahí la escena.
Don Juan Manuel castiga su caballo.
El gaucho entonces suelta el capón con lazo y todo, comprendiendo que, a pesar de la delantera que llevaba, no podía escaparse, por bien montado que fuera, si no largaba la presa.
Aquí ya están casi encima el uno del otro. El gaucho mira para atrás, y rebenquea su pingo, a medida que don Juan Manuel apura el suyo, y corta el campo, en diversas direcciones, con la esperanza de que se le aplaste el caballo a don Juan Manuel.
Entran ambos en un vizcacheral. Primero, el gaucho, después, don Juan Manuel, pero el obstáculo hace que don Juan Manuel pueda acercársele al gaucho.
Rueda éste, el caballo lo tapa.
Rueda don Juan Manuel, sale parado con la rienda en la mano izquierda, y con la derecha lo alcanza al gaucho, lo toma de una oreja, lo levanta y le dice: Vea, paisano, para ser buen cuatrero, es necesario ser buen gaucho y tener buen pingo.
Y, montando, hace que el gaucho monte en ancas de su caballo, y se lo lleva, dejándolo a pie, por decirlo así, porque la rodada había sido tan feroz, que el caballo del gaucho no se podía mover.
La fuerza respeta a la fuerza: el cuatrero estaba dominado y no podía ocurrírsele, en ancas del caballo de don Juan Manuel, sino admirarlo, y de la admiración al miedo no hay más que un paso. Don Juan Manuel volvió a las casas con su gaucho, sin que Miró, por más que mirara, hubiera visto cosa alguna discernible.
Apéese, amigo, le dijo al gaucho, y en seguida se apeó él, llamando a un negrito que tenía.
El negrito vino, le habló al oído, y dirigiéndose en seguida al gaucho le dijo: Vaya con ese hombre, amigo.

Luego volvió al señor Miró, y sin decir una palabra, respecto de lo que acababa de suceder, lo invitó a tornar el hilo de la conversación interrumpida, diciéndole: Bueno, usted decía.
Salieron al rato a dar una vuelta, por una especie de jardín, y el señor Miró vio un hombre en cuatro estacas.
Notado por don Juan Manuel, le dijo sonriéndose. Es el paisano ése.
Siguieron andando, conversando. La puesta del sol se acercaba, el señor Miró sintió unos como palos, aplicados en cosa blanda, algo parecido al ruido que produce un colchón enjuto sacudido por una varilla, y miró en esa dirección.
Don Juan Manuel le dijo, entonces, volviéndose a sonreír, haciendo con la mano derecha ese movimiento de un lado a otro con la palma para arriba, que no dejaba duda: Es al paisano ése.
Un momento después se presentó el negrito y, dirigiéndose a su patrón, le dijo: Ya está, mi amo. ¿Cuántos?
Cincuenta, señor.
Bueno, amigo don Mariano, vamos a comer.
El sol se perdía en el horizonte, iluminado por un resplandor rojizo, y habría sido menester ser cuasi adivino para sospechar que aquel hombre, que se hacía justicia por su propia mano, sería en un porvenir, no muy lejano, señor de vidas, famas, y haciendas, y que en esa obra de predominio serían sus principales instrumentos algunos de los mismos azotados por él.
Don Juan Manuel le habló al oído otra vez al negrito, que partió, y tras de él, muy lentamente, haciendo algunos rodeos, ambos huéspedes.
Llegan a las casas y entran en la pieza que servía de comedor. Ya era oscuro.
En el centro había una mesita con mantel limpio de lienzo y tres cubiertos, todo bien pulido.
El señor Miró pensó ¿Quién será el otro?
No preguntó nada.
Se sentaron, y cuando don Juan Manuel empezaba a servir el caldo de una sopera de hoja de lata, le dijo al negrito que había vuelto ya.
Tráigalo, amigo.
Miró no entendió.
A los pocos instantes entraba, todo entumido, el gaucho de la rodada.
Siéntese, paisano, le dijo don Juan Manuel, endilgándole la otra silla.
El gaucho hizo uno de esos movimientos que revelan cortedad, pero don Juan Manuel lo ayudó a salir del paso, repitiéndole: Siéntese nomás, paisano, siéntese y coma. El gaucho obedeció y, entre bocado y bocado, hablaron así: ¿Cómo se llama, amigo?
Fulano de tal.
Y ¿Dígame, es casado o soltero? ¿O tiene hembra?
No señor, dijo sonriéndose el guaso ¡Si soy casado!
Vea, hombre, y ¿Tiene muchos hijos?
Cinco, señor.
Y ¿Qué tal moza es su mujer?

A mí me parece muy regular, señor.
¿Y usted es pobre?
¡Eh! Señor, los pobres somos pobres siempre.
Y ¿En qué trabaja?
En lo que cae, señor.
Pero también es cuatrero, ¿No?
El gaucho se puso todo colorado y contestó: ¡Ah! Señor, cuando uno tiene mucha familia suele andar medio apurado.
Dígame, amigo ¿No quiere que seamos compadres? ¿No está preñada su mujer?
El gaucho no contestó.
Don Juan Manuel prosiguió: Vea, paisano, yo quiero ser padrino del primer hijo suyo, pero suyo, que tenga su mujer, y le voy a dar unas vacas y unas ovejas, y una manada y una tropilla, y un lugar, por ahí, en mi campo, y usted va a hacer un rancho, y vamos a ser socios a medias. ¿Qué le parece? Como usted diga, señor.
Y don Juan Manuel, dirigiéndose al señor Miró, le dijo: Bueno, amigo don Mariano, usted es testigo del trato ¿Eh?
Y luego, dirigiéndose al gaucho, agregó: Pero aquí hay que andar derecho ¿No?
Sí, señor.
La comida tocaba a su término. Don Juan Manuel, dirigiéndose al negrito, y mirándolo al gaucho, prosiguió: Vaya, amigo, descanse, que se acomode este hombre en la barraca, y si está muy lastimado que le pongan salmuera. Mañana hablaremos, pero tempranito, vaya y vea si campea ese matungo, para que no pierda sus pilchas y degüéllelo, que eso no sirve sino para el cuero, y estaquéelo bien, así como estuvo usted por zonzo y mal gaucho.
Y el paisano salió.
Y don Mariano Miró, encontrando aquella escena del terruño, propia de los fueros de un señor feudal de horca y cuchilla, muy natural, muy argentina, muy americana, nada vio.
Si hubiera visto, cuando volvió a Buenos Aires, habría quizá murmurado al oído alguna confidencia, como una amonestación: Hay actos que son un pródromo.
Y si, lector dijerdes ser comento, como me lo contaron te lo cuento. Un párrafo más, y concluyo.
El cuatrero fue compadre de don Juan Manuel, su socio, su amigo, su servidor devoto, un federal en regla.
Llegó a ser rico y jefe de graduación. Sus hijos y sus hijas se casaron, se mezclaron bien, se refinaron, se educaron, se ilustraron, échense ustedes por la pista.
Por ahí andan, y gozando de no poca consideración social.
"No hay mal que por bien no venga", y queda una vez más probada la eficacia de la frase bíblica: "No le escasees al muchacho los azotes, que la vara con que le dieres no ha de matarlo."

Yo tengo para mí que al cuatrero lo que más bien le hizo, no fue el compadrazgo ni la habilitación, sino los cincuenta, pero creo que, en estos casos, es mejor recurrir a la justicia del alcalde.
¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas! ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!
Ahora tenemos Constitución y leyes: nacer, vivir, crecer, desenvolverse, entrar, salir, "morirse" cuando a uno se le antoja, son "derechos", que a nadie se le pasa por la imaginación poner en duda, y espero que no tendremos, en ningún tiempo, que volver a recordar el dicho de Voltaire: un des plus grands malheurs des honnêtes gens, c'est qu'ils sont des lâches.
¿O creen ustedes que en tiempo de Rozas no había también mucha gente honrada?

Nuestros grandes conversadores

Al Exmo. señor doctor don Miguel Juárez Celman

Tesis: En boca cerrada no entran moscas.
Antítesis: - In boca chiusa non cade pera.

Hay reglas infalibles o casi infalibles, si les parece a ustedes mejor, para juzgar infinidad de cosas y resolver multitud de problemas.
El mundo marcha y la ciencia progresa.
No hay reglas seguras, sin embargo, cuando se trata de juzgar y apreciar este ser tan complejo, tan complicado, tan ondulante, no tanto como la mujer, llamado hombre. Los que sobre él dan en bola sólo aciertan por chiripa.
Padecemos de "saber", como antes padecíamos de "ignorancia", y son tantos ya los sabios sobre todas las cosas habidas y por haber, que los mismos maestros que los enseñaron se suelen quedar atónitos, oyéndolos discurrir. La ciencia es la enfermedad del siglo, y hay que aceptarla como una purificación. Pero eso sí, elegid bien el crisol, no sea que el personaje de Shakespeare tuviera razón, hace ya tres siglos, cuando le decía a su librero: "Quiero que estén bien empastados y que hablen de amor".
Algunos piensan que los que hablan poco, valen más que los que hablan mucho.
El silencio tiene sus apologistas, y la palabra también. En todo es lo mismo. Los polos del mundo moral son la contradicción.
Sería capítulo interminable, coleccionar, nada más que en forma aforística, lo que se ha escrito en pro y en contra de esta máxima: el silencio es oro, la palabra, plata.
Yo digo que todo depende del que habla y del que se calla, y en tesis general, lo único que afirmo es que el silencio es una concentración y la palabra una expansión.

Agregaré, nada más que en nombre de mi observación personal, que los que hablan tienen, por lo común, mejor carácter que los que callan, aunque suelan ser menos discretos.

Yo he conocido a muchos de nuestros grandes conversadores, de otros he oído hablar y, con raras excepciones, todos ellos tenían buen carácter o hacían lo posible por dulcificar lo hirsuto de su naturaleza.

Y para que nos entendamos, antes de continuar les diré a ustedes que yo empleo la palabra carácter , como la emplean los moralistas, y no como la define el Diccionario, porque este vademecum de la gente necesitada, suele dejarlo a uno más a oscuras cuando se le consulta que cuando no se le manosea.

Y hecha esta necesaria prevención, vamos adelante, sin más requilorios.

He conocido a don Domingo de Oro y a don Facundo Zuviría, a don Fenelón Zuviría, y a don Juan Francisco Seguí, a don Manuel Lucero y a don Miguel Otero, a don Juan Cruz Ocampo y a don Elías Bedoya, a don Pedro de Angelis y a don Dalmacio Vélez Sarsfield, al general Guido y al general Mansilla (Mi padre), a don Salvador M. del Carril y a don Eduardo Lahitte, a don Mariano Fragueiro y a don Juan M. Gutiérrez, a don Juan Carlos Gómez y a don Justiniano Posse, a don Nabor Córdoba y a don Daniel Aráoz, a don Domingo F. Sarmiento y a don Nicolás Avellaneda y a muchísimos otros que han dejado de existir, o que viven, como don Andrés Lamas y don Nicanor Alvarellos, don Carlos Guido y Spano y don Luis V. Varela, don Eduardo Wilde y don Aristóbulo del Valle, don José Posse y don José Manuel Estrada, don Federico de la Barra y don Nicolás Calvo, don Pedro Goyena y don Miguel Juárez Celman, todos ellos prototipos de conversadores amenos, o causeurs, de índole diversa, más o menos agradables, más o menos instruidos, más o menos monótonos, más o menos interesantes, según la veta o el viento reinante, ya anecdóticos o personales, ora irónicos o impersonales, ya decidores sin malicia, ya haciendo práctico el proverbio: "El que te canta la copla, ése te la sopla."

De todos los nombrados, el más extraordinario era don Manuel Lucero, rector que fue de la Universidad de Córdoba.

Si a ustedes no les molesta, yo les contaré un día de éstos, prolijamente, algo que a mí me pasó con él. Hoy por hoy, me limitaré a decirles que era un hombre amabilísimo, dulcísimo, instruidísimo, y que una vez fue de visita a mi casa, en Córdoba, a las diez de la mañana, que se apoderó de mi mujer propia, yo me le escapé, y que no la abandonó, conversándole siempre en casa y en la calle, porque hasta salieron a pasear juntos, sino dando las cuatro de la mañana.

Yo volví, después de haber andado huyendo de don Manuel, al hogar invadido por la palabra incesante, y entré en él clandestinamente, a medianoche, encerrándome herméticamente, y me negué a prestarle mano fuerte a mi carísima esposa, la cual me enviaba emisario tras emisario, a decirme: ¡Que ella ya no podía quitárselo de encima a don Manuel!

Vamos, pues, a los dos personajes o conversadores, a cuya grata memoria consagro estas líneas: son don Domingo de Oro y don Facundo Zuviría, salteño el uno, sanjuanino el otro, y a cual de ellos más respetable y respetado, siendo, no obstante, como eran, tesis y antítesis, moral e intelectualmente. Don Facundo creía en José de Maistre, don Domingo, en Montaigne, don Facundo era personal y pontificaba al hablar, don Domingo era impersonal y sugestivo, cuando daba rienda suelta a su verbe amena.

De él podría decirse lo que nunca se dirá de Sarmiento el crítico: que fue siempre sincero y sustancial, que eliminaba el yo con cierta coquetería amable para su interlocutor, haciéndose así más encantador. Hay algo de esto en Pedro Goyena, así como en Juárez Celman, que tiene otro estilo, que podrá repetir la anécdota, pero que rara vez se repite a sí mismo.

Don Facundo era doctrinario y se parecía físicamente a Guizot, y vestía con la rígida corrección de éste, y era alto y cartilaginoso, como éste, menos protestante. Don Domingo era escéptico, vestía sencillamente, con suma pulcritud, presumía con las manos, que tenía hermosas, y se parecía a Gladstone, siendo trigueño.

Debían, como se colige, estos dos hombres, que, por otra parte, eran amigos y se querían, vivir como el perro y el gato, en cuanto entraran en el dominio de las ideas y de las apreciaciones.

Los dos habían sido emigrados y, como la mayor parte de los emigrados célebres, habían ido a parar a Bolivia, y de allí, adonde el viento de la fortuna los llevara. Pero en Bolivia fue donde don Facundo y don Domingo se conocieron y se trataron.

Los años corrieron, a Rozas se lo llevó la trampa, la República medio se organizó, creándose el gobierno del Paraná, y allí se dieron cita, por diversos motivos, gentes de todo pelaje, insignificantes los unos, importantes los otros.

Don Facundo llegó y se instaló en una casa particular, amueblada. En seguida llegó don Domingo y se fue al "Hotel de París".

Cada cual iba por algo. Yo sé por qué. No hace al caso. Eran honestos los motivos, y esto basta.

Don Facundo había llegado primero.

Don Domingo se dice: iré a visitarlo a Zuviría, no quiero hacer ceremonias con él. Y va.

Llega, don Facundo tenía ya la palabra, no podía dejar de tenerla, y una rueda de visitas lo escuchaba, con extrema atención, aparente o real.

Don Facundo y don Domingo no se veían hacía bastantes años.

Don Domingo entra, saluda, don Facundo no se interrumpe, absorto en sí mismo, empero, con un ademán, le insinúa que tome asiento en la rueda, y con el gesto le dice: escuchad.

Nadie se atreve a moverse ni a chistar, están como en misa.

Don Domingo se sienta, resignado de antemano.

Y, oyendo la caída incesante de aquella cascada de palabras, apenas turbadas por la sucesiva y silenciosa retirada de los circunstantes, tratando, cual más

cual menos, de hacer el menor ruido posible, se aguanta cuatro mortales horas, por último, se retira también, abrumado hasta por el peso de su propio silencio. Maquinalmente llega al hotel, entra en su cuarto, se saca el sombrero, coloca el bastón en un rincón, se quita la levita, y se dispone a pedirle al sueño reparador un poco de tranquilidad para sus nervios alterados. ¡Imposible!

Se apresta de nuevo a salir, reflexiona. Cambia de ideas. Vuelve a reflexionar. Lucha. Sale por fin, meditando una venganza ejemplar.

Se desliza como un fantasma por las mal alumbradas calles del Paraná. Tremendos pensamientos agitan su alma inofensiva. ¡Para cuándo son tus rayos, Júpiter! Murmura en su soliloquio.

Era invierno, y ya cerca de la una de la mañana.

Llega a las ventanas de don Facundo. Golpea con estrépito.

¿Quién es? Gritan de la pieza contigua a la sala, que era el aposento de don Facundo.

¡Yo soy! ¡Abra usted pronto!

Don Facundo reconoce la voz de don Domingo.

¡Oro! Se dice, y como tenía mucha imaginación, asocia, instantáneamente, recuerdos y conjeturas, y como don Domingo no había sido partidario de Urquiza en las épocas bárbaras de Entre Ríos, sino todo lo contrario, piensa que su amigo corre algún riesgo, y se tira de la cama y va a la ventana y vuelve a preguntar: ¡Qué hay!

¡Pronto! ¡Pronto! Abra usted y hablemos bajo, pues sumido en hondo silencio, yace todo cual la muerte.

Y don Facundo va tiritando a la puerta de calle, y abre, todo azorado, y don Domingo entra. Acuéstese usted, amigo, no vaya usted a resfriarse, le dice, conversaremos mucho mejor estando usted en la cama.

A don Facundo se le saltaban los ojos de las órbitas.

Se mete en la cama.

Don Domingo se sienta a la cabecera.

Don Facundo lo interroga con la mirada, su emoción es tan grande, como su curiosidad.

Don Domingo se acomoda en la silla, compone la voz, y empieza así: "Cuando Cristóbal Colón recorría, en el siglo XV, las cortes europeas, mendigando auxilios para demostrar que el planeta que habitamos es redondo, en forma de naranja, y que debía haber ignotas tierras, un vastísimo continente al occidente del Viejo Mundo, sin aquellos nobles monarcas españoles Fernando e Isabel, que venden, según cuentan, hasta sus joyas, quién sabe qué fuera de los destinos de América ahora. ¡Qué epopeya tan grandiosa aquélla!

Para contarla, se necesita un bardo como Homero.

Hernán Cortés en México, Pizarro en el Perú, Valdivia en Chile, son dignos de otra Ilíada.

Y viniendo al Río de la Plata, y a Solís y a Magallanes, que descubrió lo que el otro no pudo descubrir, sin que el sic vos non vobis se cumpliera, como sucedió

con el insigne genovés y Américo Vespucio, y a Carlos V y a Sebastián Gaboto, y don Pedro de Mendoza, y al cuarto adelantado, don Juan de Garay, cuya sangre derramada estérilmente perturba el orden en todas estas comarcas, hasta que llega a ellos, de Chuquisaca, el Oidor y Adelantado Vera y Aragón.
Y echando una mirada retrospectiva a las disputas y reyertas, a mano armada, entre portugueses y españoles, y al Gobierno de Carlos III, y a los jesuitas y a su Gobierno teocrático en Misiones, y su resistencia a dicho monarca, y a la supresión de la famosa orden y a lo que se llamó el Virreinato del Río de la Plata, y a Zeballos, y a Vértiz, y a Loreto, y a Arredondo, y a Melo y Avilés, y a Sobremonte, y a la invasión de los ingleses, y a la defensa de Buenos Aires y a Liniers, y a Cisneros, y por fin, viendo brillar la aurora boreal de la Revolución de Mayo."
Aquí, don Domingo de Oro tuvo necesidad de tomar aliento, y don Facundo Zuviría, aprovechando la coyuntura y poniendo una cara angustiosa, preguntó, después de dos horas de no interrumpido silencio, sólo comparables a un suplicio: ¡Y cuándo se acaba la introducción!
Y qué ¿Le parece a usted larga?
¡Pero hombre, hace dos horas que habla usted, sin cesar! Me tiene usted agitadísimo, al pensar en los peligros que corre cerca de "este hombre", que tanto combatió usted.
Pues, amigo, si a usted le parecen mucho dos horas de conversación mía, sobre cosas de otros ¿Qué efecto no me habrán producido a mí las cuatro horas de conversación de usted esta noche, sobre cosas exclusivamente suyas?
¿Y nada más que para eso ha venido usted?
Don Domingo le miró, como diciéndole: Y qué, ¿No cree usted que merece mis represalias, cuando después de tantos años de no vernos, no se interrumpe usted, siquiera para darme la mano y preguntarme cómo estoy, cómo me va?
Don Facundo exclamó: ¡Querido Oro, tiene usted razón, vengan aquí esos cinco, y váyase usted al diablo!
Cuando don Domingo de Oro volvía a su hotel, las calles del Paraná estaban mejor alumbradas que al salir. Era la hora del crepúsculo. Se acostó, y durmió el sueño del justo, mecido por el galli cantus . Al día siguiente, Zuviría y Oro contaban, a carcajadas, la noche toledana que ambos habían pasado.

Gato por liebre

Al señor don Enrique Sundblad

Todo hombre, siendo consumidor, debe ser productor.

Todos los que han viajado con algún provecho, habrán observado un caso muy curioso: la ignorancia de algunas personas, casi siempre educadas o altamente

colocadas, respecto de las producciones, recursos, curiosidades y maravillas de su propio país.

No sé en qué categoría de los seres pensantes colocar ese grupo de originales. Si me viera forzado a ello, aprieto en que no estoy, no sé cómo saldría del paso. Se me ocurre, sin embargo, que los compararía a los que pertenecen a la escuela que ve en el Estado el Deus ex machina, encargado de proveer a todo, hasta de calor, en invierno, y de frío, en verano.

Yo he conocido, en Inglaterra, uno de estos tipos singulares. Llamábase Bordenave: era hijo de un emigrado del tiempo de la Revolución francesa, hombre de fortuna, que le dejó un buen patrimonio. Así pues, Bordenave vivía de su renta, cantando como la cigarra: Sin hacer provisiones allá para el invierno.

Alegre, contento, feliz, tenía muy buen estómago, nada se le indigestaba, sus intestinos funcionaban como un mecanismo automático de acero. El veía salir y ponerse el sol, cambiar las estaciones, desenvolverse los acontecimientos, aplicar el vapor, la electricidad, la ciencia dominándolo todo, abrirse e inaugurarse con atracción universal la primera Exposición de Londres, y todo esto no lo ocupaba ni lo preocupaba ni se le daba de ello un comino, y lo que es más todavía, ni siquiera despertaba su curiosidad. Bordenave no conocía ni la Exposición, ni el túnel del Támesis, ni la Torre de Londres, ni el Museo Británico, ni San Pablo, ni la Casa de Moneda, nada, nada de esto. Pero Bordenave tenía mucho chic, llevaba siempre la mano en el bolsillo, haciendo sonar algunas libras esterlinas, se dandinaba por Oxford Street, como un favorecido de la fortuna, contento de sí mismo, sin pensar en virtud de qué leyes recónditas, no haciendo él absolutamente nada, su renta crecía, porque subían los alquileres de las fincas que le dejara su buen padre, y eso sí, fallaría primero el sol en su carrera, que Bordenave en ir a hacer al Club su partida moderada de bésigue después del teatro, y de comerse una entrecôte, antes de retirarse a su apartamiento de Brook Square, solo siempre, porque era un hombre metódico con sus matices de misantropía.

Bordenave, ya que estamos, por decirlo así, en el vestíbulo de su casa, ustedes pueden leer si quieren en la "introducción", no recibía damas , empleando este sustantivo en su más alta acepción, sino por la mañana. Al efecto, no le faltaba ingenio, había pasado una circular al demi-monde que decía, más o menos así: "Vivo en garçon, almuerzo de 12 y media a 1, y enfrente de mi asiento, hay siempre otro desocupado, con una libra esterlina, una sola, debajo del plato."

La casa de Bordenave era todos los días una romería, y su valet de chambre despedía ces dames, con esta fórmula sacramental: "Madame, la place est occupée."

¿A qué mayores comentarios?

Pero donde no cabe el comentario, cabe la reflexión, y así, arrastrando la frase, vamos llegando a donde quería. Lo diré de rondón, a que en Buenos Aires hay muchos Bordenaves.

Estos felices mortales habrán leído ¿Y cómo no? No puede haber fallado, porque son lectores asiduos de diario, al menos de la crónica, sobre todo si es ésta escandalosa, habrán leído, repito, los otros días, una invitación referente al "Museo de Productos Argentinos", y al llegar aquí habrán saltado, como por sobre ascuas, el suelto, diciéndose sólo al leer el título horrible visu, y "¿A mí qué se me da de semejante fiesta? Que vayan otros a aburrirse allá".

¡Ah! Señores, así va el mundo, y en esta conquista de la civilización y del progreso, la obra y la gloria es anónima, y es de los chicos, no es de los grandes.

A estos Bordenaves les pasa con el arado, ellos no tienen más idea que la del arado viejo del tiempo de Faraón, lo que a ciertos militares con el fusil de repetición: éste debe estar en los museos, como curiosidad, y el otro es el único bueno.

Confieso que, reflexionando sobre estos fenómenos sociales, no son argentinos sino mundiales, tengo envidia de esos conservadores de antaño, cuya renta aumenta, por su propia virtud, porque ellos ¿Qué saben de ciertas fórmulas? Decidles, por ejemplo, que la Higiene es parte principal de la Economía política, porque nada es más caro que las enfermedades, excepto la muerte, y como ellos están sanos, gozando de la mejor salud, que para el lector deseo ¿Qué se les da de ciertos problemas, ni qué se les importa de ciertas preocupaciones?: el valor de la tierra aumenta, los alquileres suben, las vacas y las ovejas paren, los roben o no sus administradores, ellos tienen siempre lo suficiente.

Un día se escandalizarán, sin embargo, de que un tal o un cual cuyo nombre acabe en ini, en assa o en quist, sea potentado, y ellos apenas rentistas, y se lo achacarán todo a la suerte, y no es que no la tengan, pero es que ignoran lo que son las leyes del trabajo y que han padecido de una especie de corea moral, que es esa enfermedad que consiste en girar alrededor de un mismo círculo, mientras tanto que, no siendo tontos, otro gallo les cantara si, haciendo un paréntesis a la enervante monotonía de sus ocupaciones predilectas, se tomaran la molestia de ir, por de pronto, a visitar el "Museo de Productos Argentinos", donde está a la vista, y hay cicerones inteligentísimos que lo explican, como Juan A. Alsina, todo cuanto produce y elabora e imita y copia ya, con asombro de propios y extraños, esta, en otro tiempo no muy lejano, tierra clásica de la haraganería y de los gobiernos personales, puede leerse "caudillejos y tiranos".

Las instituciones fundamentales y algunas leyes reglamentarias, no siempre bien calculadas, la libertad en suma ¡Viva la libertad! Que hay que defender hasta con perros, como a la república de San Marino, es la que nos ha dado eso.

¿Eso? ¿Y qué es eso?

¡Ah! Son infinidad de cosas, que los Bordenaves ignoran que tenemos.

El catálogo con sus notas y explicaciones no cabe dentro de todo este número del Sud América, compaginado con letra microscópica. Baste decirles a ustedes que, desde las comarcas rayanas con Bolivia y el Brasil, hasta los últimos

límites de la gran Provincia de Buenos Aires, y desde donde los Andes casi tocan al cielo hasta donde se abrevan los ganados, en las costas del Uruguay, tenemos todo, todo cuanto las tres zonas del mundo pueden producir, e industrias novísimas, e inesperadas confecciones, que rivalizan con las similares de otros países y del otro hemisferio.

¿Conque ustedes estaban creyendo que casi todas las frazadas de pura lana que les venden los franceses y los ingleses, en sus tiendas, vienen de Francia y de Inglaterra?

¡Inocentes Bordenaves!

Pues han de saber ustedes que las que vienen de Francia y de Inglaterra, tienen algodón, y que las únicas veras son las criollas.

El gato por liebre es el que nos mandan de allá.

El guiso de liebre que se sirve acá es de liebre y no liebre como la que Miguel de los Santos Alvarez y Santiago Arcos, le hicieron comer al conde Delurde, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de S. M. Luis Felipe, rey de los franceses, anécdota, cuento o causerie, que uno de estos días leerán ustedes.

¿Conque ustedes estaban creyendo que muchos adornos de terra cotta que les venden como maravillas europeas, son hechos del otro lado del charco?

¡Inocentes Bordenaves!

Pues han de saber, ustedes, que la mayor parte son hechos en Córdoba.

¡Tan luego en Córdoba! Esto es un colmo.

¿Conque ustedes estaban creyendo que todo el paño con que se visten es francés o alemán, que es el peor de los paños, así como el mejor es el catalán?

¡Inocentes Bordenaves!

Pues han de saber, ustedes, que es criollo, y fabricado por un industrial de apellido catalán.

¿Conque ustedes estaban creyendo que las conservas alimenticias, con que se chupan los dedos, son todas de extracción europea?

¡Inocentes Bordenaves!

Pues han de saber, ustedes, que son inofensivos batitús, cazados por europeos, confeccionados por europeos, en el camino de Palermo, no más, y vendidos por europeos, que se ríen de nosotros, pues, en sus confidencias íntimas, nos llaman "ces indiens".

Los ingleses nos llaman "the natives", los naturales o aborígenes, por otra parte, gentes muy estimables, como que, con el sudor de nuestro rostro, pagamos los dividendos que perciben en Europa los Baring, los Murriera, ed altri.

¿Conque ustedes estaban creyendo, y aquí voy a englobar, porque si no, no acabaría en una semana, que toda la cristalería, todos los vinos, todas las cervezas, todos los licores, todas las pastas, etc. que les venden las tiendas con letreros cubitales "A la ciudad de Londres" (Éste es un ejemplo, no más) vienen de por allá?

¡Inocentes Bordenaves!

Pues han de saber ustedes que muchísimo de eso es producido, preparado y confeccionado en Mendoza, en Santa Fe y en Buenos Aires.
Pero entonces, estamos en Jauja.
Zitto, zitto, piano, piano, non faciamo confusione.
Incuestionablemente, la Providencia nos ha dado mucho, el patriotismo nos ha dado algo, los gobiernos ilustrados, lo que ustedes quieran, la iniciativa individual, el esfuerzo colectivo, lo que se está viendo.
Pero hay que pensar que en esta lucha individual por la existencia, entre hombres y pueblos, la conquista definitiva es del saber y de la ciencia, y que tenemos que ser previsores y que anticiparnos a las dificultades, que no tardarán en sobrevenir.
Me explicaré: el suelo es rico, el clima admirable, la gente no es mala, la selección se hace bastante bien, al menos yo veo por las calles unas mujeres mezcladas, como para hacerle perder la cabeza al hombre más cuerdo, morenas con ojos azules y cabellos de ébano ¿Han visto ustedes cosa más estupenda? ¡Ah! Sí, pero es que hay algo muy esencial sobre lo que debo llamar la atención de ustedes.
Leedme bien: si porque tenemos todo eso, que lo teníamos en pródromo, en germen, desde que los conquistadores llegando al Río de la Plata exclamaron: Monte vide eu, de donde se formó Montevideo, nos enfatuamos y nos creemos ya O terror do mundo en materia de producción y de industria, nos podemos dar un chasco soberano.
Puede pasarnos lo que a Bordenave, que un día no obstante su self government de conducta, jugó lo que tenía y lo que no tenía, es decir, que descontó el porvenir y que como no tenía potencia de adquisitividad ni preparación para el trabajo, siendo un caballero, liquidó todas sus deudas, pegándose un balazo.
Las naciones no se suicidan, pero se arruinan y quiebran, como España que dominó al mundo, y que, no obstante los esfuerzos de Carlos III, cayó en decadencia.
Quiere decir entonces que hay un punto capital descuidado, que es necesario atender. Me resumiré en dos palabras: la instrucción profesional . Formamos abogados, médicos, ingenieros, institutrices (Y no son tantos los Bordenaves). Tenemos, pues, que formar gente que sepa, sabiamente, la relación que existe, hasta hacerla tocar con el dedo, entre la riqueza del suelo natural o adquirida y sus rendimientos: ése es el gran problema económico del porvenir, y cuando he dicho "económico", he dicho todo, porque así como Donoso Cortés decía, alguna vez, de su punto de vista, y de su punto de vista tenía razón: "Si todo se explica en Dios y por Dios, y la Teología es la ciencia de Dios, la Teología es la ciencia de todo, nosotros, hombres de esta estructura moderna, fermento del americanismo, combinado con el europeísmo tenemos que convencernos, hoy día, en que ya nadie es señor de vidas, famas y haciendas, en esta tierra, de que nacer, vivir, crecer, enriquecerse y gravitar en los destinos de la humanidad, no es un problema de política pura, sino un problema de "Economía política", que es la ciencia de las ciencias, porque es la ciencia

cósmica, por excelencia, o sea la ciencia del hombre en sus relaciones con la Naturaleza y con el Creador.
¿A dónde iría a parar, si siguiera desenvolviendo este tema?
Sean ustedes mismos jueces y convendrán conmigo en que, dada la índole de estas plumadas, lo que se impone es concluir.
Concluyo, pues.
En el mamotreto, que me dieron el otro día, ahí, en la calle del Perú, número 272, se lee:

PRIMER CATÁLOGO DEL MUSEO DE PRODUCTOS ARGENTINOS
***
PUBLICACIÓN OFICIAL
***
Comisión Directiva

Enrique Sundblad, Presidente.
José T. Herrera, Vicepresidente * Juan A. Alsina, Tesorero.
Vocales: Eduardo Olivera, Manuel Anasagasti,
Ricardo Newton, Gregorio Berdier.

No sé, lo digo con toda ingenuidad, por más que sea legislador, cuando me vienen a cobrar los impuestos, que yo mismo he votado, me parecen muy caros, no sé, vuelvo a decir, quién tuvo la idea de este Museo. Sea quien sea, ha merecido bien de la patria y lo merece tanto más cuanto que en este pícaro mundo la cuestión no consiste en tener una idea, todos ustedes tienen ideas. La gran dificultad consiste en realizarlas, y éstas no se traducen nunca en hechos prácticos, sino cuando el vehículo que se elige, para hacerlas caminar, es el que cuadra.
Esta vez se ha resuelto la cuadratura, nombrando acertadamente la Comisión que dirige el Museo. ¡Honor a ellos!
Bordenave no milita entre sus filas, y yo, que, como aquel malogrado amigo, vivía en babia, tengo que hacerles a ustedes una confidencia.
Mi manía son las confidencias, excepto cuando se trata de mujeres. A este respecto, salvo error u omisión, soy como una tumba, y estoy seguro de callar todo lo que se refiere a una dama, siquiera se trate de las infidelidades de su marido.
La confidencia es ésta. Se me figuró que era un deber ir al Museo, y fui. Los deberes son siempre difíciles de cumplir.
Cuando se retiraba el señor Presidente de la República, me quise escurrir, cuanto antes, como los que van a los funerales a última hora. Pero me apañó Juan A. Alsina, y ¿Saben ustedes cuáles han sido las consecuencias?
Que a él le debo que me hayan iniciado en lo que llamaremos los misterios de la grandeza futura de la patria. [19]

Vayan ustedes al Museo: todos los empleados son competentísimos y amabilísimos, y si hay alguno que, después de una hora de visitarlo, no salga de allí convencido como San Pablo, de que es necesario ser rico, porque si riqueza no es felicidad, es un modo muy seguro de entrar en la senda apetecida, como yo mismo lo he dicho en unas Máximas que ustedes no han leído, lo declaro un Bordenave, es decir, un candidato para el suicidio.
En la calle del Perú, número 272, reza la dirección.
¿Saben ustedes lo que es esto?
La antigua Legislatura de Buenos Aires.
Allí, ya no se leen los mensajes extravagantes del déspota, cuya lectura dura ocho días, no se pronuncian discursos patrióticos, poniendo en sus manos falibles la suma del poder público, no vibra la palabra veraz, pero irritante, como es siempre la verdad, de Vicente Fidel López, no estalla en imprecaciones irónicas la verbe del Talleyrand argentino, en política, don Dalmacio Vélez Sarsfield, no resuena la elocuencia tribunalicia de don Bartolomé Mitre, Portela no hace oír su palabra austera, don Valentín Alsina, el orador circunspecto, no contrasta con la jocosidad elocuente de Sarmiento, ni Rawson ni Avellaneda, príncipes de la palabra, nos encantan con su dicción meliflua pero incisiva, las sombras de estos prohombres vagan, empero, todavía para el visitante, que sabe ver por aquel recinto estrecho para tanta humanidad, y mucho de lo que ellos soñaron y vaticinaron está ahí hablando, como hablan de Grecia y de Roma, un busto de Pericles o una estatua de Cicerón, en una galería de antigüedades del Vaticano.
Yo no sé (Sí sé, pero no quiero averiguarlo) cuáles fueron los errores o las concepciones de esos hombres eminentes, estoy no obstante convencido de esta verdad, y lo declaro, pese a quien pese, porque no hay mal que por bien no venga: que tiranos y libertadores, que hombres de carácter o sin carácter, en cuya mente hubo una chispa de genio, fueron todos precursores de este Museo.
Los únicos seres, a mi juicio, perjudiciales, que no han tomado parte en él, son los Bordenaves. ¡Pobre amigo! Me divertí mucho contigo, pero ¡Eras un inútil! Ni supiste agregar algo a la fortuna común, ni pensaste un momento, en tu vida, que la riqueza, según el aforismo del sabio, yace en las aplicaciones del espíritu a la naturaleza, y que el arte de hacerse rico consiste, no en las industrias, mucho menos en la economía, sino en un orden de ideas superiores, en el buen empleo del tiempo y en andar siempre por el recto camino.

El sigú

Al señor doctor don Nicolás Avellaneda

Hay entre la Rioja y Chilecito una cadena de montañas que corre de norte a sur, o, lo que es lo mismo, un ramal de los Andes que divide a los Llanos, teatro de las proezas de Quiroga, del valle de Famatina.

Salvo los riojanos, son muy pocos los argentinos que conocen este coloso.

Apelo al testimonio concienzudo de los que estas letras vieren, y prosigo.

Viniendo de Chilecito para la Rioja, se cruza el valle hasta entrar en una larga quebrada, llena de precipicios, en cuyas laderas vertiginosas la mula tiembla y el jinete se estremece hasta la médula de los huesos.

¡Qué extraña sensación, la del vértigo! ¡Qué fenómeno fisiológico, tan digno de ser estudiado! Vértigo experimentamos, mirando un simple papel, cubierto de rayas o de signos equidistantes, y vértigo experimentamos cuando, hallándonos a cierta altura, nos sentimos, en cierto modo, atraídos de arriba hacia abajo, dominándonos el temor de una caída en el espacio.

Sabemos que el peligro no existe, ya estemos en una balaustrada, en un balcón, en la cornisa o en la ladera de una montaña, y sin embargo nada podemos contra nuestra ansiedad.

El miedo se manifiesta, desde luego, por cierta opresión en la garganta, después la vista se nubla, hay como una retracción general en todo el cuerpo, sudores copiosos inundan la piel y puede sobrevenir un síncope.

Y la sensación del borracho, que ve girar todo a su alrededor, no es más que otra forma del vértigo, alcohólico, y hasta la sensación del estudiante, que apurado por el examinador sobre una cuestión que no conoce, o que la conoce mal, se turba, se confunde y responde a salga lo que saliere, no es más que vértigo.

Esos son nuestros caminos por aquellas regiones, tan pintorescas, tan ricas, como desconocidas y olvidadas, por más que se ponderen nuestros adelantos y nuestra civilización.

La jornada puede hacerse andando con apuro, en un día, sin apurar la marcha se hace generalmente en dos.

Yo salí de Chilecito a mediodía, y como nadie me corría fui a dormir en la aguada, pozo del tigre.

Hay allí abrigo contra los vientos, siempre fríos, pastos para las bestias y leña para el fogón del caminante.

Pasaba esto el año 1877, allá por el mes de mayo y eran mis compañeros de viaje el señor don Timoteo Gordillo, mi ayudante y mis fieles asistentes Macario, Gómez y Rufino.

El pozo del tigre está al pie del cerro, cuyo nombre me sirve de encabezamiento al evocar estos recuerdos.

Antes de amanecer, las mulas estaban listas y, como habían pastado bien, abrevándose hasta la saciedad, parecían ganosas de aprovechar la poética luz crepuscular.

Me puse, pues, en camino, trepando las asperezas de la cuesta, paso a paso, por entre sombras fantásticas, y cuando amanecía llegábamos ya a la meseta, o plateau, del cerro.

No se llega impunemente a la cúspide de la montaña.
Habíamos subido y teníamos que descender, es el orden de las cosas humanas. ¡Ay! de aquellos que se olvidan de que no hay altura, por encumbrada que sea, de la que no se deba caer con más o menos ruido en una hora fatal. ¡Siendo la muerte el último término de todas las grandezas!
¿Pero cómo descender en silencio, sin reflexionar, siquiera, sin abismarse un momento en la contemplación del pasado, o en el espectáculo que nos rodea en ese instante supremo y fugaz de la vida?
No es una pluma lo que yo quisiera tener ahora, una pluma rebelde para trasmitir mis impresiones de aquella mañana inolvidable, sino el pincel de Miguel Angel. ¡Oh! Entonces sí, verías a lo vivo, d'après nature, mi querido Avellaneda, lo que me has pedido que te escriba.
Voy sin embargo a trazar las líneas, dejando el colorido en la paleta de tu rica y poderosa imaginación.
Teníamos por pedestal la cumbre más alta del cerro, y desde allí como Júpiter en el Olimpo, contemplábamos el panorama más imponente que la casualidad puede presentar. Esas escenas no se repiten. La madre naturaleza no se copia jamás. Ella es el artista de los artistas, el más hábil y fecundo de todos.
Al poniente, divisábamos el inmenso valle de Famatina, que se extiende de San Juan a Catamarca, al naciente, los llanos históricos, que corren desde San Luis hasta los confines de Córdoba por el norte, y ambas llanuras estaban cubiertas de densos vapores, semejando dos anchos mares, que se agitan y se encrespan poco a poco. El sol los iluminaba con tintes nacarados, a medida que se alzaba con su majestad triunfal, y allá en el fondo, por decirlo así, del cuadro, se empinaba hasta el cielo el inconmensurable cerro de Famatina, cubierto de nieves eternas, que reflejaban todos los colores del arco iris, en tanto que a mis pies y en el fondo del abismo, hacia la parte por donde debíamos descender, rugía la tempestad, serpenteando los relámpagos y estallando el trueno con fragor.
Las nubes, condensadas sobre el valle y los llanos, se fueron rarificando gradualmente hasta que, por fin, nos hallamos envueltos en finísima lluvia.
Descendíamos.
No nos veíamos a corta distancia, llovía arriba y abajo.
Algunas horas después, aquello había pasado, como un sueño de las mil y una noches, y el coloso quedaba a la espalda.
Al día siguiente, mi amigo Federico de Scherft, que me esperaba en la Rioja, con Mauricio Mayer, quiso ver nacer el sol desde el Sigú.
Marchó. Mas ya lo he dicho: "la madre naturaleza no se copia jamás". Estuvo allí dos días y se volvió, habiendo visto solamente las sombras del panorama, tan pobremente pintado, aquí, por mí. Llovió constantemente.
Ese es el destino: no siempre halla la fortuna el que la busca.
Estoy en viaje para las tierras del porvenir, y esta última reflexión viene, como se dice vulgarmente, a pelo.

No hay que dejarse dominar, empero, por la derrota de otros en la misma empresa o tentativa.
El Sigú convida a los intrépidos viajeros.
Cada salida y puesta del sol allí es una novedad, solemne, grandiosa.

Nota del editor [1889]

En este 2° tomo, y en algunos de los siguientes, verá el lector una que otra Causerie, publicada con anterioridad a la casi generalidad de las que forman esta serie. El autor ha querido intercalarlas, como justo tributo a las personas a quienes iban dedicadas (Que ya no existen) y con quienes les ligaba estrechos vínculos de amistad.
En el próximo volumen saldrá, a guisa de prólogo, una carta del literato doctor Luis V. Varela, emitiendo su juicio sobre el autor y la índole especial de las Causeries.

Notas

1. Modismo inglés que quiere decir encinta.
2. Puede verse en dicho libro la nota del autor y sus asimilaciones con el mío.
3. History of the Mongols, Life of Hengbiz Khan, traducida del chino por Douglas.
4. Ya comprenderá el lector que esto no es más que ironía, por parte del autor. (N. del E.)
5. Castelar ha españolizado la palabra corvée, "corvada" en la baja latinidad.
6. Esta flecha hirió en el vientre al Capitán don Federico Spurr.
7. El libro se publicó. No se equivocó Mansilla respecto del porvenir de esos y otros jóvenes. (N. del E.)
8. Aquel mismo día fueron juntos, a consultar también, Torcuato de Alvear, Manuel Cobo (Muerto ya), un americano del Norte, Moss, Adolfo Mansilla (Difunto), Juan Vivot, un tal Gallino (Italiano) y Pablo Santillán (Que no morirá nunca).
9. Desde ese día, ese joven adoptó el lema Chi dura vince, como desafiando la fatalidad.
10. En tres diferentes ocasiones trae Mansilla persistiendo, como un argumento incontestable y con ligeras variantes, este mismo pasaje de su vida. ¿Qué ocultará esto? (N. del E.)
11. La novena no corría impresa entonces, por eso no pudo mandármela José M. Estrada, a quien se la pedí.
12. Delfín Carlos de Carvalho.
13. Y escrito medio bebido.
14. Esto fue escrito en la Asunción. (N. del E.)
15. Vide: "Cartas de Amambay."
16. Vide mi libro sobre los ranqueles.

17. Como estas páginas son reproducción de una Revista ilustrada, falta la lámina que las acompañaba, que aquí no cabe.
18. Cascalho.
19. El Museo será permanente y tendrá casa propia, adecuada a su objeto. Se recogerán siempre en él muestras de los productos naturales e industriales de la República, para exhibirlos en esta Capital y en veinte ciudades europeas, con muestrarios especiales. ¡Ha tenido 8000 visitantes en seis meses! (N. del E.)